

Ricardo Menéndez Salmón

DERRUMBE



Un *thriller* coral que quita el aliento. Sobre Promenadia, una tranquila ciudad junto al mar, se cierne una extraordinaria amenaza. Mientras Manila aguarda el nacimiento de su segundo hijo, investiga las pautas de actuación de un asesino en serie que abandona siempre un zapato en el lugar de sus crímenes. Pero el mismo monstruo que le hace estremecer al pensar en el mundo en que vivirán sus pequeños es, a ojos más vulnerables, un motivo de inspiración.

Derrumbe es la historia de un hombre brutal y atormentado, de dos familias heridas, de tres muchachos que aspiran a transformar la realidad mediante la violencia, de cinco perseguidores abrumados por el dolor.

Concebida como una reflexión acerca de la atracción que el mal provoca en víctimas y verdugos, actores y espectadores, esta inquietante novela esconde, bajo la apariencia de un *thriller* coral, un abecedario de las distintas formas que el terror adopta en nuestro tiempo.



Ricardo Menéndez Salmón

Derrumbe

ePub r1.1

Maki 28.09.2017

Título original: *Derrumbe*
Ricardo Menéndez Salmón, 2008

Editor digital: Maki
ePub base r1.2



A Vera, que me sostiene

*El terror es la maldición del hombre.
Fedor Dostoievski,
Los demonios*

PRIMERA PARTE

MORTENBLAU

Disparó y la cabeza rebotó y vio cómo los ojos se nutrían por última vez de un sorbo de luz y cómo luego se iban tiñendo de sombras —sombras en las que pudo ver su propio reflejo con el brazo aún extendido— y cómo finalmente se apagaban igual que una estrella lejana que parpadea con inusitada fuerza antes de extinguirse para siempre concentrando en ese último brillo todo lo que un día fue: su esplendor, su mérito, su excelencia: la asombrosa y asombrada evidencia de haber sentido, de haber gozado, de haber reído: de haber sido.

Luego se acercó al hombre y lo rodeó y olió su sangre fresca y se llevó a la boca un rastro de huesos y de cuero cabelludo y allí erguido, en pie como un tótem oscuro, en la habitación apenas iluminada por la luz de gasa de las viejas farolas de época, cualquiera que lo hubiera visto mientras saboreaba aquel puñado de materia confusa habría sentido la tentación de escapar muy lejos y muy deprisa.

—¿Qué es eso? —preguntó Manila al Inspector.

—Un zapato, siempre deja un zapato.

—¿Un zapato?

—Un zapato de su anterior víctima.

—Ya.

—Tenemos cuatro pares.

—¿Cuatro pares?

—Sí. Cuatro pares completos e incompletos.

—No entiendo.

—Completos porque siempre deja primero el pie izquierdo y luego el pie derecho; incompletos porque los modelos no coinciden.

—Y siempre lo hace.

—Siempre.

—Como una marca.

—Exacto.

—¿Y el primer zapato que dejó?

—Creemos que era suyo.

—Pero podría ser de una víctima anterior.

—Podría.

—¿Y entonces?

—Entonces, por deducción, seguiríamos remontándonos de crimen en crimen.

—Pero sólo hay ocho zapatos.

—Sólo ocho.

—Y sólo hay ocho cuerpos.

—Que nosotros sepamos, sí.

—De acuerdo.

Manila se acercó al cadáver, también lo rodeó y miró el boquete por el que se había derramado la vida, el tiempo, ciertas ilusiones y unas pocas esperanzas. Se llevó un dedo al bigote que no tenía desde hacía varias semanas y pensó: «Qué hago aquí en la habitación del diablo», pero no dijo una sola palabra al Inspector que lo miraba con respeto y con paciencia, sino que se limitó a saludar con una inclinación de cabeza.

Entonces dejó la habitación, bajó las escaleras contando cada latido de su corazón, salió a la calle y se detuvo bajo una vieja farola para desde allí mirar primero la ventana tras la que había un hombre con la cabeza destrozada, observar luego sus zapatos y, al fin, decirle a la noche esta única, precisa, rotunda palabra:

—Ocho.

Igual que a una novia en su noche de bodas, así tomó a la puta en brazos y cruzó con ella el umbral y la echó sobre la cama, pero ya no como si fuera una mujer, alguien por la que iba a pagar dinero, sino como si fuera un fardo de ropa o una saca de correos, algo inanimado que no conoce el hambre ni las caries ni el frío.

Ella buscó alguna señal en los músculos de su cara y creyó comprender y rezó a quienquiera que pudiera escucharla para que al menos él no le hiciera daño y para que si se lo hacía fuera lo más rápido posible. Después cerró los ojos con vergüenza y escuchó el ruido del grifo estropeado e imaginó que él se estaba afeitando en el baño o lavándose las axilas o el sexo o los pies o sabe Dios qué, hasta que unos minutos más tarde pudo oírlo cuando volvió a la habitación tapando la luz que salía del baño y se acercó a ella y la besó bajo las orejas, con un gesto tan dulce y tan sabio y tan lleno de otras mujeres y de otros días que ella pensó por un instante que se había equivocado y que su miedo era una sensación absurda porque aquel hombre era sólo un cliente educado decidido a pasar un buen rato.

Entonces él se aupó sobre las palmas de sus manos y se frotó contra ella como el mar contra una playa vacía y sacudió su hermosa cabeza frente al cabecero de la cama mientras balanceaba la polla a la altura de su cara y ella se debatió como un pulpo vivo bajo aquel resplandor de la carne y por encima de sus cabellos, mientras hacía esfuerzos para no ahogarse, disciplinada y sumisa y experta, pudo escuchar cómo el hombre gritaba una, dos, tres veces, y después sintió el salado temblor recorrerle la garganta y supo que él se había vaciado y que todo había terminado y que era momento de descansar.

Manila miró dormir a la niña, se sentó a su lado y avanzó una mano hasta el pelo de la pequeña. Pero no llegó a tocarla. Pensó en la palabra *contaminación* y detuvo su mano, como un pájaro sin rama, a escasos centímetros de los cabellos de su hija. Luego se acarició el bigote ausente y maldijo en voz baja unas cuantas veces, pensando en que si algún día el

demonio en alguna de sus muchas formas visitara su hogar, él preferiría cortarle el cuello a su hija antes de que ella tuviera ocasión de verle.

Se quedó allí unos pocos minutos, mirándola dormir, sintiendo cómo sus ojos giraban sin descanso bajo los párpados abultados, soñando los sueños de los niños de cinco años, lúcidos, esperanzados y al tiempo seguramente abominables, con sus pesadillas de alacranes, abismos y duendes barbilampiños, con sus tiernos juegos con animales galvanizados por la risa, el afecto y la caricia de esas manos tibias que todavía no conocen ninguna de las posibles estancias de la corrupción, de la podredumbre, de la muerte.

Después se levantó, entró en su propia habitación, miró el cuerpo grande y grávido de su mujer, tuvo miedo de aquel ser que latía allí dentro y dedujo que el mundo era un lugar extraño, confuso y lleno de recovecos en los que la vida y la muerte jugaban una partida obscena. Entonces la voz lo arrancó de sus reflexiones:

—Ven a la cama de una vez.

Y Manila se desnudó, se quitó su cansancio, su temor y su rabia.

Tumbado sobre la espalda, mientras en el techo una lámpara en forma de pelícano de papel se movía sin estrépito, se durmió arrullado por el calor de aquel voluminoso recipiente que a su lado atesoraba dos corazones.

Lo despertó la sed. Un fuego alrededor de la boca llena de ampollas. La lengua le sabía a cal y a herrumbre. Miró por la ventana y vio un paisaje calcinado, con árboles negruzcos y casas desvencijadas y animales desplomados en mitad del yermo.

Apretó los párpados y todo se desvaneció. Nada de eso existía. La sed desapareció. Su boca era clara como un vaso de agua. Su aliento era el de un bebé. A través de la ventana vio caminar a una mujer con un niño de la mano y un perro lerdo y gordo, manso como un cerdo, trotando tras ellos.

Alargó la mano derecha y tocó la culata fría. Seguía allí, como un dios dormido.

Permaneció tendido durante las siguientes cuatro horas. Cuando se levantó al fin, orinó, defecó, fumó dos cigarrillos sentado sobre el hedor de sus propios excrementos, hasta que el olor del tabaco se mezcló con el de su mierda, se duchó, se afeitó, salió fuera, pasó delante del niño, que ahora jugaba solo con un viejo trapo de colores, miró a los ojos del perro manso, montó en su coche y se fue.

El perro entró rascándose el lomo con la puerta y olfateó y giró en redondo buscando su propia cola, de modo que cualquiera que lo hubiera visto habría pensado en que de un momento a otro se iba a arrancar la cabeza o a aullar hasta que la garganta se le rompiera como la cuerda de una guitarra. Luego, sin embargo, pareció calmarse y dio dos zancadas hacia un lado, vacilantes pero zancadas al fin y al cabo, y se quedó quieto mirando el cuerpo desplomado a la altura de sus ojos y dio otras dos zancadas y olfateó la cabellera y olfateó el vientre y abrió la boca y tomó aquello entre los dientes antes de girar sobre sí mismo y salir al pasillo y desandar el camino y cruzar el patio y entrar en la recepción con sus ojos anhelantes y llenos de dudas pero aun así fieles.

A la mujer se le cayó el periódico que leía al ver entrar al perro.

—Suelta eso —dijo—. Suelta eso.

Y el perro obedeció al instante y abrió sus fauces y al suelo cayó una mano delgada y más bien pálida en la que faltaba el dedo índice, una mano sabiamente cortada a la altura de la muñeca, como si una cimitarra o una guillotina, un objeto tan afilado como certero, un instrumento concebido para herir y mutilar y destruir, la hubiera cercenado con un único y experto golpe.

—Ya son nueve.

Manila reconoció la voz del Inspector.

—Nueve qué —dijo sin querer comprender.

—Nueve zapatos.

Manila miró a su hija sorber la leche. Un bigote blanco y afilado, como una mancha de cal o de tiza, se dibujaba bajo la nariz respingona.

—Voy para allá.

Colgó. Se sentó. Saboreó su café. Se quemó la lengua. Maldijo sin palabras. La niña lo miró, rio como un gnomo y se abandonó entre sus brazos. Manila sintió que aquella carne era sólo un atajo para continuar vivo. Las lágrimas le atenazaron la garganta y, enterrando la cara en el pelo de su pequeña, lloró todas las cosas que la noche previa no se habían atrevido a nacer.

Miraron el mapa de los zapatos y movieron la cabeza.

—No tiene sentido —dijo el Inspector.

Era bajo, compacto, terroso: un bloque de carne.

—Primero al norte, luego al sur, otra vez al norte, dos veces al oeste, dos más al norte, el hombre del disparo en la cabeza al oeste y la puta otra vez al sur.

Miraron otra vez el mapa y luego se miraron entre ellos.

—Es como la vida —dijo Manila.

—Como la vida —repitió el Inspector.

—El sentido de la vida es su carencia.

—Entiendo. Es usted filósofo.

—A ratos.

Fumaron.

Entraron dos hombres. Manila no los conocía. El Inspector los saludó como a viejos amigos, los tomó del brazo, les ofreció cigarrillos.

Los cuatro se sentaron. Cada uno ocupando un punto cardinal. Manila reparó en que él ocupaba el este de la habitación. Se había librado. Por el momento se había librado.

Los hombres dijeron sus apellidos: Olsen el más flaco; Gudesteiz el gordo bisojo.

—Curioso apellido —dijo Manila. El bisojo no respondió. El humo tapaba su ojo sano.

—Es un apellido noble —dijo el Inspector.

—En Gudesteiz lo único noble es su estómago —dijo Olsen.

Rieron. Fuerte. Con ganas. Era la primera risa que compartían los cuatro.

Trabajaron hasta la noche. Cuando salieron a la calle, se sintieron mareados después de tanto fumar. Olsen propuso una parrilla argentina y los demás aceptaron. Aquella noche, al llegar a casa, Manila se sintió indispuesto.

Vomitó en el baño muy tieso, como si le hubieran metido una escoba por el ano. No se sintió con fuerzas para ver dormir a la niña. Su mujer —el vientre enorme, un puro clamor— lo recibió roncando.

—Putá carne —dijo Manila.

Casi a medianoche, cerca del muelle, escuchó un ruido. Al principio creyó que era un trueno, un trueno muy lejano, así que detuvo el paso, miró al cielo y esperó. Pero no podía ser un trueno. La noche estaba tan clara que casi dolían los ojos al mirar el cielo. Era como estar dentro de un acuario.

Cuando por segunda vez escuchó el ruido, comprendió que provenía de la encrucijada donde las cuatro calles confluían, el único lugar en varios metros a la redonda al que, como por ensalmo, la luz de las estrellas no llegaba, creando un profundo pozo de negrura, una especie de paréntesis de la visión.

Al llegar a la encrucijada el sonido se volvió más nítido. El falso trueno se había convertido en una especie de ronquido, como la respiración de alguien que ha bebido demasiado. El ruido latía en la oscuridad, casi a sus pies. Aunque no veía nada, no sentía miedo. En ningún momento experimentó temor allí en pie, solo en mitad de la encrucijada, cercado por un mundo de sombras al cual el mensaje de las estrellas no llegaba, como si en aquel cruce de caminos, en aquel vórtice junto al mar, en aquel islote

rodeado de tierra luminosa, una mano de gigante hubiera barrido de golpe toda esperanza de luz.

Era curioso estar en aquel país negro bajo el prodigio de los astros.

Ciego entre los visionarios.

Mudo entre los aulladores.

Sordo entre los directores de hombres.

Entonces sucedió. Sucedió que vio encenderse un animal, un león o su fantasma o su esqueleto o su encarnadura. Lo vio brillar mientras rugía con las fauces abiertas, lo vio palpar mientras daba media vuelta y caminaba hacia la luz anhelada como un gran gato fosforescente, como un enorme aunque liviano fuego fatuo, como una emanación nacida de algún lugar secreto y peligroso, algún lugar en el que sus días se habían ido cargando de imágenes horribles, como una pila tóxica.

Nada más entrar en contacto con la luz, el león, o lo que aquello fuera, se desvaneció.

Un minuto más tarde, los focos de un camión de la basura lo arrancaron de su fascinación.

Manila tocó el vientre pulido como una esfera y aproximó el oído. Escuchó ruido de cañerías, gemidos e incluso una risa sofocada.

—Se ha reído —dijo.

—Los fetos no ríen, mi amor —respondió su mujer.

Follaron casi sin tocarse, con mimo, sin audacia, como viejos amantes o como lesbianas. No sudaron.

Luego Manila se levantó, se cuadró ante el espejo y contempló a su mujer tendida de espaldas.

—Cuando me enamoré de ti llevabas aquellas enormes patillas —dijo ella sin volverse—. Te sentaban mal y al mismo tiempo resultaban seductoras.

Mientras preparaba el afeitado, Manila observó los estragos de la edad en la piel de su mujer. Aquella piel tantas veces compartida. Rozada.

Sobada. Mordida. Arañada. Piel que había peleado junta sobre musgo, tierra baldía, ceniza, arenales, sábanas de raso.

—Las llevaba por Sherlock Holmes —respondió—. Me gustaba su refinada crueldad, el desprecio indulgente con que trataba a Watson y a los criminales, cómo convertía su inteligencia en una ofensa.

Al contemplar la desnudez de su mujer, Manila sintió el temor a que ella lo abandonara en el cielo de la boca, como el garfio de un carnicero. Le sucedía siempre. Bastaba que pensase en su vientre, que cinco años después conservaba todavía una leve cicatriz de la cesárea, para que comprendiera que un día ella podría dejar de amarlo, escapar de su lado, buscar el consuelo de otras manos. Y ese pensamiento resultaba infinitamente más doloroso que la propia muerte. Imaginar esa cicatriz en los ojos de otro hombre, o recluida en el espejo donde un extraño se afeitaba, se le antojaba la auténtica experiencia del infierno.

La niña estaba viendo la televisión en la cocina. A través de los intestinos de la casa, a través de sus vigas, tabiques y techos se arrastraba y filtraba un zumbido de aquelarre: el zumbido de los muertos, el zumbido de los sicofantes, el zumbido de los legendarios jinetes eléctricos que habitaban —corpúsculo y onda— en el seno de la máquina triste.

Manila pensó en vidas enteras delante de la pantalla, en viajes desde el interior del átomo a la caza de ballenas, desde la conquista de la Vía Láctea al redondo balón de aire y náusea, desde la comunión de las masas al solipsismo más atroz: cambalache de credos, hombres que calzaban zapatillas Nike, mujeres barbudas, niños feroces, bárbaros en las fronteras, luminarias, esvásticas, parusías siempre aplazadas, redención por la imagen, mutaciones en forma de tribus idiotas, dioses hertzianos: velocidad, velocidad, velocidad.

Manila recordó la voz de Olsen diciendo: «Su método es su vocación de matar. Es lo único que sabemos de él».

—Fóllame otra vez —dijo entonces ella levantándose de la cama y tirando de sus patillas inexistentes, su cuerpo desnudo doblándose como papel de dibujo ante el pábilo de una llama; su cuerpo tembloroso, herido, nesciente, maduro; su cuerpo que había sido madre, que había nutrido, que pasaría algún día del otro lado, que acaso recordaría a Manila cierta noche

remota como aquel que fue junto a él, bajo él, en él, sobre él; su exacto reflejo, su doble, su sosia, la forma irresoluble de ese acertijo que llaman *vida*.

—Levántate.

Miró a los ojos del chino y repitió su orden:

—Levántate.

El autobús viajaba atestado y él dio un paso al frente al ver subir a la mujer.

—Mucha otra gente —dijo el chino.

—Levántate —dijo mostrándole al chino dos dedos extendidos—. O te dejo ciego.

El chino pareció encogerse, sus ojos se volvieron flemas acuosas, su tronco tembló como un huevo batido.

La mujer se negó a sentarse cuando él le ofreció el asiento. Se mantuvo hierática como una venus de piedra. Altiva, insolente, inabordable.

—¿Por qué? —preguntó él.

Ella no respondió, mientras el chino la observaba con temor y reverencia.

—¿Por qué? —repitió él mirándola a los ojos con una fijeza que la mujer no podía acatar.

Era como si la mirara el muñeco de un ventrílocuo.

O un hombre muerto en un daguerrotipo del año 1900.

La máscara en yeso de alguien que atesoró un corazón terrible hace muchos años.

Luego aflojó la mirada y movió la cabeza y avanzó su mano derecha y tocó con el dorso de su mano el vientre de la mujer y se giró camino de la puerta y la gente se abrió ante él como aseguran viejos textos que las olas del mar Rojo lo hicieron ante Moisés.

Manila estudió las nueve fotografías extendidas como naipes macabros. Seis hombres y tres mujeres. Ancianos, de mediana edad, jóvenes, un adolescente. Gordos y flacos. Feos y una hermosa puta. Altos, bajos, de complexión atlética, de biotipo leptosómico. Distintos colores de pelo; distintos colores de ojos; distintas formas de vida. Personas con dinero, personas sin él. Un diorama de posibilidades. Una ruleta rusa. Azar. La necesidad del azar. El destino entendido como necesidad. La vida asumida como destino. La urdimbre de la vida.

Encendió la radio.

Glenn Gould interpretando a Bach. Pensó en la belleza. En su inutilidad frente al mal. Cimabue vencido por Gilíes de Rais. Beethoven pisoteado por Hitler en Auschwitz. Versos de Rimbaud abrasados en Hiroshima. El aria final de las *Variaciones Goldberg* no le trajo la calma. Así que volvió a las fotos.

El instrumental del horror era amplísimo: navajas para rasurar el vello púbico, corbatas para estrangular, una Star del calibre 9, un bote de ácido para desfigurar un rostro, un hacha para decapitar al adolescente.

Manila dejó el despacho a las diez, pidió un taxi, habló de fútbol con el conductor y al llegar a casa se sintió razonablemente reconciliado con la vida.

En la cama, tras la cena, ella le contó la aventura del autobús con el chino y con el hombre.

—Pasé mucho miedo —dijo—. Sobre todo cuando me tocó el vientre.

Esa noche Manila soñó que se ahogaba dentro de la matriz de su mujer.

Golpeó.

La pelota dibujó un arco de elevación de cuarenta grados y salió por la ventana.

Golpeó de nuevo.

Esta vez la pelota se elevó menos y se hundió en el cráneo de la mujer, cinco centímetros por encima del occipucio. Hizo un ruido inconfundible,

como el de una nuez al partirse, y se introdujo en el cerebro con un sonido de succión.

Ella estaba desnuda, vestida sólo con unas bragas rojas y calzada con un único y elegante zapato de fiesta. El viento agitaba sus cabellos y al rodearla él pudo advertir cómo el vello de sus hombros aún se erizaba con la brisa, cómo los muertos tenían memoria, cómo en la muerte todavía existía la vida.

Colocó el palo de golf sobre la cadera derecha de la mujer, arrancó la cinta americana de sus labios y la besó en la boca. Empujó y abrió la boca muerta y metió su lengua en el hueco ardiente y a la vez pastoso. Chupó y chupó y volvió a chupar hasta que sintió cómo la lengua de la mujer se desprendía con un sonido de ventosa, como un fregadero que se desatasca.

La dejó allí, sentada en la silla con la pelota incrustada en el cráneo y la lengua sobre el regazo, mirando sin ver el mundo que desfilaba ante sus ojos.

Permaneció junto a ella en la habitación hasta que anocheció, aburriéndose, viendo películas del Oeste y comiendo frutas tropicales.

No volvió la vista al abandonar la casa.

—Original —dijo Gudesteiz. Su estómago, visto desde fuera, recordaba una gran boya.

—¿Original?

—La forma de matarla. Con la ventana abierta, casi desnuda, mirando hacia fuera. Con una pelota de golf.

Manila sopesó la originalidad como concepto. En arte, se solía considerar una de las marcas del genio. Monteverdi fue original; Pessoa fue original; Gaudí fue original.

Miraba a Gudesteiz desde el prado que rodeaba la casa. Un limonero. Nogales. Parterres en forma de rombo. Caminos de grava y guijarros pulidos. Un proyecto de piscina. Un coche enorme con las cuatro ruedas pinchadas.

—Esta vez va a ser difícil ocultarlo.

—¿Por ella?

Gudesteiz giró para mirar la silla vacía.

—Sí. Un apellido importante. Mucho dinero. Obras de caridad. Hospitales. Relaciones políticas.

—No encaja.

—Claro que encaja —dijo Gudesteiz—. Todo encaja en la cabeza de un loco.

Manila entró en la casa. Un minuto después llegaron Olsen y el Inspector.

—Han llamado —dijo Olsen.

—Desde arriba —añadió el Inspector.

Los cuatro se miraron y miraron la silla vacía. Había restos de sangre en el suelo de cerezo.

—Tenemos carta blanca —dijo Olsen—. Una cuenta con seis ceros. Mano dura con los sospechosos. Inmunidad para interrogar. Pero nos dan tres meses.

—Noventa días —dijo Manila—. Dentro de noventa días seré padre.

No le felicitaron. Se levantó un viento plomizo y terco. A los pocos minutos se fueron de allí.

Llovió toda la tarde.

Otra vez vio al león cerca del mar. Pero esta vez a plena luz del día. Encendido y rojo y grotesco, con la melena llena de moho y cierto aspecto de perro hipertrofiado, caminando entre la gente con astucia, sin hacer ruido y babeando de vez en cuando al olfatear algún resto de gasolina o algún excremento de ave.

Así que corrió.

Corrió y tropezó con viejos y niños y tuvo que arrancarse de encima las manos de un hombre que lo tomó del cuello y cruzó corriendo en medio del tráfico e incluso un coche golpeó su cadera y sintió el impacto sordo y el dolor acuciante que llevaría encima como un insulto durante días.

El espanto le duró horas. Bajo un plátano, cuando la oscuridad caía, se derrumbó al fin exhausto, tan cansado como si hubiera nadado un día entero. Durmió.

Al despertar, tenía las manos llagadas y sangraba por la nariz, como un vagabundo. Una paloma se bañaba en su sangre.

—¿De quién estamos hablando?

Los cuatro miraron al Quinto Hombre en silencio, respetuosamente. Esperaban la pregunta, pero no sabían cómo responder sin resultar demasiado obvios o demasiado patéticos.

Olsen carraspeó. Habían aceptado que él ejerciera como una especie de portavoz.

—Digamos que de un monstruo, en el sentido más obvio del término.

El Quinto Hombre bajó la cabeza. Tenía una mancha en forma de cangrejo en la parte derecha de la cara. Era alto, guapo, rotundo como un barco de guerra. Las mujeres se volvían a su paso por la calle; los hombres le cedían los taxis; los niños transpiraban en su presencia.

—*Monstruo* es una palabra gastada —dijo el Quinto Hombre.

—Lo sé —replicó Olsen—. Pero no se me ocurre otra. Estamos ante alguien excepcional. Y ésta es una de las acepciones de lo monstruoso.

Desplegado ante ellos, el mapa de la ciudad parecía una sábana de quirófano. Al este, hasta hacía poco immaculado, le había brotado un punto rojo.

—Alguien capaz de matar a diez personas en —Olsen hizo un rápido cálculo— cuarenta y dos días no es alguien corriente.

—¿Tenemos móviles?

—Todos y ninguno —dijo el Inspector. Olsen lo miró sin rencor. Su barbilla temblaba del esfuerzo—. Nunca roba; a veces viola y a veces no, indistintamente de que se trate de hombres o de mujeres; hay muertes instantáneas y otras atrozmente lentas; si existe algún orden en lo que hace, algún patrón, es demasiado oscuro para nosotros.

—¿Qué hay de los zapatos?

El Inspector miró a Olsen. Le cedía el testigo otra vez.

—Deja siempre uno en el lugar del crimen. Un zapato perteneciente a su anterior víctima.

—Un hombre lógico. Perversamente lógico.

El adverbio los desconcertó. Todos miraron al Quinto Hombre asombrados. Como si hubiera añadido otro enigma más, otro pedazo de cieno, más negra. Como si con ese *perversamente* los hubiera apuñalado por la espalda. El Quinto Hombre se levantó.

—Saben que este último asesinato ha hecho mucho ruido.

—Lo sabemos —dijo Olsen—. No todas las muertes pesan lo mismo.

—Para un policía, sí —intervino Manila—; para los dueños de la policía, no.

El Quinto Hombre lo miró con cierto descaro y Manila pensó en el vientre de su mujer. En el calor que haría allí dentro. Se vio nadando en el líquido amniótico, como un salmón en busca de sus orígenes, hacia atrás en el curso del tiempo: veloz, armónico, suicida.

—Quiero que levanten cada piedra de la ciudad, que husmeen en cada casa si es preciso, que sigan cada pista, que presten oído a cada confidente, que pongan agentes en cada esquina. Podemos tolerar el miedo, pero no la depravación. ¿Entienden?

Gudesteiz encendió un cigarrillo. Su ojo sano brillaba como la punta de un venablo.

—¿Está hablándonos de moral?

—Estoy hablándoles de cordura. Estoy hablándoles de orden. No podemos tolerar aberraciones.

«Así que se trata del Mal», pensó Manila. «Estamos tratando del Mal, con mayúscula. Una de las palabras más cortas; uno de los viajes más largos. Estamos teniendo una conversación con un pez gordo, educado en las mejores universidades, a propósito del Mal. Poner orden en el caos, ése es nuestro empeño desde que nos dan una placa y un título. ¿Es eso lo que aquí se dirime? ¿Una cuestión de orden? Puede que sí. El orden de los triunfadores frente al desorden de los desfavorecidos. La dialéctica entre lo que permanece y lo que está en constante transformación. ¿Lucha de clases? ¿Justicia poética? ¿Maldad innata? O puede que no. Un accidente. Una fatalidad. “El rostro del azar es ciego y voluptuoso”. ¿Un versículo? ¿Un epigrama? ¿Un consejo paterno? ¿Lo dijo el oráculo de Delfos, un

novelista contemporáneo, una galletita china de la suerte? Este despacho huele a azufre».

Sonó el teléfono y el Quinto Hombre lo cogió. Habló poco y sólo con monosílabos. Colgó.

—Ahora debo irme —dijo mirándose las palmas de las manos—. Pídanme un coche, por favor.

Con el tercer *jab* de izquierda el hombre reculó un poco, como si le picara la nariz, así que él abrió su defensa francesa, inspiró a fondo, contempló su perfil en el espejo de cuerpo entero del sótano y, armando su diestra a la altura de la mandíbula, sacó un directo al plexo solar que derrumbó al hombre de su sogá sin estrépito.

Sudando ya, con las zapatillas de tenis sin atar y una cinta blanca al pelo a modo de diadema, se acercó al cadáver, le dio una patada en los genitales y se acuclilló junto a él.

La navaja de barbero brillaba como un remo partido dentro de la escudilla. Hirvió agua en un hornillo de gas, sacó la tira de cuero y afiló la hoja. Luego pellizcó las mejillas del hombre y lo incorporó un poco, apoyando su espalda contra la pared de ladrillo visto, volvió su rostro hacia la luz que nacía del flexo, aplicó la espuma y comenzó a afeitar en círculos, con pericia, suavemente, como si se tratara de su propia barba. Los *jab* no habían dejado huella en la nariz del hombre. Su piel estaba limpia como la de un recién nacido. Tras la última pasada, retiró con una toalla los restos de jabón que habían quedado en su cara. Entonces se incorporó y le propinó una patada en la zona intercostal. El hombre se desmoronó sin ruido, pero su cabeza, al golpear contra el terrazo del sótano, sonó como un golpe de machete al abrir una sandía.

Ejecutó una serie de treinta flexiones, se miró los abdominales en el espejo y se sacó la polla estirándose la piel del prepucio. Con la polla en la mano, caminó hacia el hombre y orinó entre sus piernas. Observó el dibujo que se iba formando, algo que recordaba vagamente al mapa de Italia, una bota vieja y gastada. Se agachó, olfateó como un perro su propia meada y

allí mismo, sobre la micción, realizó una segunda tanda de flexiones. Después se levantó, se dirigió al fondo del sótano, junto al guardarropa, y se dio una ducha. Oculto bajo el chorro de agua tibia, contemplaba a ratos el cadáver en su sucio santuario: gordo, blando, casi simpático.

Al salir de la ducha, preparó cincuenta centilitros de manzanilla para limpiar párpados y lacrimales. Sirviéndose de unas pinzas impregnadas en éter, introdujo bajo la lengua del cadáver el homenaje de una mariposa viva. Durante un par de minutos, cualquiera que hubiera aproximado el oído a la boca del hombre habría podido escuchar un breve zumbido, una especie de ruido de fondo que emanaba de lo más íntimo de su calavera. Tras la manzanilla, aplicó alcohol de 98 grados en las extremidades, repasó el vello de piernas y pecho con un peine de cuatro púas y aplicó un chorro de agua fría a los escasos cabellos. Mientras perfilaba la raya a la izquierda, hizo estiramientos contra la mesa de vivisección.

Encendió la plancha y se regaló otras treinta flexiones mientras el vapor se calentaba. Cuando el piloto de la Rowenta pasó al rojo cereza, certificó la temperatura de la plancha en el muslo del hombre. Un leve olor a pelo quemado invadió el sótano.

La camiseta, blanca y lisa, sin mangas, le quedaba al hombre pequeña. En la camisa, que compartía tonos lila y naranja, con un elegante trazo vertical a modo de espiga y un anagrama bordado a mano en el bolsillo derecho representando una especie de corona de tres puntas, invirtió sus buenos quince minutos, hasta que la prenda se adaptó a la ya entumecida corpulencia del cadáver. Le costó abotonar los puños, pues las muñecas se habían abultado.

Girando al hombre en su penúltima morada, se arrojó sobre su espalda, cabalgó su grupa poderosa, retiró diestramente los calzoncillos y le desgarró el ano con ayuda de un guante de veterinario untado en grasa de vaca. Después, a despecho de una agonía lenta y segura, rematada por un grito lleno de furia, lo sodomizó.

En el vértigo infinito de la cópula, alzado sobre las nalgas frías como un astro negro, sintió acudir a sus ojos el reclamo del sueño. Entonces, como un bebé macabro, despachó una cabezada sobre la pirámide de carne.

Cogió a la niña, la subió al coche y fueron a ver el mar.

Hablaron del payaso Federico, de encías inflamadas y del hermanito que llegaría en apenas tres meses. Comieron helados, fresas y bocadillos de membrillo. Se empujaron, rodaron por la arena y mojaron los pies en un agua fría, oscura y bastante sucia.

Manila sintió que en su corazón la angustia y la devoción se daban la mano. Que amaba a su hija con una medida más allá de la cordura. Que todo lo daría por ella y que todo lo perdería si ella le faltara. Que existía un mundo dentro del mundo y que llevaba el nombre de su pequeña.

Mientras volvían al coche, ella tropezó con una baldosa mal ajustada y se hizo una herida en la rodilla. Dentro del vehículo Manila se inclinó sobre el regazo de su hija, sacó la lengua y chupó la sangre que corría por la piel de la niña. Ella miraba la coronilla de su padre con cierto asco, como si en ella se escondiera un animal vivo e incongruente. La herida sabía a mar. Cuando Manila se incorporó y sonrió a la pequeña, no reparó en que sus labios estaban manchados de sangre.

Ella pensó en uno de los vampiros que ilustraban sus cuentos de terror, pero no dijo nada. Desvió la mirada, contempló el mar de color cobalto y se entregó a su grandeza mercurial.

Lo despertó un pétalo de baba arrollando mentón abajo, acurrucado en el suelo igual que un perro que huye del calor.

Un rayo de sol se colaba por las rendijas de la persiana hasta mecerse en un espejo donde vibraba como la cuerda de un violín. Un primer murmullo de motores insinuaba, todavía lejano, que la ciudad comenzaba a despertar.

La sangre había manchado el suelo, las ventanas, las paredes, incluso el techo, como si hubiera salido disparada a presión, igual que el líquido de una botella de champán.

Había un pedazo de mejilla tapando parte de un afiche de *Blow up* y una mano despojada de uñas saludaba grotescamente atada a una cariátide de mármol rosa, como un dibujo de Magritte o el sueño amargo de cualquier surrealista.

La estancia olía a puros y a mierda. El hombre, en el acmé de su pánico, se había vaciado.

Cuando abandonó el apartamento cerrando la puerta sin ruido, igual que un ladrón educado que dejara una docena de rosas después de desvalijar una casa, un pentagrama atrapado en una corriente de aire voló desde el atril del piano, ejecutó una compleja parábola, como si la batuta de una mano sabia y venerable lo dirigiera en su insólito vuelo, y vino a posarse, en su mudo esplendor de corcheas, calderones y fusas, sobre una fotografía en la que dos hombres y una mujer, capturados por la magia de una lente prodigiosa, permanecerían ya jóvenes para siempre, hurtados al devenir de los días y su fiebre.

—El hombre del autobús —dijo ella apretándose contra Manila.

Estaban tomando café en una terraza y él pasó por delante de ellos, alto, un poco cargado de hombros y con cierto aspecto de patricio arruinado o de príncipe en el exilio.

—¿Estás segura? —preguntó Manila.

—Sí —dijo ella—. Era un hombre apuesto.

Manila sintió una punzada de rencor hacia su mujer y también un poco de vergüenza.

Mientras lo veía alejarse pensó de nuevo en la cicatriz de la cesárea y sintió deseos de estrangular a aquel extraño.

—Creo que sería capaz de matarle.

—No puedes matar a alguien porque me haya tocado el vientre en un transporte público.

Manila la miró y notó crecer en él una ola sucia de miedo, rabia y pura violencia.

—Tienes razón —dijo.

Apuró el café, dejó el dinero sobre la mesa, la cogió de la mano y partió con ella casi a la carrera en dirección contraria a la que había tomado el hombre.

—Estás muy delgado —dijo la vieja.

La casa olía a pescado y había un retrato de un guapo soldado presidiendo el salón. Fotos de niños, fotos de fiestas, fotos de hombres a caballo y de mujeres remando.

Había ovillos de lana en el suelo y una televisión encendida emitiendo pruebas de esquí y una telaraña en el ángulo más oscuro de la habitación, donde no llegaban las escobas.

—Estás muy delgado —repitió la vieja.

—Trabajo mucho —dijo él.

Su voz tenía cierta cualidad de campana, como si no surgiera de un pecho humano sino de una entraña de bronce. Ella desvió la mirada y cruzó las manos sobre el regazo y pareció escapar hacia un mundo antiguo.

—Me estoy muriendo, hijo.

—Como todos.

—No. Como todos, no.

—Como todos. Todos nos estamos muriendo cada día.

—Pero la gente no sabe que se está muriendo. Yo sí lo sé. Me lo han dicho los médicos.

—Mejor así —dijo él—. Eres consciente de que la muerte está ahí. Eso evitará que tengas miedo cuando llegue.

Ella lo miró como si de pronto hubiera dejado de comprender el significado de las palabras.

—Tú no eres mi hijo. ¿Quién eres? ¿De qué hablas?

—Soy tu hijo. Vengo de ahí —y señaló las manos cruzadas sobre el regazo—. No me odies si te estás pudriendo. No deberías tener miedo.

Ella se levantó y salió del salón y regresó con una huevera y con un bizcocho de manzana y se lo entregó sin mirarle a los ojos.

—Toma. Estás muy delgado.

Él se levantó sin dar las gracias y se quedó observando el retrato del guapo soldado. Cuando llegó a la puerta dijo:

—Llevas unas bonitas zapatillas.

La idea había partido de Gudesteiz. Reunirse en su apartamento, una noche de cada tres, para compartir la cena y hablar sobre el caso.

Olsen llevó refrescos; Manila llevó ginebra; el Inspector, también. Les hizo gracia la coincidencia y toda la noche bebieron ginebra mezclada con líquidos morados, naranjas y amarillos. Comieron un marisco exquisito y, antes de pasar al salón, Gudesteiz sacó un poco de hierba y fumaron por turno, serios y de pronto muy jóvenes.

Gudesteiz puso Debussy.

—Es bueno para hablar —dijo—. Las palabras acuden más deprisa a los labios. Invita a pensar.

Estuvieron de acuerdo en que el Quinto Hombre era un tipo duro, en que les estaban apretando las clavijas y en que doce muertos eran demasiados. Estuvieron de acuerdo en que eran buenos tiempos para la mala gente y en que el mundo se estaba transformando en algo parecido a la balsa de la Medusa. Estuvieron de acuerdo en que aquello se había convertido hacía tiempo en una cuestión personal.

—Nunca había visto nada parecido —confesó Olsen mientras Gudesteiz cambiaba Debussy por Ravel—. Llevo treinta años viendo barbaridades pero nunca nada así. Es como una película de terror sin esperanza.

Manila formuló entonces la pregunta fatídica:

—¿Habéis sentido miedo estos días?

Confesaron que sí. Cierto que primero buscaron otras palabras —aprensión, hartazgo, asco—, pero al final confesaron su miedo.

—El día que vine al mundo —dijo Manila— mi madre parió dos gemelos: yo y mi miedo.

Lo miraron expectantes. La frase parecía haberlos sacudido como una explosión. Una explosión íntima.

—Lo escribió Hobbes, un filósofo inglés, hace cuatrocientos años.

Olsen se quedó a dormir. Manila y el Inspector regresaron andando, demorándose en los puentes, en los cruces de caminos, en los parques, tentados por cada bar abierto, sin ganas de volver a casa, llenos de desidia y apáticos, buscando en el alba que comenzaba a insinuarse alguna razón para convertirse en vagabundos.

Ella estaba despierta cuando Manila entró en el dormitorio. Hablaron sin tocarse, casi un par de horas, mientras el día llegaba blando y sosegado, como una caricia. Él hizo café para ella y preparó el desayuno de la niña. Antes de acostarse besó a su mujer en el pelo.

Pensó en ella como en un gran vaso de agua, alguien que quita la sed y refresca, alguien cuya presencia tranquiliza. Pensó en ella como un alimento bien conservado, un cigoto geométrico y exacto, rico en proteínas, guardado en una cámara impermeable. Pensó en ella como su paz, su refugio, su escudo contra la indiferencia del mundo.

Tanto se habían acostumbrado al terror, que la semana en blanco los desconcertó. Siguieron pistas falsas, dragaron ríos y levantaron piedras para encontrar un cuerpo que no llegaba. Y confundieron reyertas, abusos y alguna que otra muerte violenta con su marca, su estilo y su voluntad brutal.

Dijeron:

—Ha desistido.

Dijeron:

—Se ha ido.

Incluso dijeron:

—Ha muerto.

Detuvieron a dos hombres durante el fin de semana. Les metieron el miedo en el cuerpo, los arrinconaron con palabras y gestos, no vacilaron en golpearlos. Pero no eran ellos. De modo que tuvieron que soltarlos con pesar, con desgana y con un punto de vergüenza por su actitud. A Olsen se le platearon las sienes; Gudesteiz adelgazó; Manila y el Inspector perdieron el sueño; el Quinto Hombre los perseguía por teléfono y una de cada dos mañanas mandaba a uno de sus perros de presa vestido con gabardina,

corbata y pesadas ajorcas en las muñecas para recordarles la urgencia de su tarea.

Llovió sin pausa durante aquellos siete días. El mundo se convirtió en una piscina inmensa girando alrededor de doce zapatos celosamente conservados en bolsas de plástico, con sus etiquetas, el nombre completo de sus poseores y el ominoso espacio en blanco del primer zapato, el que todos suponían que pertenecía a él, al innombrable.

La tarde del séptimo día, por puro tedio, Manila bajó al depósito, dio permiso al policía para salir a fumar un cigarrillo, entró en la cámara acorazada, sacó la prueba número 1 y con cierta coquetería, como una mujer hermosa en la soledad de su dormitorio, se calzó aquel primer zapato sin poseedor conocido.

Quienquiera que fuera su dueño, usaba exactamente el mismo número que Manila.

El león lo acosó sin descanso aquella semana, de modo que estuvo encerrado en casa, casi sin comer, sin acudir al sótano, sin visitar a su madre enferma, leyendo a Montaigne y a Huysmans y a Kafka, desaseado, atrincherado en su pánico, conviviendo con el gran mamífero triste que surgía del interior de su cuerpo como una materialización de su angustia.

Y cuando Montaigne y Huysmans y Kafka fracasaron, recurrió a los fármacos y a las series de noventa flexiones y a los cabezazos contra la pared. Pero tampoco así encontró alivio. De modo que durante la tercera noche se desnudó y se dio una ducha helada de diez minutos y hasta la madrugada estuvo tiritando bajo las mantas, luchando por recuperar la cordura y sintiendo cómo el dolor era el único escudo contra el león y contra su reino de sombras, y a la mañana siguiente, aunque el león seguía allí, comprendió que el vendaval de su cólera había pasado y que ahora, durante los días por venir, ya sólo tendría que pactar con el monstruo para que no lo atormentara demasiado, como uno pacta con su fiebre una vez superado su punto álgido y el tiempo se convierte en una marea plácida donde incluso existe la posibilidad del sueño.

La mañana del octavo día se acercó a la ventana.

El suelo estaba lleno de cáscaras de plátano y había botellas de agua y esperma de velas y volúmenes en rústica con las páginas arrancadas. El sol le lavó los ojos y se metió otra vez bajo la ducha y se dirigió a la cocina y abrió la nevera y telefoneó a su madre.

Dijo:

—Pasaré a verte esta tarde. Estuve fuera unos días.

Pálidos fuegos inflamaban la atmósfera limpia. No había nubes. Ni sombra de lluvia. Ni esperanza remota o cercana de un viento que arrebatara semejante calma. En la aguja del observatorio parecía incluso contenerse cierta promesa de eternidad, como si el tiempo se hubiera detenido en su vértice de hierro. Sólo algún que otro paso perdido, resonante en los patios de inspiración abacial o en el dédalo de pasillos recién encerados, auguraba la presencia de una vida oculta, latente, disciplinada, dispuesta a despertar en cuanto escuchara la llamada de los visitantes.

Recogido en la quietud del planetario, mientras un cortejo de estrellas, constelaciones y galaxias se derramaba sobre sus ojos agradecidos como una caricia antigua, Manila admiró el discurrir de aquellos bólicos fríos, ajenos a la angustia humana, pulcros, insolentes, devastadoramente serenos.

Los últimos días parecían haber contenido más de veinticuatro horas. Existía algo muy profundo en su despliegue de actividad. Algo que no sólo comprometía y afectaba a su cuerpo, sino que tenía que ver con instancias ocultas, con fuerzas más allá del músculo y la vena.

Manila aún no se atrevía a emplear la palabra *alma*.

Era hijo putativo de la Ilustración.

Creía en Kant.

En *El contrato social*.

En la tabla periódica de los elementos.

En el paralaje entre estrellas.

En la constante de Hubble.

Aunque bastaba contemplar sus afanes para buscar otros nombres.

—El día que me detenga, moriré —había confesado a su mujer aquella misma mañana, cuando, asombrada ante la codicia que observaba en sus ojos, lo vio cruzar como un cometa, como un arco de puro fuego, como un fantasma insaciable por las habitaciones. En sus manos, igual que lanzallamas, transportaba discos duros, pruebas de balística, manuales de anatomía: objetos para atrapar el devenir, objetos para confinar el espacio, objetos para aprender de qué estaba hecho el mundo. Su mujer le dijo que era un hombre peligroso: que vivía *en* el tiempo, que vivía *del* tiempo, que vivía *para* el tiempo.

Manila no la contradijo. Siempre había pensado que las cosas importantes estaban relacionadas con el tiempo. O con la vida, si se prefiere. Pero la vida no era aprehensible, y el tiempo sí.

Porque Manila sabía que el tiempo era el otro nombre de la vida. Porque Manila sabía que el tiempo era el seudónimo que la vida le tenía reservado. Porque Manila sabía que el crimen —su disciplina y su musa, su ingente tarea, su única certidumbre— era el lugar donde el tiempo era abolido.

Abandonó el planetario y condujo hacia el mar. El cielo le había mentido esta vez. De nuevo llovía. Un viento sudoeste, pesado y dulzón, un ábrego terco y solemne había traído un rebaño de nubes desde tierras africanas hasta el horizonte, y justo en la frontera de la playa, sobre el roquedal sombrío, había hecho despeñarse el manto de agua.

Luchando contra la oxidación del tiempo, oxidándose ellos mismos en esa pelea vana y desde el principio perdida, grupos de windsurfistas fatigaban sus músculos en la inmensa cuna del mar.

Manila y su miedo —saciados, burgueses, grávidos de pereza—, escuchando una cantata de Purcell en la radio, admiraron los brillantes rojos, naranjas y verdes que constelaban las velas de mylar.

Era un momento de calma en la tempestad cotidiana.

Contempló la fotografía del guapo soldado y sintió que se había equivocado. El león estaba allí, en los ojos oscuros del militar.

Acostó a su madre y aceptó sus reproches y limpió su cuerpo ajado y sucio y ya hediondo a una corrupción dulce y apresurada. Las otras agonías no olían así. Este olor le causaba vergüenza, no alivio.

Toda la tarde hablaron de cosas banales y él inventó los rostros y paisajes de una ciudad remota, en la que había pasado una semana, y reiteró los lugares comunes de todo viajero que rememora su periplo.

Ella aceptó sus mentiras e incluso alabó su imaginación.

Sentía que en sus dedos, cada vez que rozaba las sábanas o se acercaba a por un vaso de agua a la cocina, latía una muerte anticipada, un deseo de acabar con ella allí mismo, sin pasión, sin rodeos, sin acritud. Pero también aquella tarde lo derrotaron los lazos de cierto afecto antiguo, un vínculo que no tenía tanto que ver con la sangre como con la tradición, con el respeto a formas de vida sagradas por inmemoriales. Porque no se arranca con los dientes el pecho donde uno bebió; porque no se rasga con un cuchillo el vientre donde uno reposó; porque no se destaza como a un cerdo a la que dio la vida.

Se marchó, pues, latiendo como un bubón purulento, lleno de tesón y hambriento de sangre como un leviatán enfurecido, parecido a un perro que se acaba de contagiar de la rabia pero aún no lo sabe y confunde su fiebre con algo parecido a la sed.

Toda la noche, tendido mirando el techo, escuchó latir su corazón enfermo.

Pero volvió. Sí. Regresó al alba, admirando esa otra vida que despierta tan temprano y que casi nadie conoce, la vida de los que limpian las heces de la noche, y entró en la casa de su madre y la encontró despierta, en un diálogo mudo pero intenso con el guapo soldado.

La mató sin ruido, pero también sin prisa. La mató con mimo, sin codicia, buscándose en sus ojos, mientras ella aceptaba sus manos al cuello como una bestia acepta a una garrapata. Vio cómo ella iba vaciándose poco a poco, como una esponja escurrida, como ropa puesta a secar al sol.

No la mutiló; no la vejó; no pensó en devorar sus orejas ni su lengua o en arrancarle el cabello: se limitó a sacar de una bolsa que traía consigo el zapato número trece y dejarlo junto a la cama, como un animal fiel aunque ominoso. Luego rebuscó en los armarios de la casa hasta encontrar las

bonitas zapatillas que había visto en una visita anterior. Cogió la del pie derecho y se la llevó pegada a su corazón. Allí, contra su piel, se le antojaba un niño de pecho. También, antes de abandonar el piso, tomó el retrato del guapo soldado.

Fue al encontrar el siguiente cadáver cuando descubrieron que habían perdido un cuerpo.

El decimosegundo cadáver había sido el de un hombre joven, al que faltaba una bota de escalada. Pero lo que encontraron aquella tarde, junto a uno de los colectores de la ciudad, entre el bullicio de las gaviotas y el esqueleto de unas grúas, fue el pie derecho de unas zapatillas.

De modo que se miraron, entre el hedor del cadáver que se sumaba al hedor del lugar, y no supieron qué decir.

—En algún lugar hay un muerto que nos hemos saltado —dijo Olsen.

—Una muerta —corrigió Gudesteiz.

—Una muerta —confirmó Manila.

Contemplaron la ciudad. Desde allí se veía sucia, absurda, irreconocible, un bosque de antenas y de furia: un pantano moral.

Caminaron cabizbajos hacia los coches, con el olor del colector impregnando ropas y cabellos. Ninguno habló durante el trayecto de regreso.

Al llegar a comisaría, les informaron de que había aparecido una partida de leche embotellada con agujas dentro. Había personas heridas. Incluso se temía por la vida de una mujer.

Encontró la fotografía en una tienda de antigüedades. La vio desde la calle, mientras caminaba con ese aire contemplativo y al tiempo audaz, invencible, que adorna a las preñadas.

Supo que había visto aquella cara antes, pero fue incapaz de recordar dónde. Sin embargo, entró y compró el marco y la vieja foto. Le gustaba aquel rostro. Era como mirar un paisaje donde uno había sido feliz: un balcón sobre el bosque, una atalaya frente al mar, las ruinas de un templo venerable.

El soldado aparecía en la fotografía vistiendo un uniforme impoluto y con el sable envainado, un reloj de saboneta asomando de uno de los bolsillos de su trinchera, acodado sobre varios tablones que hacían las veces de precaria biblioteca. Miraba al fotógrafo con una pizca de desdén y recordaba a un hombre con prisa que acepta la inmortalidad del magnesio con una mezcla de resignación y vanidad. Posaba para el futuro, cierto, pero era el instante lo que le importaba.

Fue a la mañana siguiente, jugando con la niña, cuando supo dónde había visto a alguien parecido a aquel hombre.

Estaban dando de comer al payaso Federico y la niña dijo algo insólito.

Dijo:

—Papá dice que las personas que viven juntas acaban pareciéndose unas a otras. ¿Tú crees que yo me parezco al payaso Federico?

Sintió un súbito golpe en el vientre, como si el bebé le hubiera propinado una patada o como si la tierra hubiera temblado bajo sus pies. Casi echó a correr hasta el armario, desenvolvió el paquete y miró al apuesto soldado.

—Es él —dijo a las sombras de la casa, al mundo sordo y feroz, a los espectros de su madurez.

Se sintió húmeda por dentro. Ensalivada. Arrebatada. Acariciada. Alzada en vilo por una mano poderosa. Una ola de calor y furia la atravesó. Vio al hombre del autobús allí mismo, transferido, calcado, metabolizado, entrando en esa habitación que su marido y ella habían pagado con el sudor de sus frentes. Así que se dejó hacer. Cerró los ojos y se dejó hacer.

El hombre se arrojó sobre su grupa, como un jinete sobre una yegua, y la tomó sin amor ni ternura, como un salvaje o un gran mono, entrando en ella hasta el pomo de la espada, hasta el dolor genital, derramándose ya, entero, completo, antes incluso de que el placer se agostara en forma de cariño, rebosando en ella, vaciándose en ella, amándola como sólo se puede

amar a una extraña, con ese deleite que es hijo de la lascivia, que no tiene pasado ni continuidad, que es puro presente y devuelve a quien lo goza el privilegio de una vida poderosísima, acabada en su propia inmediatez, en esa rara perfección que poseen la violencia, la agresión, el insulto, una vida que no conoce otro horizonte que el ahora y que carece de dirección e incluso de sentido.

Y cuando ella se corrió como una adolescente, desmadejada y frágil, con un poco de vergüenza en los ojos; cuando ella se abrasó en aquel placer que la empujaba y la elevaba y la removía por dentro antes de dejarla caer, exhausta y sucia, sobre el cálido piso, sintió en el centro de su ser, en algún punto que supo crucial pero imposible de cartografiar, el punto en torno al cual gravitaban su cordura y su salud, un furioso crepitar de imágenes y voces, como si estuviera viendo, con los ojos vueltos del revés, una representación que sucediera dentro de sus propias vísceras.

Entonces, como una princesa un poco fatua, se durmió con una palabra de hartazgo entre los labios, a flor de lengua.

Estaba sola. Sola con su ensueño.

Cuando Manila entró en el dormitorio, Olsen estaba vomitando en la cocina. Manila no se lo reprochó. El olor iba más allá de todo cálculo. Era como si, en vez de un cuerpo, sobre la cama se estuviera pudriendo un mundo entero.

—¿Semanas?

—No —dijo Olsen llevándose un pañuelo a la boca—. Cinco, seis días a lo sumo.

—¿Y este hedor?

Olsen movió la cabeza.

—Gudesteiz estuvo aquí. Sospecha que la mujer estuviera enferma. Algo terminal y terrible.

Manila se quedó un rato más. Esperó a que llegaran los fotógrafos. Aguardó a que el juez ordenara el levantamiento del cadáver. Se entretuvo

husmeando en la biblioteca. Advirtió la presencia de la bota que restituía el orden perdido.

Fue esa noche cuando Olsen enfermó. Tocaba cena en casa de Gudesteiz y, al terminar la crema de puerros, Olsen se vació sobre la mesa. Se asustaron. Su carótida estaba hinchada, como si tuviera huevos en ella. Desprendía un sudor fétido, extraordinariamente denso, como tinta translúcida.

Toda la noche los tres aguardaron en el hospital. Ya de madrugada, con las primeras luces, hablaron con un cirujano de aspecto feroz. Estuvieron fumando con él a la entrada. Hacía un frío canino, lúgubre, un frío de difuntos.

—Su amigo tenía cerca de la tráquea un tumor del tamaño de un limón. Se miraron sin palabras.

—¿No se había quejado nunca?

No contestaron. Pensaban en los cadáveres apilados en la morgue, en la cadena de muertes, en la codicia del bicho.

—Es casi seguro que perderá la voz —dijo el cirujano—, pero vivirá. Cuiden de él.

Quizás fuera amor, aunque era una palabra extraña, manchada por el uso, incómoda. Recordaba su negativa allí, entre los viajeros apresurados y cobardes, y su gran vientre que tocó religiosamente, como si limpiara una reliquia. Qué había en la mujer para inspirarle aquel inefable anhelo, no lo sabía, pero de todos los sentimientos que albergaba hacia ella, sin duda la cólera quedaba excluida.

De modo que el día que la descubrió por azar, al doblar una esquina, decidió espiarla e introducir, por vez primera en los últimos meses, un asomo de cálculo en su codicia. No le resultó difícil. La siguió durante una semana, de lunes a viernes, robándole tiempo al tiempo, hasta que conoció sus rutinas y pudo estudiar y grabar en su memoria los rostros de la niña y del hombre que la acompañaba uno de cada dos días.

Saber que tenía una familia no le hizo odiarla. Pensó que quizá aquella fuera su oportunidad, su tregua: la tregua del león.

Dejó, pues, que transcurriera el fin de semana mirando mapas y calibrando lugares y comprando provisiones y acaso soñando con un lugar en el que poder descansar de sí mismo, y el lunes por la mañana, un amanecer frío y desolado y grávido de una luz sucia, como hilachas de algodón, como agua sucia, como trapos rotos, se decidió a abordarla con cierta voluntad suicida.

Ella se sobresaltó. Él lo pudo ver en su boca abierta mientras buscaba una palabra que de pronto no llegaba, allí parados a la entrada del colegio de la niña, cercados por padres que salían presurosos y ya hastiados y seguramente indignos de merecer ese nombre.

Finalmente, con un esfuerzo sobrehumano, como si sus palabras hubieran estado hechas de cuero, o de roble, o de nitroglicerina, acertó a decir:

—Permítame invitarla a un café.

Aquella noche, la última que pasaron juntos, Manila y su mujer los vieron en televisión.

El presentador aseguró que la grabación había llegado a través de los conductos ordinarios. Eran tres varones ocultos tras antifaces, disfrazados con trajes de bufón de corte, como en ciertas pinturas flamencas o alemanas del siglo XVI, con caperuzas de color verde y cascabeles colgando, sentados ante una mesa de playa, sin símbolos, leyendas ni estandartes visibles en la pared del fondo.

Sus voces eran graves pero diáfanas, como el murmullo de un río. Formaban un grupo que se hacía llamar Los Arrancadores, se declaraba responsable de introducir agujas en los alimentos y advertía que sus sabotajes serían cada vez más terribles. Su objetivo, decían, era tan viejo como el mundo, aterrorizar, y no cejarían en su empeño hasta haber instituido un régimen de pánico constante. A cambio no deseaban nada. Les bastaba con la desnudez de los hechos. Sólo perseguían el miedo por el

miedo; sólo pretendían asustar; ningún credo político o religioso, ninguna ideología los sustentaba; se decían poderosos porque no encarnaban otra bandera que la de provocar daño en tantas vidas acomodadas, falsas, contingentes.

Manila durmió mal. El calor no le dejaba respirar y sufrió una horrible pesadilla en la que toda clase de mutilados le salían al encuentro. Al despertar, se dio cuenta de que estaba solo en la cama. Así que se levantó, caminó hasta la cocina para fumar un cigarrillo y allí se encontró a su mujer, hurgando en su cesta de coser y con un tarro de mermelada abierto.

Manila aceptó que, durante las últimas semanas, la perplejidad se había convertido en un lugar común entre su mujer y él.

—¿Qué haces?

Ella no contestó inmediatamente.

Manila pensó entonces en lo perfeccionista que era, en lo metódica que resultaba en cuestión de horarios, en cómo todos sus movimientos eran ahorrativos, esféricos, completos.

—¿Te das cuenta? —cuando al fin respondió, sus ojos brillaban como ascuas—. Es una idea fantástica. Memorable. Y sencilla, como todo lo genial.

(Durante la cena en la que enfermó, Olsen le había contado a Manila algo conmovedor. Sencillo y conmovedor. Genial y conmovedor. Yuri Gagarin, en la nave *Vostok*, colocaba tiras de papel delante de un ventilador de plástico para así recordar el sonido del viento en la Tierra).

—Esos tipos lo han entendido perfectamente —dijo su mujer—. El poder del miedo reside en los detalles. Resulta fácil olvidarse de los grandes azotes: genocidios, bombas atómicas, epidemias. Pero a quién no le aterrará el primer plano de una aguja clavada en una garganta que palpita.

Ella levantó el tarro y lo enfocó con una linterna de lectura. A través del cristal se percibían los trozos de pulpa y la corteza de las naranjas rayadas. Era un objeto inocente, aséptico, tranquilizador con su cúmulo de excipientes y edulcorantes.

—Hay siete agujas en este tarro. Una por cada pecado capital.

Luego apagó la linterna y se fue. Manila permaneció allí, contando las estrellas, sudando bajo el pijama. Sostuvo el tarro y lo abrió, aspirando el

olor amargo.

Eso le reconfortó.

Tomó al niño de los dedos y los lamió uno a uno, como si chupara pequeños pétalos o almendras saladas. Las madres lo miraban arrobadas. De él emanaba algo suave y al tiempo vigoroso, como un hilo de oro.

Alzó al pequeño sobre su cabeza y lo mantuvo allí, en vilo, contra la luz del sol, como un jazmín florecido. Y cuando el niño rio y un venereo de baba escapó de sus labios, él abrió la boca y succionó y así unidos por el vínculo de la saliva danzaron un rato como héroes de una época feliz, en la que el mundo fuera un lugar incontaminado y salvaje.

Más tarde empujó el carrito en dirección a las jaulas de los animales del parque y dibujó oscuros símbolos en la grava del camino y fumó despacio, algo tembloroso, con su corazón latiendo manso pero todavía atribulado en la suave luz.

Cualquiera que lo hubiera visto habría pensado en un padre preocupado por algún asunto sin demasiada importancia.

—Es un hombre acabado —dijo Gudesteiz a Olsen.

Veían a Manila al otro lado del cristal, de traje negro, sentado en la mesa de su despacho, recogiendo unos papeles.

Olsen afirmó con la cabeza, dio dos pasos al frente y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Manila.

Entraron.

Manila estaba sin afeitar, pero aceptablemente entero, con la camisa limpia, el nudo Wilson de la corbata en su sitio y el traje recién planchado. En su labio inferior temblaba una hebra de tabaco.

—¿Queréis café?

Ambos negaron mientras se sentaban.

Callaron durante varios minutos, incapaces de encontrar una coartada para añadir algo.

—¿Cómo va esa voz? —preguntó al fin Manila.

Olsen enarcó las cejas, apretó el puño derecho y suspiró. Manila esbozó una sonrisa.

—¿Te marchas ya? —preguntó al fin Gudesteiz.

—El avión sale dentro de dos horas.

—Tenemos permiso para acompañarte.

—No será necesario. De verdad. Prefiero ir allí solo.

Olsen se llevó la mano a la carótida. Era una especie de costumbre adquirida desde la operación. Como si se palpara para comprobar si la voz le había sido devuelta.

—¿Y tu hija?

Manila se miró las uñas.

—Estará bien. Se queda en casa de mi hermana.

Tomaron un taxi hasta el aeropuerto.

Allí compartieron todavía un refresco y fumaron a escondidas. Olsen, a quien habían prohibido el tabaco, los miró con envidia, como un muchacho delicado de los pulmones observaría un partido de fútbol jugado bajo la lluvia.

Un sol rabioso brilló cuando el avión despegaba.

Gudesteiz abrió la puerta del taxi, dejó que Olsen pasara primero y luego se sentó a su lado.

—Dicen —dijo— que a su mujer le devoraron la placenta tras dar a luz.

Olsen pensó que, en ocasiones, era una suerte carecer de voz.

—Por aquí.

La voz era deferente, cordial, con un poso de calidez que hizo a Manila parpadear como ante una luz demasiado cruda.

La morgue era un cubo sólido, sin una grieta, que olía a lejía y a ácido fénico. No había rótulos ni aparatos electrónicos. La atmósfera estaba cálida, como después de un chaparrón de verano.

—Lamento que tenga que pasar por esto, pero necesitamos su identificación.

Manila no parpadeó. Tenía la boca seca, igual que si hubiera masticado ceniza.

Había pensado mucho en ella durante las últimas horas. Sin embargo, paradójicamente, había perdido su cara. Incapaz de recordar sus rasgos, como si hiciera veinte años que no la veía, en vez de apenas tres meses, el rostro de su mujer se había perdido en algún oscuro trayecto durante aquellos terribles noventa días.

Recordaba su voz, su piel, todos y cada uno de sus olores (el de su orina, el de su sudor, el de su sueño, el de su boca al despertar, el de sus axilas, el de sus pies, el de su vientre, incluso el de sus deyecciones), pero su cara era un borrón, una mancha de tinta, una errata que hacía ininteligible el pasado.

Entonces tuvo miedo.

Por primera vez desde que sonó el teléfono y le insinuaron que su mujer había aparecido, tuvo miedo. Miedo de su cara. De lo que quedaría de ella.

—Mara.

Al retirar la sábana, la boca se le llenó con su nombre. Recuperó su cara, cierto, que estaba entera, serena, incluso hermosa, pero sólo pudo decir su nombre. El forense, un paso por detrás de él, tenía los brazos extendidos, como si fuera un hombre acostumbrado a recoger a personas que se derrumban.

—Mara.

Manila repitió su nombre muchas veces, hasta que el rostro fue otra vez tapado y el embrujo desapareció. Entonces pidió una banqueta y un minuto de soledad.

Vivía días extraños. Porque el impulso había desaparecido. Y el niño absorbía toda su atención. Desde que estaba a su lado, el león se había evaporado.

Consiguió un trabajo, contrató una guardería, disciplinó su tiempo llenándolo de átomos de cordura, pequeños lazos que lo ataban a una rutina alienante pero por ello mismo placentera.

Se dejó crecer el cabello, compró lentillas de colores, se reinventó a sí mismo bajo otro aspecto. Engordó, riéndose de los pantalones que tuvo que tirar a la basura. Al descubrirse en los espejos, le costaba reconocerse.

No pensaba en los noventa días pasados con ella. Aunque sabía que la echaba de menos. Que, en cierta medida, ella había representado una remota posibilidad, acaso la última, de convertirse en un hombre cuerdo, vinculado a una realidad tangible. Una posibilidad levantada sobre la ferocidad, el hurto, la muerte en vida, cierto, pero aun así erigida sobre una disciplina secreta e íntima, llena de encanto.

A veces, por las noches, mientras el niño dormía, él escribía el relato de aquellos tres meses, conservaba para sí y para el futuro el tesoro de aquel rapto enloquecido, lo sumaba a los cuadernos en los que había ido anotando su vida previa. A la mañana siguiente, cuando leía lo que había escrito, le parecía imposible que ambos hubieran hecho todas esas cosas.

Al embarcar, las azafatas lo miraron con temor, aunque también con ternura, como se miraría al único superviviente de un accidente aéreo.

El féretro, de color negro, era empujado por dos hombres con gorras de plato y extraordinariamente pulcros. Había algo en su afeitado que a Manila le resultaba inquietante, como si en vez de con cuchillas se hubieran rasurado con guillotinas.

Ya dentro del avión, se repitieron las miradas de miedo, pero ahora no había alivio en ellas. Manila lo disculpó. No debía de resultar agradable viajar junto a un muerto. Y aunque dos o tres veces, durante el vuelo, estuvo a punto de dormirse, lo mantuvo consciente el recuerdo de Mara, como si al caer dormido a ella le pudiera suceder algo incluso peor.

Lo primero que vio al descender la escalinata fueron las tres manos derechas de Gudesteiz, Olsen y el Inspector agitándose en la distancia,

como harapos de carne o banderas antiguas. Extrañamente, se sintió consolado.

Y fue en ese instante, por primera vez desde que recibió la noticia por teléfono, cuando sintió el apremio de llorar.

SEGUNDA PARTE

EL MUNDO BAJO

LA CAPERUZA DEL LOCO

Meses más tarde, mientras la noche ardía y como un duelista aguardaba la muerte con los ojos abiertos, Humberto aún tuvo tiempo para comprender que todo había comenzado allí, un mediodía de primavera, durante la visita a CORPORAMA.

El furor por los parques temáticos recorría entonces la espina dorsal del planeta como un calambre. Así como durante el terror del año 1000 proliferaron supersticiones y profecías de todo signo, la euforia del año 2000, una euforia que bien pronto se mostró vana e incluso absurda, regaló, todo a lo ancho y a lo largo del globo, un nutrido abanico de parques temáticos que celebraban la plasticidad de la cultura y la versatilidad del talento humano. De pronto, fue como si al hombre le asaltara una prisa demoníaca por parcelar la realidad y procurar gigantescos resúmenes a propósito de su acervo estético, su dominio de la naturaleza y sus conquistas técnicas.

Ciertamente la empresa no era nueva, pero la magnitud del empeño sí resultaba desconocida. Desde hacía poco más de un lustro, los parques temáticos ya no eran patrimonio exclusivo de las grandes metrópolis. Chicago, Roma, Moscú, Kioto o Johannesburgo compartían sus exposiciones con ciudades de trescientos mil, cien mil e incluso cincuenta mil habitantes, ciudades que recibían abrumadas de gratitud las copias de tan magnas exhibiciones de poder y gloria. Había llegado la hora solemne de la democratización del saber.

Es probable que, en sus inicios, el fenómeno resultara prosaico, poco imaginativo, incluso burdo. Se idearon parques temáticos sobre el cosmos, sobre los océanos, sobre especies extinguidas, sobre civilizaciones antiguas o sobre disciplinas deportivas. Sin embargo, de forma paulatina se fue avanzando hacia una progresiva abstracción de los contenidos, las claves estudiadas se hicieron más sutiles, los enunciados perdieron grosor pero ganaron en profundidad. Así nacieron los parques temáticos sobre el dolor, la lujuria, la maternidad, el fascismo o la felicidad.

CORPORAMA había nacido en Berlín durante el verano del año 2003 para celebrar al cuerpo humano en todas y cada una de sus manifestaciones. Su clon viajó a Promenadia dos años más tarde para invadir no sólo el espacio vital de la ciudad, sino las conversaciones, las convicciones y, cómo no, los sueños de sus habitantes. En realidad, CORPORAMA era el Soma o Corpódromo, vulgarmente conocido como el Hermafrodita, una figura construida en parafina, plástico y vidrio que reproducía el cuerpo, mitad varón, mitad hembra, de un *Homo sapiens* que tumbado medía 2,200 metros de largo desde la planta de los pies a la punta del cráneo y 2,000 metros de envergadura con los brazos en cruz.

Aquella mañana, durante una jornada de puertas abiertas para los universitarios, Humberto y Hugo descubrieron a Menezes en la sección de CORPORAMA dedicada al aparato digestivo, con una manzana en cada mano, una roja y otra verde, llevándoselas a la nariz y apretándolas para estupor de la azafata que recogía las sugerencias del público, como si fuera un tenista escogiendo la pelota idónea para el servicio.

—La historia de la Humanidad —decía Menezes a la azafata en voz alta, filósofo entre tomografías de duodenos invadidos por la metástasis— es la historia de un proceso de acobardamiento. Observa si no estas manzanas. No son fruto de la valentía ni de la fuerza, sino del progreso tecnológico, que es, por definición, el progreso de nuestra debilidad como animales. ¿Crees que la naturaleza conoce estos colores, ideados en un laboratorio de Minnesota o en un *kibutz* de Palestina? El animal de caza se ha transformado, la agricultura recortó sus garras y zarpas, su pelambreira se convirtió en el vello tratado con cosméticos que aparece en las revistas de papel cuché. En una vuelta de muñeca —y Menezes doblaba su mano

derecha dando un generoso mordisco a la manzana roja— se encuentran resumidos muchos capítulos de nuestro libro. ¿A qué hora acabas el turno, preciosa?

La azafata observaba a Menezes con ojos de asombro, el gorro con el logotipo de CORPORAMA desplegado como un estandarte sobre su amplia frente, una placa a la altura del corazón, entre ambos pechos, donde llevaba rotulado su nombre para que el visitante se sintiera tranquilo y confiado, arrullado por la dulzura de aquella Elsa, Bárbara o Beatriz que le sonreía mientras caminaba entre filmaciones que mostraban el trabajo de su flora intestinal.

Humberto recordó que hacía meses, tras una cena que acabó de madrugada con unas cuantas botellas de vino sobre la mesa, Menezes, mientras jugaba con la imagen de las manzanas, había denominado a los parques temáticos la moderna ciudad de Dios.

—En el fin de los tiempos que llevamos viviendo hace años —había dicho aquella madrugada Menezes— hombres y mujeres nos congregamos en un espacio hasta hace poco desconocido. Ese espacio, que antaño pudo darse al amparo de un símbolo como la cruz o bajo el cobijo de una bandera, tiene en la actualidad aspecto de parque temático.

»El mundo de las manzanas ideadas en un laboratorio de Minnesota o en un *kibutz* de Palestina es el mundo de los parques temáticos, esos colosales teatros en los que asistimos complacidos al desfile de toda clase de maravillas: fuselajes de aviones invisibles al radar y niños probeta, teorías deconstructivas de la alimentación y prototipos de nuestros futuros hogares marcianos, la conquista de la inmortalidad y el diálogo con los grandes primates. La salvación, el premio a toda una vida dedicada al trabajo, radica en la posibilidad de escoger entre esa multitud de saberes que pasan ante nuestros ojos.

»El único problema es que jamás estamos seguros de que lo que estamos aprendiendo sea real; el único problema —remató Menezes aquella madrugada con su índice apuntando al vidrio de las botellas, como si allí se escondiera el aleph del universo, el punto arquimédico sobre el que erigir la verdad de la vida— es que a menudo nos asalta la sospecha de que nuestro mundo es una feria de simulacros, el parque temático de su propia sombra.

Menezes, quien acababa de reconocer a Hugo en la presencia que a escasos metros de él reía a carcajadas, con esa risa suya que tanto asustaba a los animales y a los niños, compartió con su amigo un abrazo de oso que los mantuvo unidos ante la reproducción de un magnífico ejemplar de estómago adulto, órgano que brillaba, bajo el sol artificial que lo nutría, con una calidad de objeto embellecido no por el fervor médico, sino por la gélida y rotunda cibernética.

Mientras Humberto enfocaba su mirada hacia aquel tubo digestivo en tres dimensiones que exhibía sus colores sepia, magenta y siena como una promesa pedagógica, pensó en los hombres y mujeres que recorrían las venas y arterias del Corpódromo igual que esforzadas amebas; pensó en las bonitas azafatas, algunas de ellas amigas de su novia Vera, que nada tenían que envidiar a los ángeles pintados por Giotto mientras se ruborizaban al ofrecer a un guapo muchacho un simulador de sinapsis o un folleto sobre la trepanación entre los egipcios; pensó en las relucientes filas de globos oculares conservados en delicadas damajuanas, en las muestras de fetos calcificados descubiertos en los vientres de mujeres de noventa años, en la arquitectura asombrosamente hermosa y, al tiempo, asombrosamente repulsiva del bulbo raquídeo.

Simulacros. ¿Por qué no? ¿No era plausible que, en vez de metáfora de la vida, el parque temático fuera el modelo, la idea pura, el arquetipo del que la existencia no constituía sino su copia debilitada, falsa, llamada a desaparecer? ¿No era posible que eso que llamaban vida no fuera sino el simulacro de la verdadera realidad, aquélla, la que se respiraba y sentía entre los largos mostradores donde cabía todo el asombro humano en forma de clítoris monstruosos, dentaduras immaculadas datadas hacía 180 000 años, muestras del privilegiado cerebro de Albert Einstein?

Hugo y Menezes hicieron gestos reclamándolo a su lado. Pero Humberto se había quedado sordo. Los veía como a vasijas, alcuzas, transparentes armaduras bajo las que corrían ríos de linfa y leucocitos; estaban ahí pero eran otra cosa, ellos mismos simulacro, sueño pasajero, máscara que, precisamente por serlo, permanecía siempre idéntica, inmutable ante el eterno discurrir de los objetos.

—Parece que tu hermano hubiera visto un fantasma.

El oído, que hacía un instante lo había traicionado, recuperaba al fin su vieja función acusadora. Humberto se aproximó a la boca de Menezes, fuente de la que emanaban las ocho claras, diáfanas, indiscutibles palabras que su cerebro estaba procesando.

Volvía a verlos como siempre habían sido: opacos, duros, inmunes a la luz; su gemelo, su amigo, dos de las amarras que lo ataban a puerto seguro.

Aquel día en que todo comenzó a cobrar forma, el mismo en que decidieron hacer del terror una disciplina, deambularon de un lado para otro malgastando tiempo y energía, aplazando el momento de regresar a sus hogares donde nada faltaba y donde, sin embargo, como ellos mismos insinuarían más tarde en el primero de sus vídeos, todo era contingente: teléfonos inalámbricos, tabaqueras de cedro, reproducciones de Chagall: bisutería del alma y el cuerpo.

Junto a una de las cajeras, a quien abonaron sus reproducciones a escala del Hermafrodita con dinero plástico, un televisor mostraba a bronceadas parejas que viajaban virtualmente por el interior de un volcán exhausto o flotaban como ectoplasmas junto a manadas de cachalotes amaestrados. Acompañada por una música de violonchelo, una voz asexuada sugería: «Hágase socio de Universo Temático. Pague su ocio en cómodos plazos. Y olvídense de los problemas».

Asumiendo lo profundo de semejante paradoja, Humberto pensó que no importaba de qué te hicieras socio y mucho menos cuánto costase. Uno se hacía socio de Universo Temático para olvidar que no pertenecer a Universo Temático era un problema. Carecer de dinero para pagar la cuota de Universo Temático no era el obstáculo: el obstáculo era no pertenecer a ninguna sociedad privada, a ningún club de élite, a ninguna logia conspirativa. (En realidad, se dijo a sí mismo, no existían personas que desearan la libertad. Las personas adquirían compromisos con toda la rapidez posible. Era una forma, acaso la única, de garantizar la inmortalidad).

Menezes los acompañó hasta la puerta de su cochambroso Volkswagen. *Newton*, el perro de los gemelos, que aguardaba dentro del coche no sólo por imperativos del lugar, sino a todas luces aterrorizado por la imagen que

en su cerebro de perro procuraba el Corpódromo, lamió sus manos con devoción, como si lamiera la piel del dios de los terranova.

Y al irse, flaco y desaseado, Humberto volvió a descubrir en su encorvada figura un simulacro del auténtico Menezes, aquél que mucho tiempo antes había muerto en algún lejano campo de batalla y aquella mañana de primavera, en el pavimentado elíseo de Promenadia, arrastraba su humilde, íntimo e irrepetible CORPORAMA con la insoportable dignidad de los muertos.

Fue esa misma noche cuando concibieron el sabotaje de la leche embotellada. La inspiración les pareció tan ridícula que inmediatamente los sedujo. Sintieron que debían comenzar por algo pequeño, precario, con un cierto componente satírico, antes de advertir qué dirección tomaban sus instintos. Era como pretender demoler una religión pintándole a la estatua del dios tonante un bigotito de hollín. Ni ellos sabían en realidad qué ciénaga estaban pisando, qué oscuridad estaban a punto de horadar, qué monstruos aguardaban al otro lado.

El resplandor del Corpódromo los había irritado como la suma de la belleza del Baptisterio, del Campanile, del Duomo y de San Miniato acaba por enfermar con su desmesura a los turistas florentinos. Borrachos de luz y de color, exhaustos de conquistas técnicas, aquella velada pensaron en CORPORAMA como en un insulto de la abundancia y se amotinaron. El exceso los inspiró en el terror. El hartazgo los enardeció. La sagacidad de sus contemporáneos les hizo concebir una guerra de antorchas.

Fue una cena solemne, religiosa, colérica, llena de arengas, grávida de fetiches y de deudas adquiridas con gusto, en la que se convocó al fantasma de Stavrogin y se leyeron en voz alta ciertos pasajes de *La condición humana*. Embriagado, Menezes brindó por Eróstrato, el pirómano que incendió el templo de Artemisa en Éfeso, y todos juraron a su recién nacida causa una fidelidad estúpida, ciega, amparada bajo el palio de grandes palabras que tenían que ver con la juventud, la fiereza, el desafecto.

Eran inexpertos, luego crueles. Bebieron de aquel cáliz y lo hicieron hasta el fondo, como si fueran a cruzar la laguna Estigia a nado, los Campos Elíseos sin escudo, el desfiladero de las Termopilas en un día de nieve; bebieron como si tuvieran que asaltar el palacio de Invierno armados apenas con su sed de justicia. Tenían los ojos llenos de un rubor acariciante, y en aquel momento, reunidos allí los tres, mientras *Newton* ladraba pidiendo comida, no hubieran cambiado un cuerpo de mujer por el fuego sagrado que alentaban juntos.

Porque se sabían invencibles, indemnes, solidarios. Y porque de allí nacieron Los Arrancadores.

De aquella hoguera.

Brillante, lúcido, dotado para el sarcasmo, Menezes había seducido a los gemelos desde el primer día, en las desangeladas aulas de una falaz Academia en la que se intentaba levantar testimonio de siglos de heroísmo intelectual y apenas si se lograba convocar, y sólo muy de vez en cuando, a algún que otro fantasma demacrado.

Y es que bajo los nombres de Platón, de Spinoza o de Nietzsche, a los alumnos sólo llegaban remedos tristes, apagados, enfermizos, de resonantes titanes. Así que había que buscar la verdad en otros tabernáculos.

Por esa razón frecuentaban, en la alta medianoche, feroces y algo absurdos, aquel intenso mar de mármol que escondía la biblioteca del padre de Menezes, un hombre culto pero siempre ausente, arrebatado por los negocios, el éxito, la prisa.

Cada vez que tropezaban con un gran libro se sofocaban, reñían, disputaban por hablar. Era como follar con una diosa, como verse reflejado en los ojos de una mujer bellísima, como escanciar la uva del tiempo y sobrevivir a la caricia de su mosto.

Era obvio que Menezes satisfacía cierta exigencia intelectual que Humberto y Hugo delegaban en él con agrado. Pues si bien los gemelos diferían en carácter (Humberto era reflexivo y sensible, aunque cobardemente piadoso; Hugo era más espontáneo pero cínico, groseramente

materialista), ambos estaban de acuerdo en considerar a Menezes el promotor y conductor de aquella trinidad que hallaba en su desigualdad un factor de mérito.

De modo que mientras los juegos significaron lecturas, ebriedad y la construcción de un credo más o menos resonante, la audacia de aquella amistad pudo ser admirada como un paso más en el ritual de la recién conquistada madurez; pero todo cambió con la visita al Corpódromo, con la anunciación de un reino del que ellos iban a ser ley y parte, brazo legislativo pero también brazo ejecutor.

Así descubrieron, casi sin darse cuenta, la fascinación de la violencia, como niños que acostumbrados a levantar castillos frente al mar deciden un buen día, por una extraña conjunción del azar y de la personalidad, convertirse ellos mismos en trueno, en azote, en marea viva y destructora.

Dotados, pues, de un móvil laxo (la cólera que les procuraba la saciedad, la estulticia, la decadencia de su época) y de un plan hilarante (las agujas en la leche), faltaba rodearse de la parafernalia, de la atmósfera, del ambiente en que encerrar aquellos todavía flacos contenidos.

Fue Hugo quien descubrió los disfraces en la finca de vacaciones de los padres de Vera, mientras ella y Humberto retozaban en la cama con una pericia no exenta de ternura.

Fue Hugo quien exhumó de un viejo baúl las tres capas de bufón de corte con sus correspondientes caperuzas, los disfraces acaso heredados de una abuela o de una bisabuela, que parecían estar aguardando por ellos y que Hugo hurtó con la estúpida avidez de un adulto que roba caramelos a un niño.

Cuando un día antes del sabotaje, tras una aburrida clase sobre las categorías aristotélicas, se los enseñó a sus camaradas en el aparcamiento de la universidad, Humberto sintió un escalofrío en la nuca.

—Ahora vamos a ser reales, como el asesino de los zapatos —dijo sonriendo con todos los dientes—. Una vez nos pongamos esas máscaras ya no habrá marcha atrás.

Es posible que entonces ignorara lo certero que estaba siendo bajo su aparente ironía, lo ajustado de sus palabras, la exacta urdimbre que en el

discurrir de sus trabajos y días iban a procurar aquellos trajes copiados de un antiguo grabado.

Y fue esa misma tarde, tras probarse los disfraces y gustarse en los espejos, cuando grabaron la cinta. Lo hicieron como otro juego dentro del juego, como otro símbolo dentro de aquel símbolo que en sus cabezas empezaba a cobrar forma igual que un feto va cobrando cuerpo, dimensiones y gestos, acercándose al umbral de la vida y del dolor.

Veinticuatro horas antes de acudir al supermercado, redactaron a seis manos un texto audaz en su simpleza, limpio de adjetivos y alharacas, tan seco y cortante como aire puro, que atendía a sus razones y daba cuenta de sus intenciones. La palabra clave era una sola: *terror*. Flirtearon con *temor*, *angustia* y *miedo*, pero *terror* los ganó. Les pareció una palabra tan redonda, tan viril, tan diáfana como un dardo de luz en el agua de un pozo, como una lanza de cristal clavada en las convicciones de Promenadia, en la diana hasta ahora aplazada de su codicia, de su áurea mediocridad.

Como Bakunin y Netchaev en aquella dulce Suiza que un día fue asilo para todos los iluminados de la tierra, Los Arrancadores habían redactado su catecismo revolucionario.

Esa última noche antes del sabotaje, para distraerse, acudieron al autocine, pues el propietario había conseguido una copia subtitulada de *Fresas salvajes*, lo cual se les antojó un buen presagio. De modo que allí estaban los tres, en la suave penumbra del Volkswagen, inmersos en un ambiente de recogimiento, Humberto y Hugo delante, Menezes detrás, cuando el noticiario invadió su intimidad.

Fue al ver a los siameses pigópagos compartiendo sacro y cóccix, al pensar en sus tubos digestivos que acababan en un recto y en un ano comunes, cuando Humberto tuvo la ominosa certidumbre de hallarse en el centro de una conspiración, de ser el actor de un drama para el que no había solicitado un papel.

A veces, en el momento en que uno menos se lo esperaba, la paranoia le agarraba por el cuello. Aquél era uno de los efectos que provocaban los

monstruos. Porque los monstruos no permitían apartar la mirada, los monstruos no eran el padre senil que confundía a su mujer con una amiga de la infancia, el hijo vandálico que destrozaba el mobiliario urbano porque estaba ahído de máquinas electrónicas o el jefe racista con quien se compartía la admiración por Yukio Mishima. No, los monstruos eran seres que, cuando atrapaban la atención, ya no dejaban desviarla hacia otro lado, condescender, ser cautos, cínicos o cobardes.

Al descubrir a los siameses pigópagos de Promenadia en aquella especie de inverosímil NODO, al ver a esos fenómenos mutantes que los medios de comunicación habían convertido en rutilantes estrellas de la bioética, Humberto pensó en el Hermafrodita, pero también en sí mismo y en su hermano Hugo.

—Son asquerosos —dijo Hugo—. Realmente asquerosos.

—Entonces, ¿por qué los miramos?

La pregunta de Menezes era tan lógica que los gemelos se volvieron hacia él con cierta irritación. Ambos se sentían descubiertos, como tahúres con cinco reinas en la mano.

Menezes se encogió de hombros y buscó los ojos de sus amigos implorando comprensión. Hugo carraspeó y miró hacia otro lado; sofocado, con las orejas a punto de estallar, Humberto negó con la cabeza y pensó que, en los tiempos que les tocaba vivir, a la gente le encantaba ser engañada. En cierto sentido se habían vuelto otra vez arcaicos como pintores de bisontes. La cibernética y los avances médicos habían traído demasiada claridad, y el hombre era un animal al que agradaban las tinieblas, un animal intermedio a quien le gustaba defecar, practicar la sodomía y espiar a los demás en la oscuridad.

Monstruos como los siameses pigópagos, condenados a un destino común y a una angustia perpetua (bastaba imaginar por un instante lo que debía sentirse al estar pegado a otro cuerpo para siempre), colmaban la atracción por lo misterioso que alentaba en el público, en especial cuando alguien había hecho creer que, así como existía una estética de la fealdad, existía también una mística de la repulsión.

Los tres amigos llevaban días leyendo en la prensa y oyendo en la televisión que los siameses pigópagos agonizaban. Ahora el noticiario les

confirmaba su muerte, se la mostraba sin ambages, la resumía en aquella imagen fija de dos adultos de cuarenta años reposando en un ataúd sellado con plomo. Veinte o treinta matrimonios, algunos de ellos en compañía de sus hijos, alguna que otra pareja joven y un puñado de solitarios amantes del cine de Bergman, abrían la boca arrobados. Alguien que hubiera mirado dentro de los vehículos podría haber visto todas sus caries.

Como casi siempre que eran filmados, los siameses mostraban una actitud arrogante. Incluso muertos resultaban irritantes. Ni siquiera en semejante trance parecían condescendientes con su público, sino más bien librescos, un poco fatuos, con ese punto de petulancia que se permite a los asiduos a la prensa del corazón.

Porque el monstruo definía la normalidad, porque su excepcionalidad creaba una de las reglas que regía a las sociedades, toda comunidad necesitaba su catastro de seres monstruosos. El monstruo aliviaba la indigencia espiritual del hombre de la calle, sancionaba los límites de lo que resulta permisible y de lo que no, y, en muchas ocasiones, permitía que las personas experimentaran piedad, algo fundamental para una vida feliz y equilibrada. Con los monstruos sucedía como con los locos: al verlos la gente se sentía mejor de lo que en realidad era. El clima moral de Promenadia, su pragmatismo político y su astucia colectiva estaban contenidos en la imagen fija de aquellos cadáveres. La muerte, una vez más, se convertía en el mejor revelador.

—No sabía que *Fresas salvajes* fuera una película X —bromeó Menezes, dispuesto a romper el hechizo del que los gemelos parecían haber caído presos.

El mundo que les había tocado en suerte, aquel bólido procedente de una materia enigmática, aquella masa de agua y tierra que no iba a ninguna parte y que giraba sin descanso ni sentido en torno a los anhelos de sus pobladores, no consentía que un adolescente presenciara una felación en la pantalla de un cine, pero mostraba sin recato cómo se enfriaban dos hombres a los que se había permitido vivir unidos por un único hueso sacro durante cuatro décadas. Humberto supo que Menezes tenía razón. Aquello era pornografía.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Humberto le preguntó a su gemelo si *Fresas salvajes* le había gustado. Hugo miró a su hermano desde muy lejos, pareció pensar una respuesta (más bien pareció masticar una respuesta) y un tanto solemne, como una parodia de sí mismo, dijo:

—¿Sabes? Me decepcionó. Me había creado falsas expectativas. De hecho, me pareció una obra ingenua.

Humberto observó a Hugo sin ternura, aunque no se atrevió a juzgar sus palabras. Más tarde, mientras limpiaba con un paño seco las mortíferas agujas, comprendió que, como en la visita al Corpódromo, también la noche anterior, en el autocine, de pronto la realidad se había vuelto clandestina.

Los monstruos habían devorado la obra de arte.

Recordaría siempre el olor del cloro aquel mediodía. Fue el mismo día en que apareció el cadáver en el colector. La piscina estaba repleta de gente y Humberto tenía los ojos ciegos de sol y el cuerpo ensartado por la humedad como un pollo por un espetón. Sentía el pulso en las ingles y en el diafragma.

Hugo estaba solo, alejado unos metros, leyendo una novela de Boris Vian, *La hierba roja*, la inolvidable historia de Wolf y de su asombrosa máquina del tiempo. Humberto pensó en su adolescencia, en los cigarrillos que le robaba a su padre cuando leyó aquel libro, en un tiempo lleno de prodigios.

Miró a Vera rodeada de su círculo de amigas, fresca, esbelta, inmortal, con ese aire de perdonavidas que indulta de toda culpa a las adolescentes. (Una noche, antes de conocerla, la vio bailar en una discoteca. No le gustó. Descubrió a otros hombres mirándola con ojos de deseo. Humberto conocía esos ojos).

Valdivia, el padre de Vera, estaba tendido en una hamaca, el tronco perlado de sudor, los ojos amparados tras unas gafas oscuras, la mano derecha posada en el césped, acariciando la hierba agostada, la izquierda sosteniendo un cigarrillo levantado como un muro entre su cansancio y el mundo.

Menezes también estaba allí, con su raquíico bañador, todo costillas y pelo hirsuto, brotando de cada poro de su piel como heridas imposibles de restañar. Seduciendo a Vera y al resto de sus amigas. Relatando historias fantásticas con voz de rapsoda ante una hoguera: «Y por un momento todo lo que oyó el capitán fue el inmenso crujido del barco, como si el Destino se volviera en sueños». Humberto no recordaba a qué libro pertenecía, pero Vera y sus amigas rieron con franqueza.

Y de pronto descubrió a aquel chaval saliendo del agua.

Nunca antes lo había visto. Impresionante. Adonis redivivo. Un digno competidor de la mitad masculina del Hermafrodita. Con el cráneo pelado, el cuello de lanzador de disco, las clavículas como arietes, los omoplatos igual que cuencos de barro, los deltoides de un vigor inusitado, un pecho que era un muro de carne, sin vello, borracho de salud, alzándose del agua igual que un héroe homérico, un murmullo de admiración contenida recorriendo las hamacas, las mujeres volviéndose al verlo emerger, expectantes, detenido el cigarrillo en el camino a los labios mientras el cuerpo regresaba del agua a la tierra, la cintura se perfilaba, el bañador se ofrecía a los sentidos.

Y nada más.

O sí.

Dos muñones.

Dos tiernos muñones.

Porque no tenía piernas.

La ceniza de los cigarrillos quemó alguna piel, muchas vísceras se encogieron, una náusea agotó por dentro a los observadores. Igual que una estatua incompleta, el muchacho se apoyó en la pequeña plataforma mientras un socorrista se acercaba con dos prótesis de plástico.

—No mires, Vera —sugirió Humberto, consciente de que ahora ella iba a hacerlo.

—¿Qué sucede? —preguntó Valdivia, regresado de su paraíso de calor.

—Dios mío —dijo Vera.

—Dios mío —repitió su padre.

Menezes sonrió complacido. Conocía al chico, dijo. Trabajaba en las gigantescas bambalinas de CORPORAMA. Las mujeres se volvían locas de

piedad por él. Les robaba el corazón a todas. Un día le contó su historia. Una historia cruda de verdad. Una historia insólita. Una historia que preferiría no repetir.

Después, en la duermeyela de un día fatigoso, Humberto sintió cómo transcurrían las horas, perfumadas por los parterres que bordeaban el rectángulo de la piscina.

Entonces sucedió.

Dos amigas de Vera, llenas de acné, atléticas, perdiendo el resuello y las sandalias, llegaron corriendo entre las tumbonas, heraldos de un rumor. Varias personas habían sido ingresadas de urgencia tras ingerir agujas escondidas dentro de botellas de leche.

Una de ellas, una mujer embarazada, estaba muy grave.

Hay un instante en que todo juego pierde su frescura y su plasticidad, convirtiéndose en algo duro y rígido. Es un instante ominoso, porque el jugador debe asumir que es una forma de infancia la que muere con ese instante, y que una fortaleza hasta entonces inédita, una suerte de pedagogía miserable y cínica, alumbra sin remedio.

Cuando leyeron negro sobre blanco que una mujer había perdido el hijo que esperaba a consecuencia de la ingestión de agujas, tuvieron que escoger entre bajarse del tiiovivo o seguir girando. Al fin y al cabo, habían logrado lo que buscaban. Una de las formas del terror había acuchillado a un nonato, había destruido una esperanza, se había cobijado en una confusa forma humana que bullía en un mar amniótico.

Sentados en Oreanda, una de las suaves colinas desde las que contemplar el espectáculo del crepúsculo en Promenadia, los tres permanecieron en silencio un buen rato, mientras el sol comenzaba a ser tragado por la caverna del mar. El espectáculo no los enardecía, sino que los aquietaba, como un cigarrillo después del coito.

Allí, en completa calma, mirando la cotidiana muerte de aquel astro ignorante de sus preocupaciones, deberes y virtudes, advirtieron qué gran

tarea era el terror, qué oscura determinación demandaba de sus ejecutores, de qué país era nativa semejante fortaleza de ánimo.

Como la música, las matemáticas o el ajedrez, la vida se les imponía, en esencia, como un acto de reubicación: piezas simbólicas proyectadas sobre lugares significativos.

Igual que en una proyección cinematográfica, vieron desfilar ante sí los rostros de Víctor Sjöström en *Fresas salvajes*, de sus catedráticos de universidad mientras impartían magisterio, de Vera y de sus amigas danzando a capricho de su belleza, del hermoso tullido de CORPORAMA surgiendo como un dios del agua clorada, de los cuatro impotentes policías que investigaban sin suerte al asesino de los zapatos, de los siameses pigópagos en su ataúd de plomo.

Entonces colocaron todos esos rostros bajo los antifaces de Los Arrancadores, bajo sus llamativas caperuzas de terciopelo verde. Sintieron que encajaban, que eran válidos.

Pasados unos minutos, añadieron a esas imágenes fetos abortados, retazos de una conversación sobre silogística y nominalismo, parques temáticos donde se analizaban las similitudes genéticas de la especie humana con ciertos anélidos. Tampoco aquellos ejercicios de su imaginación los defraudaron.

Cuando subieron al Volkswagen, el escenario era ya una pura sombra, un eructo que el abismo lanzaba sobre un firmamento lóbrego, sin estrellas.

Descubrirse en televisión les proporcionó una nueva perspectiva del asunto. El simulacro de simulacros, la pantalla de plasma, los catapultaba a la hiperrealidad. Nada tan contagioso como una imagen. Nada tan certero para saberse vivo como convertirse en holograma. Nada tan indestructible como la carne hecha fotones. Tuvieron que emborracharse bastante para soportar semejante grado de pureza.

Sólo entonces, cuando se descubrieron allí sentados leyendo su discurso, como esclavos platónicos admirando su propio reflejo, pensaron en la estupidez que habían cometido al ponerse los trajes. Increíblemente,

nada sucedió. Ni Vera ni sus padres reconocieron los trofeos rescatados por Hugo de un polvoriento arcón familiar. Una vez más sintieron que su audacia, que en el fondo comportaba una profunda dosis de inconsciencia, garantizaba que permanecerían indemnes.

Indemnes como payasos bailando al borde de un abismo.

Indemnes como salvajes.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

La pregunta que llevaba sin expresarse desde que la última aguja cayó a la última botella resonó como un disparo. Y fue tal su eco que es posible que ninguno de los tres supiera quién la había formulado.

Físico en el Departamento de Plásticos que había colaborado en la recreación del Hermafrodita, Valdivia supo que algo malo sucedía cuando encontró a Vera en el aparcamiento de CORPORAMA.

—Me han expulsado del instituto.

Vera era frívola y conformista, le faltaba imaginación para cometer un delito grave, así que Valdivia supuso que le había faltado al respeto a algún profesor o que había hecho novillos con excesiva asiduidad.

Pero no. La expulsaban por consumir hachís en horas lectivas.

Se quedó de piedra.

Pálido.

Los ojos llenos de preguntas.

La boca seca.

Porque todos los padres saben que consumir hachís a los dieciséis años es lo más natural del mundo. Pero todos los padres que saben eso, saben también que cosas tan naturales sólo suceden a los hijos de los demás.

—¿Hachís? —preguntó como un idiota.

—Sí —respondió Vera hastiada—. Polen de hachís.

Las palabras poseen vida propia. Siempre le había gustado la palabra *hachís*. Sonaba a seda rasgada. Le inundaba la garganta un sabor acre, un poco punzante. Años atrás había estado en Túnez con su mujer. Visitaron el lugar donde Flaubert concibió *Salambó*. Admiraron las ruinas de Cartago.

Bebieron té con un caravanero sin dientes. Los hombres le miraban complacidos a él, no a su mujer. «Hachís», ofrecían hipnotizados por su cabello rizado. «Hachís», susurraban adolescentes llamados Makram, Ahmed, Rachid.

—¿Hachís? —preguntó paladeando la musicalidad del vocablo por segunda vez—. Tu madre se va a enfadar.

—No me importa —dijo Vera—. Eras tú quien me daba miedo.

Miedo. ¿Era ésa forma de hablar a un padre? En fin. Los hijos temían a sus padres, era una ley cultural a la que nadie escapaba.

—¿Vas a castigarme?

—Sí —respondió con rencor—. Por supuesto que voy a castigarte. No lo dudes.

Supo que iba a parecerle estúpido, orgullosamente estúpido. Que no se lograba nada castigando a una muchacha así. Que lo que debería hacer era disciplinarla, encender su corazón, descubrirle que existía vida más allá de las teofanías televisivas.

Una vez se lo dijo, durante un verano que permanecieron en Promenadia. Le dijo que era un fracasado. No con esas palabras, obviamente, pero le dijo que no entendía cómo podía dedicar su vida a algo tan inútil como la física. Que por qué no se dedicaba, como los padres de sus amigas, a conceder créditos, proyectar urbanizaciones para ricos o jugar al golf. No le contestó. Los hijos eran los peores discípulos. Siempre.

La nota que Vera le entregó insinuaba que sus padres debían acudir a hablar con sus profesores. Redactada en un inconfundible lenguaje burocrático, destilaba ese tufillo moralizante que, en el fondo, Valdivia tanto detestaba. Sospechaban los jueces, enmascarados bajo el rótulo de equipo pedagógico, que su hija estaba pasando por una mala época, circunstancia que una mayor atención por parte del entorno familiar ayudaría sin duda a enmendar.

—¿Quién te pasa el hachís?

Vera cultivó una postura displicente, como si realmente le doliera ser una delatora. ¿A quién se parecía su hija? Valdivia pensó si su mujer sería así a esa edad, y esa visión lo inflamó de ira.

—¿Quién te pasa el hachís?

Era Valdivia, el especialista en movimientos inerciales y aceleración, el inútil que todo lo sabía acerca de experimentos sobre la gravedad, experimentos que cambiaron la concepción del universo y la propia percepción del hombre como parte de él; era Valdivia, el inútil que todo lo sabía de la antimateria y del principio de incertidumbre de Heisenberg, el inútil que todo lo sabía de los sueños febriles que desvelaron a Kekulé la estructura de la molécula del benceno, el inútil al que la noche sorprendía pegado a la radio escuchando tristes noticias acerca de asesinos monstruosos, quien interrogaba a su hija sobre la identidad de la persona que le pasaba droga.

—Menezes —dijo—. El amigo de Humberto.

Había sido fácil, pensó Valdivia. Bastaba con repetir una pregunta, con alzar un poco el tono de voz, y la gente hablaba. Ésa era la clase de fidelidad a la que podía aspirar alguien como Menezes.

Varios becarios de CORPORAMA estudiaron las piernas de Vera con franca admiración. Mientras caminaban hacia su automóvil en silencio, ambos miraban el pavimento como si buscaran descifrar un enigma, el secreto poder de un talismán.

—Papá, ¿alguna vez has fumado hachís?

Y a pesar de que ignoró su pregunta, vaga, débil, tenuemente, en una confusa mezcla de realidad y ficción, lo asaltaron imágenes de rostros que creía perdidos para siempre. ¿Qué habría sido de todos aquellos con quienes un día compartió marihuana, alcohol, ciertas hipnóticas danzas? ¿Dónde estarían ahora sus camaradas de juventud, acaso los únicos que permanecerían inmortales, aunque carecieran de nombre, bajo la amenaza del tiempo caudaloso? Entonces comprendió a quién se parecía Vera; entonces comprendió que era el recuerdo, la visión de aquel furioso y desorientado adolescente, lo que le llenó de pavor.

—Sube al coche —gritó tiránico, vasallo de lo que antaño fue, un pobre padre en apuros.

Y al mirarse en el espejo retrovisor, mientras encendía el contacto y metía primera, guiñó un ojo con aire cómplice, no fuera que el fantasma de sus dieciséis años viajara de polizón en el asiento trasero.

A las nueve en punto, reunidos en torno al televisor, Valdivia y su mujer pelaban naranjas cuando una voz dijo: «Es el primer muerto el que contagia a todos el pensamiento de la amenaza».

La frase los paralizó.

La prosa de los telediarios nunca era tan profunda. Aunque la audacia de ciertos redactores era célebre, ambos dudaron de que aspirara a fórmulas tan persuasivas. Ese adagio, esa máxima filosófica los trasladó, por un momento, a una cocina mágica, distinta a la de cualquier noche previa, en la que incluso la respiración de los electrodomésticos sonaba distinta.

—¿Has oído lo mismo que yo? —preguntó su mujer asombrada, un gajo detenido en su trayecto hacia la boca.

Ahí estaban otra vez, encapsulados en una nueva cinta de vídeo, los tres encapuchados con sus cascabeles y sus caperuzas de un verde chillón, que lastimaban los ojos. Ahora lo entendían. Eran ellos, Los Arrancadores, quienes habían dictado esa frase que todavía resonaba en el centro de sus tripas: «Es el primer muerto el que contagia a todos el pensamiento de la amenaza».

Esa tarde un hombre había fallecido tras beber agua envenenada de una fuente pública. El vertido se había realizado en la propia reserva de agua de la fuente, no en el depósito central que suministraba agua a Promenadia. La fuente había sido precintada y al hombre se le estaba practicando la autopsia. Los Arrancadores aseguraban haber utilizado estricnina. Médicos consultados al efecto habían confirmado que el aspecto del cadáver parecía indicar un envenenamiento de ese tipo. Un policía gordo y bisojo, con un extraño apellido, corroboraba ante las cámaras la información de los forenses.

Sus cabezas giraron hacia la gran jarra de agua que presidía, como un despojo, la cabecera de la mesa.

Su mujer ahogó una arcada; Valdivia se palpó el bolsillo de su camisa, como si así pudiera cerciorarse de que su corazón seguía latiendo. En el

umbral de la cocina, en bata y zapatillas, algo desgredada, Vera, descendida de las alturas de su castigo, observaba el televisor con rigidez de estatua.

Al nonato no le habían podido poner rostro ni nombre. Apenas era una promesa de vida, un muñón sangriento luchando en una intensa noche oscura, un huevo ciego y sin capacidad de raciocinio.

Pero enfrentarse a las facciones del muerto, conocer detalles íntimos de su vida, a qué se dedicaba, quiénes eran sus familiares, qué esperanzas abrigaba para el futuro, los hizo temblar como dioses tras el primer día de la creación.

Lo festejaron saliendo al mar.

Subieron al velero del padre de Menezes, como siempre remoto, ausente e inmensamente rico, y navegaron pertrechados con sus cañas de pescar y treinta botellas de cerveza desde el mediodía hasta la puesta del sol, en dirección al último Finisterre, encerrados en un silencio que no era doliente ni vergonzoso, sino fruto de su osadía, el silencio de un rey ante los despojos de su venganza.

Antes de acostarse esa noche, con los ojos quemados por el sol y la cara salada como bacalao, Humberto y Hugo se abrazaron como no hacían desde que eran niños. En su abrazo, como una promesa, había una rudeza suicida, una proclama poderosa, la feroz determinación de perdurar en sus afrentas.

Fue su mujer quien insistió en acudir al circo.

—Dios mío —dijo con la mirada llena de luz al mostrarle el programa que alguien había depositado en el buzón—. Hace más de treinta años que no veo un payaso de verdad.

De modo que fueron a la función de noche. Solos los dos. Dispuestos a dejarse robar el corazón.

—Cuando era niña me enamoré de un tragasables —contó ella mientras las luces se apagaban.

—Siempre has sido una mujer intrépida —contestó Valdivia entre redobles de tambor.

—Aunque quien en realidad me gustaba era el domador de fieras —confesó ella mientras el maestro de ceremonias, un hombre gordo con nariz postiza de Cyrano, aparecía en la pista.

Pero el buen humor duró poco.

Los niños sentados en los asientos de plástico lloraron amargamente con la mujer que tocaba el violonchelo con un serrucho. Los adultos llevaban ropas oscuras y apenas hablaban entre sí. Todo estaba mustio, apagado, ceniciento, como un cuadro que representara el final de una época.

—Los trapevistas son flojos —dijo ella.

—Tendrán un mal día —respondió Valdivia.

Tras cada número, había gente que abandonaba el espectáculo sin hacer ruido.

—El lanzador de cuchillos hace trampa —dijo ella—. El pañuelo que lleva puesto deja pasar la luz.

—Quizás hayan sufrido un percance hace poco —adujo Valdivia. Tratava de ser positivo, pero su voz sonaba hueca.

—Los payasos son viejos —dijo ella—. Ni siquiera el tinte les oculta las canas.

—La experiencia es un grado —argumentó Valdivia.

Y aunque era obvio que no estaba dispuesto a dejarse vencer por el desaliento, las pocas personas que aguardaron hasta el final del espectáculo aplaudieron por pura cortesía. Parecían miembros de algún remoto Politburó.

Después fueron a pasear alrededor de la carpa. Olía horriblemente. A excrementos. A goma quemada. Puede que incluso a carroña.

—Mira —dijo ella señalando un león esquelético, casi moribundo, una especie de gigantesco peluche con las encías en carne viva—. Tiene la piel llena de llagas. Y su jaula es un estercolero.

Su mujer temblaba como una niña. El desencanto la estaba volviendo más pequeña a cada minuto.

Entonces escucharon pasos. Uno de los payasos a quien habían oído contar sus chistes sin gracia les miraba torvamente, con el rostro todavía maquillado. Pero se había quitado el sombrero y ella tenía razón. Era un viejo. Un abuelo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó en un español adusto.

—Nada —respondió Valdivia—. No hacemos nada.

—Es mejor que se vayan. Los animales se ponen nerviosos.

Miraron al león tendido sobre su lecho mugriento. La bestia abrió la boca con un rugido sordo. Valdivia pensó en Menezes deslizando una tableta de hachís libanés en el bolso de Vera.

Durante el camino de vuelta, cogidos de la mano, a ninguno de los dos le apetecía hablar. La tristeza les había dejado sin palabras. Sus pasos sonaban como disparos.

Cuando llegaron a casa todavía no era medianoche. Frente a la entrada, en un coche aparcado con las ventanillas bajadas, sin pudor, sin privacidad, obscenamente, una pareja fumaba heroína.

—Vivimos en Bizancio —dijo ella.

Esa vez Valdivia no replicó.

Cuando sonó el teléfono, lo primero que pensó fue: «Alguien ha muerto». Miró el reloj, sus dígitos fosforescentes dentro de un vidrio. Eran las cuatro de la madrugada.

—La hora del lobo —dijo en voz alta.

Comprendió que estaba descolgando el auricular como si el tránsito del sueño más profundo a la más atenta de las vigilias hubiera sido automático, parecido a pulsar un interruptor. Comprendió que estaba pensando eso con total claridad: el hecho indiscutible, innegociable e inobjetable de que él era una especie de interruptor que alguien o algo encendía y apagaba a voluntad.

Al otro lado de la línea escuchó una voz de mujer. Era una voz joven, con acento del sur. Prestando fondo a la voz, cuyas palabras no conseguía descifrar, se oía música electrónica, tres únicas notas que se repetían de

modo hipnótico: sube-baja-sube, sube-baja-sube, sube-baja-sube. El sonido era nítido como cristal, parecía que estuviera allí mismo, en el centro de su habitación.

De pronto distinguió lo que la voz decía:

—Papá.

Sabía que su hija estaba durmiendo plácidamente en su habitación, a unos metros de él, pero aun así preguntó:

—¿Vera?

—Papá, creo que al chico le ha reventado el corazón.

—¿Con quién hablo? ¿Vera?

Sube-baja-sube, sube-baja-sube, sube-baja-sube filtraba el teléfono sin pausa, mientras su mujer le apretaba el brazo izquierdo y preguntaba qué sucedía.

—¿Vendrás a ayudarme? ¿Lo harás?

La voz había perdido su acento. Un velo de lágrimas parecía atenazarla.

Entonces percibió una voz de varón, una voz que decía «deprisa, joder, deprisa», y pronunciaba el nombre de Carla. Dos veces: «Carla, Carla».

—Papá.

—No soy tu papá. Soy...

—Papá, al chico le ha reventado el corazón. Había bebido mucho y luego tomó un puñado de pastillas. ¿Lo entiendes? Está muerto. Muerto encima de mi cama.

Entendió que era la hora del lobo, el instante decisivo de la lucha entre la oscuridad y el alba, el sube-baja-sube de las tinieblas y la luz.

—Carla —dijo—. ¿Eres tú, Carla? Escucha. Tranquilízate. No temas. No soy tu padre, pero no temas. Dime tu nombre, pronúncialo, Carla, déjame oírlo para que así podamos hablar.

—Papá —dijo la voz—. Papá, soy Carla y el chico está muerto, con el corazón reventado por culpa de esa mierda.

Entonces ella colgó.

Valdivia permaneció allí, en pijama, viva imagen del estupor, con el auricular pegado a la oreja y su mujer rodeándole el brazo.

—Era una chica —dijo—. Estaba en una fiesta y alguien se ha muerto encima de su cama.

Su mujer se limitó a respirar pausadamente, el sube-baja-sube de su pecho llenando los segundos.

—Estaba aterrada. Llamaba a su padre.

Llamadas perdidas. Voces de socorro abortadas, llegando a oídos que nada podían hacer. Mensajes para nadie. Algo que Valdivia imaginaba sólo sucedía en las películas o en los libros. Como Bartleby, el escribiente de Melville, que trabajó en la Oficina de Cartas Muertas de Washington y albergó toda esa pena en su corazón.

Su mujer se levantó, se recogió el pelo y se puso la bata. La noche ya estaba gastada; el sueño, condenado. Bajaron de la mano hasta la cocina, como dos enamorados recientes, y él se sentó a la mesa mientras ella preparaba café.

Era bueno charlar entre las cuatro paredes de su vida en común, de pronto alterada por esa muchacha que tenía un muerto encima de su cama. A Valdivia le apeteció despertar a Vera, decirle que bajara a hablar con ellos ahora que todavía era posible, ahora que estaban a su lado y tenían oídos para sus palabras.

Su mujer sintonizó la radio y Valdivia escuchó decir: «Un suicida se equivoca de número de teléfono y es salvado por un sacerdote».

Supo que verían amanecer allí. Supo que recibirían los primeros rayos de sol como una bendición. Supo que verían cómo entraban por el ventanal orientado al este y recorrían lentamente el suelo. Supo que admirarían cómo trepaban por los muebles y los electrodomésticos hasta tocar sus manos y cabellos, inflamarles de vida, calentar su piel.

Muy a lo lejos, apenas audible, el canto de un ave.

Escuchó el rugido de sus intestinos. Escuchó el murmullo de la carne de su mujer mientras se ajetreaba con la mermelada, la fruta, los bizcochos. Escuchó todo este ruido que hacían en sus pequeñas vidas condenadas a desaparecer, todo el sube-baja-sube de sus míseros esqueletos.

—Sin azúcar, por favor —informó igual que un visitante educado.

Un cubo con restos de lejía, que flotaban en agua sucia como pequeños páncreas, y una vieja pala, repleta de cuajarones de sangre seca, reposaban junto al campo de tiro que bordeaba el Corpódromo. El guardia de seguridad llevaba una blasfemia en sus ojos negros, como carbones encendidos.

—Ayer encontraron el cadáver número trece.

Un sol brumoso, que dibujaba en su cutis manchas de color tabaco, le hacía parecer aún más inquietante, un heraldo de las tinieblas.

—¿Se da cuenta, ingeniero? Trece víctimas en dos meses. Un caníbal. Un caníbal de verdad. El mundo está loco de remate.

La palabra *ingeniero* lo desconcertó tanto que tardó unos segundos en darse cuenta de que el guardia se estaba dirigiendo a él. Además, tampoco sabía de qué le estaba hablando, aunque al final cayó en la cuenta de que se refería al asesino de los zapatos. Luego se giró hacia el coloso, pensó en los genitales plásticos del Hermafrodita y ya estaba tentado de darle la razón a su interlocutor cuando de pronto, apeándose de un Volkswagen rojo que arrancó dejando una espiral de bencina en el aire, se tropezó con Vera.

A menudo, en el tráfago del tiempo y sus rutinas, Valdivia olvidaba lo maravillosa que fue la infancia de Vera. Le gustara aceptarlo o no, los padres tenían una memoria selectiva. Era cruel, pero lógico. Como los libros o las ciudades, los hijos no eran cantidades homogéneas.

Hasta los diez u once años, Vera fue la alegría de su vida. Después algo sucedió, comenzó a asociar a su persona una especie de malestar. No quería decir que hubiera dejado de amarla. Sólo que, en su caso, el hecho de crecer, de abandonar la niñez como un juguete que ya no ilusiona, le resultó intolerable. La metamorfosis de Vera resultó más traumática para Valdivia que para su hija. Abdicó de ser una princesa, un animalillo, un alma de espora, alguien a quien poder tocar nanas de Brahms al violonchelo, para convertirse en un ser independiente o dependiente de otros, en especial de su madre. Su llama se había apagado en el corazón de Valdivia, había abortado aquella intimidad que un día hubo entre ambos, hecha no sólo de contacto físico, sino de algo más intangible, una suerte de felicidad nada prosaica, que se podría resumir en el modo que ella tenía de pasarle la mano por los párpados, como si le tocara con música.

Por eso Valdivia acababa de sobresaltarse cuando ella había hecho ese gesto, un gesto que no recordaba desde hacía muchísimo tiempo, un gesto que la vida había borrado de su paisaje común.

—¿Te apetece comer pescado? —preguntó ella rozándole con las yemas de sus dedos, como si apagara una vela.

—¿Y tu madre?

—Ya está avisada. Le dije que hoy quería estar un rato a solas contigo.

Valdivia estuvo a punto de preguntarle qué perseguía con esa comida, pero comprendió que sería un error. Era posible que no siempre las cosas tuvieran un *para qué*; que, en ocasiones, las personas obraran por puro fervor. (Valdivia sabía que no creía en lo que estaba pensando, pero esa ironía del distanciamiento implicaba ya una conquista sensata). Así que aceptó que una muchacha de dieciséis años decidiera comer a solas con su padre sin otro motivo que la satisfacción de un impulso.

Cuando era niña le había enseñado a Vera a comer pescado como se supone debía hacer una nortea. Le había enseñado a separar la piel y las espinas con paciencia, a mirar el pescado con ojos no sólo de comensal, sino también de asombro. Les gustaba entonces acudir a la lonja, los martes a primera hora, para ver cómo los dueños de los restaurantes acudían a comprar su mercancía.

Su hija amaba los nombres de los peces. Valdivia la recordaba pronunciando aquellas palabras, casi masticándolas, como si el lenguaje cumpliera ese soñado anhelo por el que desde el comienzo de la existencia lo creemos vivo: el de manifestar el mundo por el hecho de nombrarlo. Sí, Valdivia pensaba en aquellos nombres mientras enfilaba su automóvil hacia el cordón de costa, veloz, plateado, él mismo fugaz como un pez volador; Valdivia pensaba en chicharros, barbadas, sargos y fanecas, nombres que eran como perfumes dentro de la corta y selectiva memoria de un hombre, aromas que, de vez en cuando, pura nostalgia de las pequeñas palabras que constituyen un tesoro perdido en el cotidiano vínculo de los grandes vocablos, regresaban quintaesenciados tras la invitación a compartir mesa y mantel con una hija.

Así, resultaba fácil, sentado frente al vigoroso rodaballo que se alzaba sobre un lecho de limones y patata, paladeando la majestad de su carne y la

misteriosa fragancia del sustantivo, contarle a Vera que su nombre era el de una antigua mujer de la familia, un poco casquivana y salvaje, perdida con el beneplácito de sus deudos entre los meandros de una historia incierta y tribal a la que asomaban, como invitados inoportunos, ciertos rostros dotados para la aventura pero desnudos de sentido práctico. O jurarle que a él y a su madre les había gustado su eufonía, que vino al mundo para cargar con ese nombre por el mero hecho de su belleza. Aunque en realidad el nombre era un adorno que no les pertenecía, que había sido escogido por alguien que pensó por ellos; todos estaban desnudos bajo su nombre, más indefensos aunque el bebé izado hacia lo alto por su padre, como Valdivia hizo con Vera cuando vio su primera luz, allá en la maternidad.

Porque prestado era el nombre que llevaban.

Prestado el pan que comían.

Prestados ellos mismos.

—¿De qué se trata? —preguntó Valdivia al fin, mientras los comensales apuraban sus cigarrillos y el café turco que ofrecía la casa.

Vera parpadeó. Era un gesto atroz, seguramente rescatado del *boudoir* de una de sus estrellas favoritas. El parpadeo se acompañaba de una ligera apertura de boca, como si una sílaba de asombro o decepción fuera a escapar por ella de un momento a otro. Así la vio Valdivia en esa hora tibia y sosegada: una vestal de la estupidez.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Vera atónita.

—Envejezco, y eso, si no sabio, al menos me hace prudente.

—Y desconfiado —añadió con una ironía que Valdivia supo heredada de su madre.

Ella lo escrutó con el descaro de los mimos. Padres ante hijos, pensó Valdivia. Qué horrendo tribunal.

—Vamos, Vera, suéltalo.

Y de pronto no quiso oírlo.

Supo que iba a hablarle de una fiesta, o de un pequeño viaje, pero en cualquier caso de chicos y chicas, de amigos que la querían invitar, que querían llevársela a ella, a su princesa, hacia nadie sabía qué lejanas y hostiles tierras.

—¿De quién era el Volkswagen rojo que casi me atropella esta mañana?
¿De Humberto?

Y ya pudo verla tendida sobre una duna, con sus bragas de algodón morado en la boca de un windsurfista de melena lacia y un venero de flujo vaginal arrollando entre sus piernas; o danzando como un derviche junto a una hoguera en la que habían arrojado incienso y un arrancacorazones cantaba «Wish you were here» mientras congregaba a los suyos, como en una eucaristía pagana, en torno al acre aroma de una pipa de kif; o llena de furia en una carretera comarcal a ciento ochenta kilómetros por hora en busca del alivio de la eternidad.

—Es sólo una excursión de un día. Al lago Anatolia. Iría con un par de amigas del instituto. El padre de una de ellas tiene un pequeño velero.

«Un velero», pensó, «un velero, Valdivia, y tú, con tu puñetera física, sólo has llegado a un automóvil sueco».

—Un velero —dijo.

—Sí, papá, un velero. Una de esas cosas que flotan allí, en el mar.

Y otra vez, al hacer el gesto de señalar, su mano le rozó levemente la frente y el nacimiento del cabello. Su mano. La que le recordaba quién era.

Vera.

El ángel.

Su ángel.

—Hablabamos con tu madre —mintió.

Y en su sonrisa de dentífrico, en su blanca inocencia de virgen que asomaba al regazo de la vida con el esplendor de una afrodita de la era del nailon, fue como si Valdivia ya pudiera adivinar el implacable rostro de la gran bestia mostrando su cadavérico señuelo, la voz de la sangre y la tiniebla, el perro carnicero que, huesos adentro, a todos habitaba y consumía.

—¿Qué le dice el cajero a la caja registradora?

—Ni idea.

—Cuento contigo.

Sentados frente a su jardín japonés, mientras removían café con desgana, jugaban a las adivinanzas. Su mujer y Valdivia lo hacían a menudo. Con los dedos manchados por la fruta de sobremesa o los ojos todavía cegados por el beneficio de una siesta, les encantaba atacarse con preguntas que, en verdad, a nada conducían. Porque ésa era la esencia íntima del juego, el hecho de que, como la vida o la rosa, el juego era sin por qué; algo que, por definición, carecía de finalidad.

—¿Qué le pide el esqueleto al camarero? —inquirió su mujer con los ojos brillantes de gozo.

—...

—Una cerveza y una fregona.

Mientras el eco del chiste iba penetrando en él poco a poco, como anilina que impregnara la piel, y la risa gruesa de su mujer le recordaba lo viva que estaba, la euforia que la recorría como un río lleno de prodigios, Valdivia contempló su jardín seco.

Hasta que conoció a su esposa jamás había oído esa expresión, *jardín seco*. Pero tras un viaje que ella había realizado a Australia, donde se admiraba mucho la cultura japonesa y las clases pudientes habían convertido en práctica habitual el mantenimiento de un jardín de ese tipo, decidieron construir uno.

Por oposición al jardín arbolado, el jardín seco estaba formado por un espacio de arena blanca, cuyo vacío primordial incitaba a la meditación. Ningún vértigo, aseguraban los seguidores de la filosofía zen, podía alcanzar a quien penetraba con los ojos abiertos la abstracción que el jardín suponía. Su arena debía ser rastrillada cada día, para que ninguna huella, ni siquiera la del viento, interviniera en la regularidad de los surcos que formaban esa especie de océano inmóvil. Tres montículos de arena, dispuestos de modo que nunca pudieran distinguirse más de dos a la vez, o un máximo de quince piedras colocadas de forma que no todas pudieran ser vistas a un tiempo, regalaban a quien contemplaba el jardín la certidumbre de que la totalidad del mundo era inaprehensible.

—Mi amor.

—¿Sí?

Valdivia dudó un segundo antes de preguntar:

—¿Crees que Vera sigue siendo virgen?

Abismadas las pupilas en la contemplación de los círculos de arena, sólo el ruido de la cucharilla, que removía un terrón de azúcar hacía tiempo disuelto, ataba a Valdivia al aquí y al ahora.

—¿Es eso un enigma?

Los sabios orientales decían que el mejor arquero era quien, apuntando a su víctima, conseguía sentir que era su propio cuerpo el que se había convertido en diana.

Aqué! que coqueteaba con el vacío.

La disolución.

La pureza de la nada.

Su mujer era católica. Vivía en un universo abrumado de enigmas, temeroso del sinsentido. La inmaculada concepción, la transustanciación, el milagro trinitario: atajos todos para eludir el pensamiento de un mundo sin objeto. Valdivia jamás se había opuesto a su fe; ella siempre había considerado el ateísmo de su marido como una enfermedad benigna, una especie de sarpullido primaveral, y nunca se había preocupado por rebatirlo. Pero existían cosas que la fe de su mujer no podía tolerar sin queja. Y una de ellas era que su hija pudiera haber tenido otro cuerpo dentro del suyo distinto al del cordero de Dios.

—No es un enigma. Es sólo una pregunta que te hago.

A veces, sobre el jardín seco se posaban pájaros que reconstruían por azar el dibujo que el rastrillo había perfilado de mañana. Era una forma como otra cualquiera de mostrar al jardinero la futilidad de su tarea, lo ridículo de su empeño.

Esos pájaros que caligrafiaban textos sobre su jardín eran emisarios de una verdad dolorosa: ahí fuera latía un mundo indiferente a sus motivos y ajeno a sus cavilaciones, una materia grosera y vil que seguiría girando, hasta el fin de la náusea, sin meta ni propósito, con la inercia idiota de los buques sin piloto.

—Pájaros —dijo en voz alta—. Pájaros sobre el cuerpo de Vera.

—¿Qué?

En algún lugar del planeta existía alguien que entraría en la vida de su hija y la reescribiría de arriba abajo, sin que ellos pudieran hacer nada por

evitarlo.

—Estoy bien, mi amor —dijo Valdivia—. Sólo pensaba en una adivinanza para nuestro juego.

Aquél fue un otoño intenso. Las estaciones, que en los últimos años habían parecido borrar sus perfiles, hasta el punto de que el calendario se había convertido en un artefacto enigmático, recuperaron de pronto su razón de ser, sus acentos, su legitimidad.

Trabajaron muy duro entre septiembre y noviembre. Ahorraron dinero, se reunieron cada noche en la buhardilla de Menezes, levantaron planos del Corpódromo e hicieron todo tipo de cálculos, para lo que tuvieron que leer libros abstrusos, tan funcionales y pragmáticos que a veces les parecía imposible que una bomba pudiera contener una visión del mundo. Bebían café de un termo compartido; fumaban el tabaco más barato que encontraban; la cafeína y la nicotina los mantenía despiertos hasta el alba, con dolores en el pecho, taquicardia e inapetencia sexual.

Cuando se masturbaban, encontraban un placer torpe, como si penetraran un cartón de vino o un trozo de hígado fresco. Humberto se alejó de Vera, hasta el punto de que ella pensó que a él ya no le importaba y Menezes tuvo que obligarle a verla más a menudo, para estar lo más cerca posible de Valdivia; Hugo y Menezes compartían el baño de la buhardilla y los ritmos del alivio. Ojeaban revistas pornográficas, estudiaban anuncios de contactos, leían páginas de Sade en busca de inspiración.

A finales de noviembre, tras casi ochenta días de trabajo y haber cultivado una forma más o menos disciplinada e intensa de insomnio, habían redactado doscientos cuarenta folios que incluían croquis detallados del alcantarillado de Promenadia, diagramas de instalaciones eléctricas, estrategias de acceso a aparatos de seguridad e instrucciones para la construcción de explosivos. Hacía dos meses que el asesino de los zapatos se había evaporado como por arte de magia. Todo estaba en calma, como un mar de polvo sin viento.

Menezes había comprado un mapa de la Luna y de noche, tras acabar su tarea, los tres se sentaban frente al mapa para pronunciar sus extraños nombres: Clavius, Tsiolkovski, Imbrium. Cada uno de ellos pronunciaba un nombre y los tres juntos lo saboreaban luego. Era como admirar un paisaje congelado en el tiempo. Los tres se dormían durante aquellas sesiones y en ocasiones el amanecer los sorprendía allí reunidos, como niños ante una linterna mágica, con un nombre maravilloso en los labios, indemnes, intactos, invictos.

Fue aquélla una época heroica, en la que entre los tres amigos se establecieron lazos de una intensidad imposible de olvidar. Ese género de cosas tan íntimas, tan intangibles, tan imponderables, que llevan a compartir la muerte y a no lamentarse por ello.

Al principio fue un ruido sordo, amortiguado, no muy distinto al que alguien que comienza a despertar escucharía al paso de un camión de gran tonelaje; luego, durante un instante sobrecogedor, pues el oído comprendió que no era tanto una cesación del ruido como el anticipo de su expansión lo que estaba escuchando, transcurrió una pausa, un hiato que enmascaraba una especie de succión, como si el tiempo, suspenso en torno a un momentáneo agujero negro, hubiera dejado de latir; y de pronto llegó el fragor, un sonido difícil de describir, mestizo, heteróclito, bastardo, un sonido que no provenía de nada natural, fuera tierra, mar o viento, sino que era la expresión misma del ruido bruto, la quintaesencia del ruido en tanto que sinónimo de la devastación.

Sucesivamente, durante esos tres episodios del oído, Valdivia giró de este a oeste, abrió los ojos y rebotó sobre la cama, como si un muelle se hubiera disparado en su espalda. Descubrió a su mujer en idéntica posición, mirándole con la angustia de quien acaba de despertar de una pesadilla.

Fue entonces cuando se percató de que la habitación estaba completamente iluminada, pero con un resplandor nuevo, no provocado por una lámpara o un fluorescente, ni por ingenio o artefacto humano alguno,

sino por cierta fuerza insólita, derramada en una sucesión de blandas oleadas, que anegaba la casa en un acuario de color.

Miró el despertador con timidez. Parpadeaba en las 4:44 de la madrugada del 28 de diciembre del año. 2005.

Valdivia se lanzó a la ventana y halló su imagen decuplicada, centuplicada en otros tantos hombres y mujeres que corrían a sus ventanas en busca de respuestas. Permaneció allí un minuto, incapaz de hablar, espionando en los rostros neutros de sus vecinos alguna certeza en la que mirarse.

Hasta que el grito de Vera sobre su cabeza, desde la ventana de la segunda planta en la que dormía durante el invierno, lo trajo de regreso al mundo y acabó por despertarlo en realidad.

—¡El Hermafrodita!

Pensó en su hija como un pionero del miedo que divisara tierra hostil, como un vigía que indicara el insólito tamaño del enemigo, su mano derecha alargada hacia el resplandor prodigioso.

Comprendió. Introdujo la cabeza. Escuchó pero no atendió a su mujer, enfundada en una bata dentro del santuario de luz. Corrió escaleras arriba para reunirse con Vera.

—Rápido, papá. Ven a ver lo que han hecho —dijo Vera cuando Valdivia abrió la puerta. Había un tono de arrebató en su voz, una emoción estética para la que no faltaban motivos.

Oreanda, la suave y hermosa colina donde CORPORAMA extendía su gigantesca estructura, era una hidra de fuego azufroso. Cada cabeza del monstruo se escindía a su vez en feroces lenguas que reventaban con el ruido del cristal al romperse. Y del enorme rizoma se desprendía una no menos colosal ánfora de humo, del color de las cenizas frías. Aquella amalgama de sustancias, aquel bólido gris que se abalanzaba sobre Promenadia como una jauría irrefrenable, traía a la muerte de la mano.

Entonces los abrasó el olor. Entró en ellos como un cuchillo en la mantequilla. No quedó nada en su piel ni en sus ropas que no recibiera el hedor a goma quemada y a plástico. Y una idea sencilla, brotada del pedernal de las neuronas, prendió en ambos a la vez.

—Coge a tu madre y corre al garaje —ordenó Valdivia a su hija.

Minutos más tarde, con toallas húmedas sobre la cara, bidones de agua, fiambre robado a la nevera y restos de pan duro, los tres abandonaron la casa en su coche.

Tras ellos, como un ejército solemne, quedaban los objetos: duros, rígidos, infatigables.

—¿Qué dice la radio? —preguntó su mujer.

Valdivia no respondió, concentrado como estaba en no bajar de treinta kilómetros por hora, que era el ritmo impuesto por la caravana que se había comenzado a formar.

De vez en cuando, como palmadas en un cogote, gorriones, pequeños álcidos e incluso alguna que otra gaviota venían a chocar contra la carrocería.

—¿Qué dice la radio? —volvió a preguntar su mujer.

—Hablan de varios muertos —contestó Vera desde el asiento del copiloto—. Todos vecinos del Corpódromo.

Caían goterones sobre el limpiaparabrisas. Eran de color negro, como salivazos de regaliz, y sonaban amenazadores. A falta del quién o del cómo, comenzaban a asumir el cuánto, la magnitud de la explosión.

—Es una catástrofe —dijo su mujer.

—No, mamá. Las catástrofes son naturales. Esto es obra humana.

Valdivia miró a Vera, recordando su expresión de asombrada alegría cuando subió a la buhardilla.

—¿Acaso la radio ha dicho eso? —preguntó agarrando a su hija por la muñeca—. ¿Cómo puedes saber que no ha sido un accidente? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Vamos, papá —respondió Vera—. Sabes de sobra que no ha sido un accidente, sino un atentado.

Valdivia sopesó la posibilidad de que sus palabras fueran ciertas. Movi6 el dial sin sentido, a ciegas, de una emisora a otra. Nadie sabía nada con certeza. Sólo había una evidencia: el Hermafrodita había saltado por los aires con su entramado eléctrico, sus generadores y dínamos, los miles de

litros de combustible que alimentaban a los más de quinientos vehículos aparcados en su perímetro. Había muertos. Escenas de pánico. Estructuras derrumbándose. Gente corriendo en bata y zapatillas por las calles. Incendios por doquier. No era una película de alienígenas de serie B: los hombres que vomitaban su miedo en los arcenes, pálidos y exhaustos como resucitados, eran padres de familia, no figurantes. La lluvia negra, los listones de madera, los pedazos de vidrio arrojados a varios kilómetros de distancia, el aliento de animales en su agonía, las ardientes nubes que descendían sobre Promenadia poseían densidad. Bastaba estar allí para sentirlo. Estaban en peligro.

En sentido contrario cruzaban camiones de bomberos, ambulancias, grandes automóviles negros flanqueados por motoristas, una tanqueta del ejército. Su mujer tendió las manos hacia delante, como dos agostadas esperanzas. Vera se aferró a la derecha. La izquierda quedó en el aire, a la altura del hombro de Valdivia, como una vela lacia.

Minutos más tarde, frente al jardín botánico, a escasos metros del lugar donde, entre hayedos y bosque bajo, se estaba levantando un primer hospital de campaña, volvieron la mirada hacia el desastre.

Desde el arco atlántico de la playa, con su medialuna mordida por el mar y su tómbolo de arena pálida fulgiendo como una espada en una inmensa fragua negra, hasta las abigarradas dársenas del muelle donde petroleros y dragadores recordaban cucarachas en un baño de aceite, Promenadia temblaba envuelta en un sudario ardiente. Sobre su diáfano esqueleto de hormigón, cemento y azulejo, el *sky Une* de la ciudad les devolvía la imagen de una Troya saqueada. Era como si el inmenso esqueleto del Corpódromo hubiera salido despedido de sus cimientos, sobrevolado la ciudad y caído a plomo sobre ella.

Como si Gulliver se hubiera arrojado envuelto en llamas sobre los liliputienses.

La gente descendía de sus coches vestida con ropa de dormir, achinados los ojos, los cabellos revueltos. Familias como la suya, de cuatro, cinco o seis miembros rígidos y mudos. Y estaba también el ruido, las explosiones que sacudían el horizonte con su bramido rojo, como si el mismo cielo estuviera siendo dinamitado; un ruido que buceaba allí dentro, en los oídos

de viejos y jóvenes, y extraía de ellos, como de un mar esquilado, mascarones de pesadumbre.

—Un enorme taller de fundición —dijo Valdivia.

Los solares emblemáticos de la línea de playa, el antiguo balneario, las capillas románicas, los colmados de principios del pasado siglo, se abrían como flores de carne, abrasadas por el Hermafrodita en su caída. Su casa, en el corazón del ensanche, se erguía en medio del marasmo. Se advertía luz en algunas ventanas, pequeños rectángulos amarillos que parecían dientes de oro en la mandíbula de una calavera inmensa.

La radio los arrancó del embrujo apocalíptico.

—Un responsable de Interior —anunció una voz masculina— comunica que hace veinte minutos se ha recibido una grabación de Los Arrancadores reclamando la autoría de la voladura del CORPORAMA de Promenadia. No se trata de un accidente. Repetimos: no se trata de un accidente. Hablamos de un atentado, de un acto de sabotaje.

Entonces cayó el velo.

Cualquier información se volvía importante cuando se vinculaba con otra, cuando entre la información A y la información Z se tendía una red de concomitancias, de efectos y causas, de sospechas. Era la ley indemostrable de la conspiración universal. Se podía leer con suspicacia incluso el valor facial de un sello de correos, el nombre de una marca de refrescos, la distancia que mediaba entre las bocas de riego de una capital de provincias. Así que fue en ese preciso segundo, mientras el locutor pronunciaba las palabras que hacía tiempo esperaban, cuando Valdivia comprendió a lo que se enfrentaban. No tanto a un enemigo avieso, icónicamente representable vistiendo un ridículo traje con cascabeles o como un asesino sin rostro que dejaba zapatos en el lugar de sus crímenes y devoraba placentas, cuanto a una dictadura del símbolo.

Al fin, sin mistificaciones ni imposturas, habitaban la pura y simple infección del miedo. Se habían topado de bruces con la constelación del contubernio. Valdivia pudo admirar aquellas figuras con claridad, como un problema matemático que para ser resuelto no precisaba ser encerrado en cuerpos finitos y destinados al olvido (una manzana, cien guijarros, veinte mil hambrientos), sino que podía abordarse en el limbo de los entes de

razón, sin mancharse de sangre las manos. Los Arrancadores eran apenas una excrescencia, un epifenómeno, una rama más del árbol, si bien no una rama cualquiera, sino una que se alimentaba directa, privilegiada y exclusivamente de la propia raíz a la que se vinculaba.

Entre tanto, su mujer había roto a llorar. Valdivia recordó haber leído en una novela que en el interior de toda comunidad, por minúscula que fuera, sus miembros poseían caracteres míticos: El Feroz, El Magnánimo, El Sagaz, El Insobornable, El Lunático. Pensó entonces que quizá fuera ella, La Miedosa, quien mejor representaba en aquel trance el espíritu hegemónico de la época. Así que por un momento, sujetando sus piernas bajo la manta en que se agitaba sin descanso, como una poseída, temió que fuera a elevarse sobre sus cabezas hasta quedar fijada en el cielo igual que una estrella, para futura enseñanza e inspiración de quienes alzarán los ojos buscándose en su frialdad de roca muerta.

Del corazón del hayedo en que habían encontrado refugio, como si su suelo liberara antiquísimos miasmas, emanaba un poderoso olor a vida dilapidada, a floración sin control, a festín de fieras. Las trochas abiertas durante el otoño por los excursionistas yacían sepultadas bajo légamo y helechos escarchados. Cada árbol, cada esqueje y cada espora escondía en su centro el callado homenaje a esa manifiesta tendencia al exceso que tanto asombraba al hombre devuelto a su patria natal: la Naturaleza.

Varios voluntarios luchaban contra el viento que acuchillaba sus costados, acondicionando hospitales de campaña que saludaban, con su única ventana mirando al mediodía, el sordo goteo de vecinos de Promenadia con fracturas de cúbito y anginas de pecho, vomitados sin pausa hacia los refugios levantados sobre un amasijo de lonas desgastadas, listones de conglomerado y travesaños que más recordaban inseguros trapecios que otra cosa.

Una inútil alambrada, incapaz de resistir el húmedo acoso del morro de un ternero o la patada de un transeúnte borracho, peinaba el perímetro del hayedo en apretados nudos de espino. Valdivia estaba frente a una hoguera

alimentada con periódicos y maleza, sentado en un insólito taburete de cocina, sobre una loma alfombrada de musgo. A su derecha, fumando en silencio, descansaba el apuesto cabo de infantería que le había prestado sus prismáticos, unos Valentinov rusos de tanquista con escala telemétrica y revestimiento de caucho.

Llevaban casi una hora viendo desfilas todo tipo de vehículos: bicicletas, motocicletas, coches de dos, cuatro y cinco puertas, furgonetas de reparto, algún que otro camión; casi una hora observando cómo de la nada, en un abrir y cerrar de ojos, el ingenio humano podía armar una ciudad provisional con sus duchas y retretes, sus quirófanos de emergencia y farmacias, sus tiendas de ropa y víveres.

Sólo faltaba una iglesia.

Y un cementerio.

Su mujer y su hija estaban tomando café y tostadas en un barracón que los aplicados chicos del ejército habían dispuesto como casa de comidas. Todo allí, doscientos pasos por debajo de la loma, era disciplina, regimentación, camaradería, altruismo. Cuando llegaron, cinco horas antes, las cosas resultaban mucho más caóticas: adultos con problemas respiratorios y crisis de ansiedad, niños con aspecto de autistas, madres con lactantes a las que la leche se les había cortado a consecuencia de la impresión.

Entonces eran unos tres mil. Ahora sería agotador contarlos. Sólo se divisaba un continente de cabezas destocadas, de torsos que se agitaban bajo ropas prestadas, de pies que arrastraban fatiga y lodo. Eran muchos, tantos que, desde allí arriba, ya no parecían humanos. Valdivia imaginó otros hayedos, invadidos como aquél, y no pudo por menos que esbozar una sonrisa, la primera del día; no en vano, era como si hubieran dado marcha atrás en el curso de la evolución, como si hubieran vuelto sobre sus pasos, como si hubieran regresado a los grandes escenarios naturales, al hermanamiento con el agua y la savia. Pero no. Un aura sucia rodeaba aquellas cabezas y torsos, aquellos pies de allá abajo. Eran intrusos en el tiempo de la Naturaleza, brutos armados de mapas, astrolabios y cronómetros.

Los Valentinov relataban una historia antigua: la de una ciudad en ruinas. Todo ardía en el horizonte.

Y no sólo objetos materiales, sino ciertas claves intangibles en las que a menudo se expresaba una comunidad. El último pedazo de CORPORAMA se había hecho añicos media hora antes; hasta entonces provocaba angustia ver a los hombrecillos de azul, con sus cascos amarillos y sus camiones rojos, que parecían de juguete, perdidos bajo una nube de cascotes. Y qué decir del hedor, aquella náusea imposible de aprehender con palabras, pues no era tanto un olor cuanto una adición, una suma monstruosa, acaso la fetidez misma que desprendían las ideas de Promenadia, sus convicciones, sus asechanzas.

En la primavera pasada, mientras ayudaba a concebir el Corpódromo y cada noche regresaba a su casa, Valdivia tenía certezas, una patria natal, una ley moral dentro del pecho. Valdivia era un paradigma, un ente sólido, el fruto de más de veinte siglos de civilización. Poseía amor, cordura, futuro. Pero ahora se sentía mutilado, desposeído, calcinado como su ciudad; ahora se sentía *arrancado*.

—¿Ha perdido su casa?

El cabo tenía una voz agradable, un poco aguardentosa, voz de cazador o de capataz. Valdivia pensó que, como todos los que vestían uniforme, tenía un aspecto numinoso, una calidad especial en la piel y el cabello. Por eso decepcionaba tanto ver a un militar con ropa civil: el numen lo abandonaba, volvía a ser terrenal; era como despojar a un albatros del aire.

—Supongo que sí. Vivo allí —y Valdivia señaló un punto impreciso que el cabo no miró, un lugar entre la hecatombe donde los bomberos se debatían como hurones atrapados en una red—. Siempre he vivido allí, a la orilla del mar, no muy lejos de la estatua en bronce del emperador.

Valdivia jugueteó con el anillo de compromiso, leyó la leyenda en caracteres góticos, se abrasó en el lugar común de la juventud traicionada, los sueños rotos, la genealogía del amor.

—¿Sabe usted por qué agosto tiene los mismos días que julio? —preguntó entonces al militar.

El cabo era un hombre comprensivo. Estaba allí, cumpliendo con su trabajo y a la vez escuchándole, prestándole consuelo. No pensaba que

Valdivia estuviera loco o que fuera un estúpido por hacerle semejante pregunta.

—No tengo ni idea, amigo —respondió el cabo dándole charla, luchando para que Valdivia no se derrumbara, para que no se desmoronara sobre la hoguera en la que ardían los periódicos y la maleza, para que permaneciera en el taburete de cocina a su lado, nada menos que un hombre junto a otro hombre.

—Verá —dijo Valdivia, y sintió como si estuviera jugando a las adivinanzas con su mujer, se encontró de nuevo en su jardín seco, en su despacho adornado con una fotografía de John Barrymore, un retrato de Johannes Kepler, un caballo rojo de Vassili Kandinski pintado en 1910—. Nada sucede sin causa. Basta preguntarse por ella. Siempre se encuentra una. Para el hombre, incluso para el que creía que el trueno era un dios, buscar la causa de lo que sucede ha sido siempre una pasión. Agosto tiene los mismos días que julio porque Octavio Augusto envidiaba a Julio César. Tan sencillo. Tan complejo. Tan condenadamente humano.

Las parábolas eran agotadoras. Pero dejaban un sabor a victoria en los labios. Así que Valdivia se levantó y echó a andar, abandonando ahí sus palabras, como una imagen mejorada de sí mismo, como si él fuera sólo una sombra y ellas formaran su verdadero ser, sus cimientos. Era su forma de dar las gracias al cabo por los prismáticos y por su paciencia.

Tras descender la loma, contempló rostros fatigados por la falta de sueño y el impacto del miedo. Parecía gente regresada de una fiesta, atrocamente cansada y con la mente en blanco. Saludó aquí y allá, un poco despótico, como si todo aquel dolor le fuera ajeno, levantando la barbilla como un príncipe entre sus súbditos. En su mayoría, los hombres permanecían callados. Algunos fumaban; otros escupían y masticaban fruta; unos pocos miraban a lo lejos. Las mujeres se habían reunido en grupos y con la puntera de sus zapatillas hacían agujeros en el suelo, como cuando se aguarda por un coche fúnebre. Unos días antes, en la cola del supermercado o en la ventanilla del banco, se mostraban altivos, cómplices, dueños de su orgullo. Hoy sólo tenían miedo. Pero era difícil saber cuál de ellos era el simulacro y cuál era el real.

Un altavoz dijo: «Manténganse cerca de sus enseres personales».

Un altavoz dijo: «No abandonen la zona sin permiso».

Un altavoz dijo: «Las urgencias hospitalarias serán atendidas por riguroso orden de llegada».

Una lágrima se agarró al ojo de Valdivia, rodeó la pupila, se llevó el polvo y el sueño allí acumulados, rodó mejilla abajo. Era una lágrima inocua, estéril, hija de otro dolor, que había quedado oculta, remisa a salir al frío diciembre.

—Lo lamento —dijo al ver la lágrima un hombre que llevaba a una niña de la mano.

En apenas una hora, era la segunda vez que un completo extraño lo consolaba. Valdivia pensó que la cara del hombre le resultaba familiar. Que lo había visto antes en alguna ocasión. Pero no logró situar su rostro.

—No hay motivo para hacerlo —respondió intentando sonreír. Luego se arrodilló y miró a la niña a los ojos. Llevaba un payaso de trapo en las manos—. Estamos vivos. Eso es lo que importa. Y empezaremos de nuevo. Desde cero. ¿Cómo se llama? —preguntó a la niña señalando el payaso.

—Federico —dijo la pequeña.

Se besaron. Nunca antes lo habían hecho. Se sabían hombres y dos de ellos eran hermanos, pero sintieron la necesidad de aquel gesto mientras todo ardía a su alrededor.

Se besaron, sí, primero Menezes a Humberto, luego Menezes a Hugo y, finalmente, los dos gemelos. Todo ardía y saltaba por los aires y la muerte los tenía cercados mientras ellos se entregaban sus lenguas como amantes, hasta el fondo, tomados de las nuca. Parecían un grupo escultórico.

Humberto supo que los tres iban a morir después de aquel beso. Pero no le importaba. Sentía su polla dura, con una alegría que nada tenía que ver con el placer sexual, sino con la plétora de la existencia. Miraba sonreír a su hermano y comprendía cuánto lo amaba; miraba a Menezes llorar lágrimas de alegría, tendido bajo una de las grandes estructuras de parafina del Soma, y comprendía que jamás se había sentido tan cerca de otro hombre. Pensó en él como en un rey vikingo en su catafalco.

Mientras todo se desmoronaba como una escalera levantada sobre el abismo, mientras las sirenas hendían los oídos como cimitarras, miró a sus dos compañeros y supo que permanecerían allí, aguardando la muerte con los ojos abiertos, que no intentarían huir ni prolongar aquel fantástico día. Su victoria, su razón de ser, su apoteosis estaba en el ardiente desmembramiento del Corpódromo, en el coloso que a capricho del fuego se derrumbaba en pedazos.

Y como el rey Ozymandias en el poema de Shelley, Humberto se aupó sobre su miedo para gritar a la noche:

—Considerad mis obras; rabiad, oh poderosos. Nada queda a su lado. Más allá de las ruinas de este enorme naufragio, desnudas e infinitas, solitarias y llanas se extienden las arenas.

Un minuto después había muerto; en su mano derecha, como un exvoto, apretaba un puñado de tierra.

La tierra de Promenadia.

Manila construyó con sus propias manos una caseta para el perro, un terranova al que habían encontrado desorientado y vagabundeando un par de días después del atentado. La niña lo había visto y se había encaprichado de él. Y Manila no supo negarse. Pintó la caseta de color burdeos y dibujó sobre el arco de entrada, con pulso firme, un pez de color azul. Luego se tumbó en el suelo, sobre la hierba fresca, y encendió un cigarrillo.

Ahora, cada vez que regresaba de dar un paseo, pasaba horas haciendo trabajos manuales: jardinería, carpintería, albañilería. Podaba, lijaba, enladrillaba: conjugaba verbos que hasta hacía poco eran desconocidos para él. Tenía que levantar su hogar desde el principio, como si nunca hubiera poseído otro capital que sus brazos y piernas. Tenía que cuidar el espacio que lo rodeaba como si fuera un agrimensor, un topógrafo, un redivivo Cándido.

Aunque Manila vivía a doscientos metros escasos de la ruina negra en que se convirtió su antigua casa, jamás sentía pena al pasar ante ella. Sería como enojarse con el mar porque estaba salado. En realidad consideraba

una suerte que a un hombre, al menos una vez en la vida, le fuera permitido volver a empezar. De modo que estaba ahí, frente a la flamante caseta, fumando y dándole a lamer la mano libre a su hermoso terranova, un día de finales de febrero, sesenta días después del atentado, si no feliz al menos sereno, y pensó en la vida pequeña pero nueva en la que ahora transcurrían sus anhelos.

Su hija acababa de marcharse con su hermana y en animados racimos pasaban grupos de adultos y niños a escuchar al pregonero. Comenzaba el carnaval. Hasta una semana antes muchos dudaron de que llegara a celebrarse, pero al fin se había impuesto la cordura y Promenadia había convenido en que la mejor manera de olvidar una tragedia era conjurar siempre que fuera posible al espíritu de la alegría.

Discurrían los disfraces de costumbre: bucaneros gordos, enfermeras lascivas, vampiros tiernos, ángeles con y sin alas, escoceses irredentos. Faltaban, eso sí, los travestidos de bufón, arlequín y figura de la baraja que otros años eran multitud. La gente era discreta con el dolor. Incluso en las fiestas paganas.

Manila se acercó hasta la cocina para vestirse el disfraz de *sheriff*. Era una ilusión concebida al calor de la infancia y alimentada en la juventud, cuando sus ídolos tenían el rostro de Gary Cooper, a quien siempre había admirado como la encarnación de la justicia, el caballero por antonomasia, el quijote de las candilejas, duro y al tiempo frágil, esbelto como un junco pero recio como el granito, caballeroso con pequeños y damas aunque implacable con cuatrerros y tahúres.

Quieto, se remansó ahí, gestor de sus pequeñas nostalgias, vistiéndose junto a la lavadora y la porcelana de Bohemia. Sus manos, carnosas hojas combadas, colgaban carentes de peso. Cada dedo latía como un corazón dotado de tacto. Simuló ser un guardián de la ley sin munición, un hombre de honor huérfano de balas ahora que el viejo Bob, el desdentado Mac, el feo Jim, los imposibles dueños de la armería del pueblo, habían desertado sumidos en jirones de negritud, descuidados de la hambruna de sus revólveres.

Así se reflejó en el cristal de su recién estrenado horno microondas. Patético, fatalmente alejado del símil propuesto, víctima del hechizo de la

fantasía. Un terrible propósito de muerte sin una bala en su canana; un vengador al que los perseguidores, cambiadas las tornas, atalayaban desde altos miradores. Y las manos, ya simiescas, se impacientaban ante la fuga de los mercaderes, bastardos que nada sabían de los cazarrecompensas y de las prostitutas que anhelaban su precioso cuello. ¿Con qué obsequiaría Manila a semejantes invitados? ¿Canjearían sus exigencias por plácemes y alabanzas, retórica del lejano Oeste, sollozos de plañidera?

Manila se vio como un *sheriff* abriendo la puerta de un automóvil, dando un salto hacia el futuro para salvar su cinematográfico pellejo. Tintineó la espuela de su cabalgadura por ensalmo reconvertida en llave metálica. Acalló el alboroto de los relinchos, envenenó los sabrosos pastos, masacró la cabaña equina de Nevada a cambio de un árbol de levas. Canjeó sus muebles de caoba, el ocre de sus ranchos y la furia de sus reses por avenidas alquitranadas y horizontes de macadán. Dio esquinazo a los cazarrecompensas, sus voces roncas de tanto aullar un perruno grito de espanto y guerra que venía a rebotar contra la seriedad del frigorífico, la gravedad del extractor de humos, el hermetismo del lavavajillas en que su huida se contenía, pluralmente resuelta. Y a través del retrovisor, no sin sincera añoranza, descubrió a las prostitutas que no habían recibido salario alguno por sus cuerpos gozados; algo avejentadas, como ubres secas, de pie soñando junto a la placa de vitrocerámica, últimas presencias de una senda que abandonaba.

Condujo hacia el cementerio. Los vecinos se asomaban a los umbrales para ver pasar tonsuras falsas, toreros con francesitas, familias vestidas con ropajes chinos. Sonaban carracas y matasuegras; a lo lejos, se insinuaba una charanga.

Se sumó a una pareja de apaches con su retoño a la espalda, como un saquito de leña. No les dijo nada. Simplemente situó el automóvil a su altura y viajó unos metros a su lado, siguiendo la pista de los rostros pálidos. Desde la acera el indio lo miraba con ternura, como disculpándolo por una travesura que Manila aún no había cometido; la india se doblaba de risa mostrándole unas encías llenas, jugosas, un poco sanguinolentas. Pensó en Mara con cierta angustia, pero continuó junto a ellos oyendo cómo crecía el ruido provocado por gentes que llegaban de todas partes. Algunos

rostros, vigilantes tras blancos visillos, hablaban de una vida oculta y murmuradora. El indio llevaba las manos cruzadas a la espalda, igual que los tímidos y los reos, y Manila pudo sentir un clamor de callada alegría en el pecho. Antes de perderse por una calle perpendicular saludó fraternalmente a los dos apaches y a su criatura, que llena de mocos y pintura tribal sacudía su carcaj ilustrado.

Como un tajo abierto en la brillante faz de la montaña, el cementerio lo recibió con sus paredes enjalbegadas cada seis meses y cada seis meses devoradas por el moho y la humedad. Esponjando los pulmones, la cabeza sin sombrero, dio las buenas tardes a dos mujeres de luto que temblaron con sendos ramos de claveles contra el pecho al verlo entrar disfrazado.

A un lado, tumbas recientes, con camafeos de alabastro, letras góticas y ramos frescos. Al otro, panteones ya vacíos de coronas, mechones de pelo o jarrones con agua de azahar. De frente, filas abandonadas al musgo y las malas hierbas, los tapices de telarañas, la sabiduría de los parásitos. Arriba, los ojos minerales de un arcángel de ceño cruel. A sus pies, cincelados por la broca del inminente crepúsculo, los imponentes farallones, los barrancos como agujas, las feraces colladas, los colores de la bromelia y el muérdago, las huertas con sus sábanas de lechugas.

Estaba ante la tumba de su mujer.

—Te extraño —dijo a la lápida.

Aunque ahora ya no temía al futuro. Ya no pensaba en él como en un lugar siniestro. Si acaso, alguna noche, cuando ciertas imágenes lo acechaban, cerraba todas las ventanas de su nueva casa para que los fantasmas, por obstinados que fueran, se quedaran en el exterior, retorciéndose de hambre y frío.

Se sentó sobre el mármol. Como en un juego, escupió a la tumba de la derecha hasta acertar en la palmatoria vacía sobre la que años antes alguien había depositado una vela temblorosa. Tocó con el dorso de la mano la lápida, recorrió con el dedo índice el bajorrelieve de un nombre, fumó un cigarrillo en completa paz.

La luz se iba muy deprisa, pero Manila sentía que la primavera estaba otra vez cerca. Todo volvería a florecer en Promenadia.

Metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros. El paquete de estroza estaba húmedo y se pegaba a las manos. Sacó la tela y la desdobló.

En ratos perdidos había aprendido a cortar género y a coser. Así que no había resultado difícil, por el placer de la curiosidad, hacerse con un trozo de paño verde, copiar unos patrones y armar aquella corona.

Tomó su obra con mimo, introdujo en ella las manos y la alzó sobre su cabeza, como un trofeo o una ofrenda. Luego la depositó sobre su pelo, ajustándola a la piel de la frente y al vello de la nuca. Al hacerlo, los cascabeles sonaron.

Cerró los ojos para saborearlo mejor.

Era el mundo bajo la caperuza del loco.

TERCERA PARTE

PADRES SIN HIJOS

Supo que regresaría al ver la grabación.

Era un vídeo póstumo, en el que los tres muchachos (pues al fin se habían despojado de sus máscaras y sólo eran eso, muchachos) mostraban al mundo sus rostros, el color de su piel y de sus ojos, el tamaño hecho hueso de su cólera.

Los que se sentaban a los extremos de la mesa eran idénticos como gotas de agua. Sus ojos, muy juntos, mostraban una obstinación dolorosa, una determinación a perdurar más allá de toda duda. El del medio, el lector, el portavoz, era delgado como un junco, pero en su voz atesoraba un poder insólito. Sus palabras no parecían hechas de aire, sino de mármol, de granito, de obsidiana. Sus palabras cortaban el espacio, lo serraban, se grababan en él con la fuerza de una aurora. Sus palabras contenían tanta verdad como el curso de un río. Y él sintió de pronto que estaba contemplando emblemas, arquetipos, voluntades esculpidas en el crisol de la Historia.

Se levantó y caminó hacia el niño, que dormía en su cuna entre sonajeros, peluches y almohadones. Sintió piedad por él, por el lugar del que lo había arrebatado. Lo contempló como a un ser humano entre lobos, como a una pieza de arte hallada en un vertedero, como a una rosa entre estiércol.

Inclinándose sobre su rostro, extendió su mano derecha y le acarició ambos párpados, como si así pudiera borrar los mundos que se estaban forjando allá dentro, tras su todavía tierna calavera, en el flaco continente de sus huesos, débiles como plumas.

Al volver a mirar el televisor descubrió al león erguido delante de los tres muchachos. El discurso había terminado y ahora ellos estaban rígidos como estatuas, llenos de una furia estática, como si el motor que los mantenía en marcha se hubiera roto pero su eco se mantuviera en el aire, igual que la respiración de un ominoso insecto. En cambio, el animal era plástico, dúctil, estaba rabiosamente vivo.

Y lo miraba a él. Buscaba sus ojos con una larvada promesa de ferocidad. Hasta que avanzó una zarpa enorme y él pudo escuchar dentro de su cabeza, con cierto alivio, una sola palabra: «Promenadia».

—Lo tenemos.

Manila escuchó la voz pero no comprendió el significado de las palabras. De hecho, tuvo la misma sensación que si estuviera leyendo una novela escrita en un alfabeto desconocido.

—¿Me escuchas? —repitió la voz—. Lo tenemos.

Esta vez no sólo comprendió el significado de las palabras, sino el aterrador sentido que ocultaban. Miró al perro, que corría por el jardín, y se estremeció. La niña iba a lomos del terranova, como una amazona venida de algún país insólito, y Manila sintió que sus tripas amenazaban con vaciarse. Tuvo que apretarse contra la pared para que sus esfínteres resistieran. Ahora la voz estaba riendo, parecía haber enloquecido, su deslumbrante alegría se mezclaba con la estática produciendo una alucinación sonora.

—Ese cabrón llegó aquí hace una hora, pidió hablar con Gudesteiz y dijo que había sido él.

—El niño —dijo entonces Manila.

La voz festiva enmudeció. El teléfono se inflamó de un silencio terrible, augural, y Manila, que seguía apretando sus vísceras como un soldado que se sujetara la tapa del cráneo, imaginó al Inspector sudando copiosamente.

—El niño —repitió—. Mi hijo. ¿Está con él?

—Joder —dijo el Inspector—. Joder.

La hija de Manila levantó entonces la mano. Manila respondió al saludo con su mano derecha, la que estaba apretando su vientre. Su intestino se desplomó y un olor infecto invadió la cocina.

«Soy un pedazo de mierda», pensó Manila. «Un gran pedazo de mierda. Y él está aquí. Entre nosotros».

Lo miraban como mirarían una bomba de una vieja guerra que no hubiera estallado. No sentían odio por él; tampoco excitaba en ellos un ánimo de venganza. Sencillamente, les producía una especie de escalofrío. Porque era un hombre.

Un hombre pulcro, aseado, educado por lo que habían podido colegir de su forma de hablar.

Un hombre vestido con un traje príncipe de Gales y unos zapatos caros de piel de búfalo.

Un hombre que había entrado empujando un carrito de bebé.

El Quinto Hombre condujo aparte a Gudesteiz.

—Vigilen a Manila cuando llegue, por favor. No quiero un escándalo aquí dentro.

La comisaría latía con una disciplina invisible. Todo se había convertido en algo rígido, pavorosamente serio. Nadie sonreía. Nadie anhelaba un cigarrillo, un café, un periódico. Los teléfonos estaban mudos.

—Llame a los otros dos —dijo el Quinto Hombre.

Olsen se reposó en la puerta. El Inspector se sentó junto a Gudesteiz, a la derecha del Quinto Hombre.

—No entendemos aún gran cosa —dijo el Inspector—. Pero jura que lo contará todo cuando llegue el momento. Que lo tiene todo escrito. En cuadernos. Cuadernos que ahora guarda a buen recaudo en cierto lugar. No ha querido decir dónde.

—No se precipiten con el niño —dijo el Quinto Hombre.

Se mesaron los cabellos. Olsen hubiera dado un brazo por poder blasfemar. El Quinto Hombre se miró las uñas.

—No podemos confundir las cosas. El azar es un hijoputa. Es posible que él sea el primer sorprendido cuando sepa quién era el padre.

—¿Él? —preguntó Gudesteiz.

—El hombre —dijo el Quinto Hombre señalando con su mano la puerta.

Fue en ese instante cuando todos, a un mismo tiempo, cayeron en la cuenta.

—¿Cómo se llama ese demonio? —gritó el Quinto Hombre.

La bofetada sonó como un disparo en un campo de tiro: seca, precisa, con el eco justo. Durante un segundo sólo existió aquella mano cayendo sobre la mejilla y golpeando, de arriba abajo, en un ángulo de veinticinco grados, descendiendo sin codicia ni prisa, casi como si fuera una cuestión de deber y no de derecho, una especie de ceremonia entre antiguos aunque educados antagonistas.

Todos quedaron paralizados, como aves de cetrería en su trono de aire: Olsen detenido en su gesto de avanzar el pie derecho hacia el centro de la habitación; el Inspector adelgazado contra la puerta, como un intruso en una alcoba ajena; el Quinto Hombre hierático, con una postura un tanto absurda de sus hombros, seguramente con un juramento enterrado en la boca; Gudesteiz perniabierto detrás de la silla, con los brazos abiertos a la altura de sus caderas, como presto a recibir un cuerpo; y en medio de la escena, bajo la luz cruda e inviolada, ellos dos: Manila recuperando el aliento tras la bofetada y él, el monstruo, Mortenblau, escupiendo sangre sin parpadear.

Fue como si los seis se hubieran congelado en el tiempo, como si la importancia de lo que acababa de suceder hiciera que se hubieran sustraído al curso del tiempo, como danzarines adornados con la elegante torpeza de los buzos, parsimoniosos, dignos, feroces, hurtados al ritmo de lo mortal y lo efímero, luchando por reliquias antiquísimas y crueles e imposibles de sancionar a través de simples palabras o gestos.

Pero entonces llegó el temblor de Manila y el tiempo recuperó su curso: Olsen completó su paso suspendido, el Inspector salió de su reino de sombra, el Quinto Hombre maldijo de forma audible y Gudesteiz avanzó hacia el hombre golpeado.

Mortenblau había conseguido soportar la bofetada sin que su centro de gravedad se viera alterado y allí sentado, con la sangre manchando su traje y la cara sin una mueca, les produjo una extraña sensación: era como si Manila hubiera golpeado a un muñeco de trapo o a un tótem de terracota, algo sin un soplo de vida que lo alimentara, primitivo, oscuro, llegado de alguna lejana tiniebla, extraño a todas las formas del calor. Porque no había padecimiento en su estoicismo; si acaso, sólo un punto de orgullo, de satánica negligencia, una voluntad más grande que el miedo y que la propia vida para acatar todas las humillaciones, todos los ultrajes, todas las ofensas.

Quizá fue en ese instante, mientras saboreaba el dolor de la bofetada, cuando pudo fijarse con más detalle en el hombre que allí, ante él, intentaba sofocar el temblor de sus piernas y de sus labios. Aquella cara no le resultaba extraña.

Sí. Quizá fue en ese instante cuando los besos de ella, los jugos de ella, el sexo de ella, su muerte lenta y dulce y mil veces recordada lo llenaron por entero, como un mar salobre y fecundo, como una ola inmensa que lo meciera por encima de los temores del aquí y el ahora, sencillamente lo meciera como una marea mece troncos y mece animales muertos, mece baúles, mece cielo y tierra en una danza confusa y atribulada; sí, quizás fue en ese instante, mientras veía el visaje absurdo, apoplético y voraz del hombre que acababa de agredirlo, cuando supo quién era y por qué en aquel golpe había puesto tantas cosas íntimas, privadas, indestructibles.

Vera se había cortado el pelo como Jean Seberg en *Al final de la escapada*. Calzaba unos zapatos de plataforma, con tiras de cuero al modo de coturnos romanos, y llevaba el pelo teñido de un insólito color rosa óxido. A su lado, los brazos cruzados sobre el pecho, con playeros de tenis y el cabello lavado y liso como un guijarro, Valdivia reconoció a la muchacha del velero, la hermana de Menezes.

Desde la muerte de Humberto, Vera se había comportado de un modo extraño. Por no mencionar los cambios en su aspecto, dormía a deshora,

comía sin tino, contestaba por sorpresa a preguntas que se le habían planteado horas antes. Sus ojos escondían una llamarada intensa pero ausente, como la mirada de un drogadicto.

Así que Valdivia la seguía. Atormentado por los interrogatorios de la policía, que la asediaba desde que descubrió que era la novia de uno de los muchachos que habían volado el Corpódromo, Valdivia intentaba proteger a su hija no sabía bien de qué, si de lo que había hecho, de lo que no había hecho o de lo que podría llegar a hacer. Por eso ahora aguardaba dentro de su automóvil, escuchando por la radio las impresiones de familiares de víctimas del asesino de los zapatos, que se había entregado a las autoridades por sorpresa.

Valdivia estaba junto al túnel de lavado número 1, bajo la protección de un gigante en cuatricromía que transportaba, suerte de titán de la pulcritud, un enorme caldero del que asomaban, como de un cofre mágico, bayetas multiuso, esponjas de coral y una amenazadora fregona con cabeza de medusa. Delante de él ronroneaba un decrepito Renault, que vigilaba su guardabarros con su único intermitente vivo.

De la boca del túnel número 3 emergió un Toyota negro, un torpedo con asientos de cuero rojo y salpicadero de madera, un prodigio de la aerodinámica al que Vera y su amiga subieron con presteza, y cuyo motor, mediante un silbido tenue y al tiempo letal en su *vibrato* de insecto prodigioso, se alzó sobre el rumor de dinamos, generadores y tubos de escape calientes.

Valdivia maniobró lamiendo la sombra agonizante del Renault, cuyo propietario estaba enfrascado en la lectura del periódico, y se situó, neumático y sordo, a rebufo del Toyota, que enfilaba la autopista de circunvalación. En las rotondas y en los carriles dobles, cuando el tráfico se hacía más denso y la velocidad se reducía a noventa e incluso a ochenta o setenta kilómetros por hora, Valdivia podía advertir los perfiles enfrentados, la distensión de los hombros, esos cuerpos jóvenes que imaginó carne apaciguada.

Llegados al desvío del lago Anatolia, el Toyota giró a la izquierda, hacia el barrio de estibadores. La vega fértil, pujante de álamos y arroyos como lenguas de aluminio, dejó paso al cinturón de viviendas prefabricadas y a

los hogares de cuatro alturas. Cautivos del delirio de sus sonrisas tramposas, en vallas con anuncios de SE TRASPASA y sobre paramentos tiznados de humedad, Valdivia admiró varios cartelones con rostros de políticos.

A la entrada del barrio, bajo el dosel arruinado de un puente comido por la hiedra, un control policial parpadeaba, orgía de triángulos rojos, con ojos de bestezuela.

Dos agentes paseaban contando los metros de asfalto y taconeando como reses herradas, las culatas de sus Astra contra la cadera, como si acariciaran el hocico húmedo de un perro implorante, mientras un tercer policía asomaba su cabeza chata, de gran nariz y bigote hitleriano, dentro de los vehículos.

Se detuvieron: el Toyota, una camioneta de reparto, el automóvil de Valdivia. Dos pequeños Citroen se aproximaron por detrás. Sobre los escombros del puente, a modo de emblema de la revancha, varias pintadas de color sangre, con enrevesadas figuras al pie cruzadas por serpientes, tibias piratas y cráneos de vaca, proclamaban sin pudor la idolatría de la venganza:

LARGA VIDA A LOS ARRANCADORES
MUERTE A PROMENADIA

Muy arriba, celeste y omnímodo, como un dios frío e insomne, el motor de un helicóptero rompía el mediodía. En su fuselaje brillaban inquietantes anagramas. Los policías alzaron sus rostros de gafas ahumadas; Vera asomó una nuca desnuda que advirtió, en escorzo, la presencia del vigilante.

Pasaron. Valdivia las vio torcer con lentitud hacia los muelles de mineral.

De la camioneta descendieron dos repartidores con monos azules y pendientes en las orejas. Uno de los agentes preguntó qué transportaban. El repartidor más joven se izó a la trasera de la camioneta, cabalgó ante los ojos de Valdivia moviendo el enorme paletón que chirrió con acentos trágicos, tembloroso como un látigo de hojalata, y descorrió las jambas: Valdivia pudo ver leche en bidones abollados, leche en polvo en latas con

dibujos de pastos verdes, leche en tetrabrik, leche pasteurizada en botellas de cristal, leche para lactantes en biberones de plástico.

El agente que asomó su cabeza dentro de los coches se acercó a la parte trasera. Ordenó al repartidor que bajara una lata de leche en polvo y un tetrabrik. Abrió la lata y hundió un meñique. Aplicó la pasta sobre las encías y escupió.

—Sabe a mierda —escuchó Valdivia—. Pero es leche.

Sus compañeros rieron; los repartidores, no. El policía echó mano al cinturón y sacó una navaja con cachas de nácar. En sus gafas de espejo danzaban fuegos fatuos.

—El tetrabrik.

Lo rajó con pericia. Apretó el cartón y la leche se desparramó. Entonces se encogió de hombros, devolvió el tetrabrik al repartidor y se dio la vuelta.

—Andando —dijo moviendo su antebrazo como una víscera floja, peluda.

Valdivia rodó hasta él los cinco metros que los separaban.

—Agente —dijo.

—Documentación —exigió sin mover un músculo.

Miró su foto de carné. La comparó con la cara que tenía delante.

—¿Qué hace por aquí?

Ese aspecto de verdugo amable, capaz de rebanar el pescuezo con un libro de leyes en la mano. Esa manera de interrogar, usando el lenguaje como si fuera un hacha.

—Vengo a ver a una amiga —mintió Valdivia.

—¿Una amiga?

De pronto se supo sórdido, como si acudiera a aquellas calles a llenar su sangre de pus y rabia.

—Sí. Una buena amiga.

Sonrió Valdivia. Sonrió el policía. Sonrieron juntos. Resultaba fácil conjugar ciertos verbos con la autoridad.

—Entiendo —dijo con la convicción de quien comparte un credo miserable—. Que pase un buen rato.

Valdivia no vomitó en la guantera. Se vistió la náusea como un traje de domingo, saludó al fulano y a sus compinches, incluso se llevó los dedos a

la sien, en ese remedo de saludo que era sólo un emblema fascista. Apretó los dientes y aceleró. A través del retrovisor vio al primer Citroen pagar su miserable peaje.

Giró a un lado, al otro, volvió a girar. Amigas improbables se asomaban a las ventanas fumando, riendo con las vecinas, tendiendo ropa. Valdivia buscó el perfil del Toyota en vano, a derecha e izquierda, hasta que ya a punto de desistir vio el coche detenido, esperando por alguien que subía, una tercera joven de la que sólo alcanzó a ver unos téjanos gastados y una cabellera rubia.

Apareció la bruma, alzándose desde los muelles de descarga en olas de color cobalto, cálidas y asperjadas de salitre. Valdivia apenas lograba distinguir la silueta del Toyota. Entre la luz de los faros antiniebla, como diapasones gigantes, los semáforos, anfibios en su tozudez de máquinas tristes, iban sacando a los dos automóviles del barrio. Por encima de sus cabezas, la música del helicóptero.

La niebla se levantó al dejar el área de influencia del puerto. Entonces se dirigieron hacia las zonas residenciales, alzadas sobre las suaves colinas de brezo que abocetaban el espectáculo inolvidable de las grandes playas de oriente, abiertas al mar como receptáculos sagrados, con la aguja de la iglesia en una punta, abrazada a un farallón calizo que crecía, vertical, como una promesa de la fatalidad, y un poliedro de fibra óptica en el extremo opuesto, levantado en paralelo al islote de Cutis hasta teñir el horizonte con un sesgo vanguardista.

Transcurría allí Promenadia en su esplendor de residencia burguesa. Si antes visitaban los núcleos obreros, germinados al calor del viejo puerto comercial y al reclamo de una siderurgia pujante pero esclavista, llegaban ahora a las mansiones decimonónicas con sus ayas, sus balconadas de hierro alemán, sus impávidos dogos de piel canela montando guardia en casetas con calefacción, sus huertas llenas de dalias y árboles frutales, sus veletas con tronos y potestades danzando en pos del fragante nordeste.

La mansión era maciza, de tres plantas, y en ella se advertía una hedonista mezcla de estilos, con aquel aire portugués en las ventanas de color verde, los gabletes casi góticos, de inspiración flamenca, las claraboyas de visionario que propiciaban una especie de vivienda-linterna al

permitir que la luz, que incidía sin mácula sobre la parte superior, inundara el espacio vacío, limpio de mobiliario, que sustituía al hueco de la escalera. Un rótulo rezaba:

CASA DE LOS ZURDOS

En el umbral que daba acceso a una pequeña carretera de grijo, la conductora bajó del Toyota y pulsó un timbre. Habló un instante y se escuchó un zumbido. Una verja de persiana, casi invisible al ojo, se levantó para dejar paso al coche. Valdivia aparcó tras un grupo de árboles, se apeó con el aire ufano de un fumador ocasional, vigiló de reojo los vehículos que se acercaban.

Tuvo suerte con el motorista. Un hombre vestido de cuero, de aspecto marcial, que viajaba en una Gilera de montaña. Mientras hablaba por el interfono, se coló con él, saludando con naturalidad.

Desparramadas aquí y allá, como islas de plástico, hamacas y tumbonas vacías, en las que en verano y primavera Valdivia imaginó que se sentarían hombres con sombrero de paja y enfermeros dilectos, almidonados y blancos.

A su derecha, alzado sobre una depresión natural, un curioso hangar de madera, casi de color malva a causa de la buganvilla, con su puerta entreabierta. En su interior, sordo al rumor de sus pasos, distinguió a un hombre con un sobretodo negro que se afanaba con un instrumento metálico. Parecía un dios herrero.

Adivinó que existían dos entradas, pues las rodadas del Toyota y de la Gilera se separaban a escasos metros de la puerta principal. Mientras el coche se había detenido junto a otros turismos, aparcado en batería frente a una fuente de aspecto heroico (especie de Laocoonte que luchaba, en vez de contra un gigantesco reptil, contra un ejército de arañas de piedra verdosa), la motocicleta había girado en dirección a la zona más umbría de la casa. Sobre un frontispicio en mármol poroso, que las lluvias no habían conseguido deslucir, Valdivia leyó una hermética sentencia:

QUIEN JUEGA AL ESPECTRO

ACABA POR SERLO

No había animales de defensa. Ningún trabajador asomaba. Tampoco halló rastro de Vera ni de sus dos acompañantes. Se decidió por seguir a la Gilera, desplazándose hacia la fachada oeste. A lo lejos percibió el sonido de un piano; pero no era una grabación, más bien recordaba a un ensayo, pues la música se repetía una y otra vez, como si hubiera un pasaje donde el intérprete se atascara. Llegaban risas en sordina, como a través de una cortina de lluvia, y distinguió el runrún de un motor o de una bobina, semejante al ruido de un carrete al recoger sedal. Descubrió entonces unos ojos fijos en su cara, mirándolo desde la planta baja. Eran los ojos de un viejo, aunque al cabo de un instante comprendió que no lo estaban mirando. Es decir, lo estaban mirando, pero no lo veían. El cristal que los separaba debía de ser muy grueso, pues impedía al ciego oír el rumor de sus pasos; su rostro, cuando Valdivia movió una mano ante él, era el de una máscara condenada.

En la parte trasera, ante cuyo portón se acumulaban botellas de plástico y jofainas descascarilladas, morían las rodadas de la Gilera, aunque curiosamente la motocicleta había desaparecido. Parecía como si una grúa fantasmal la hubiera elevado por los aires. Había tres escalones y una aldaba en bronce representando un petrel. El piano percutía en algún lado, con su soniquete de tómbola y su torpe ejecutante empecinado en fallar siempre el mismo acorde.

Salvó la entrada. Olía a ácido félico, a yodo, a verdura hervida. Había un pasillo muy largo, que se ensanchaba en una pieza central completamente vacía. Llegó a ella y, al mirar hacia arriba, lo deslumbró la cascada de luz que caía sin obstáculo. Pensó en un gigantesco cuerpo eviscerado con un agujero en la cúspide del cráneo. En cómo se vería un cuerpo así iluminado por dentro, vacío de sangre, tripa y tendones.

Pasó ante una habitación con la puerta abierta. Descubrió al viejo ciego. No se volvió. Seguía mirando sin ver a través de la ventana. Dejó al ciego ensimismado y regresó al pasillo. Al otro lado había una gran sala acristalada. Dos hombres acuclillados al modo de los vaqueros, como

gárgolas estreñidas, estudiaban una pizarra en la que había escritas ecuaciones.

Entonces sintió la mano sobre su hombro y ahogó un grito. Era el ciego.

O no.

Porque el hombre veía.

Pero aquellos ojos...

—¿Qué le pasa, abuelo? —preguntó Valdivia con un hilo de voz.

Lo escrutó desde su almena de yonqui, la pupila lánguida, pura vaguedad, como si tuviera flemas en el fondo de las cuencas.

—Lengua —dijo—. Dame tu lengua.

Las gárgolas se movieron. Hablaban en cámara lenta, a través del cristal de la sala. Hablaban señalando a Valdivia y al viejo.

—Lengua —repitió el viejo—. Dame tu lengua.

Las gárgolas, que ahora eran como buzos, como horrendos ectoplasmas, caminaban, más bien se tambaleaban, hacia ellos. El viejo no le soltaba el hombro.

—Tú pareces un buen chico. No como el motorista. Dámela. Dame tu lengua.

Valdivia se desprendió de un tirón. Dos llamas temblaban en las pupilas del viejo. Reculó muy despacio, huyendo de su garra tendida. Supo que estaba corriendo. Pero no hacia la salida, sino hacia un montacargas. Tenía que encontrar a Vera, se dijo, tenía que encontrar a su hija.

En el montacargas tropezó con un hombre que olía a goma quemada.

—Hola —saludó casi sin aliento—. ¿Trabaja aquí?

El hombre sonrió sin mostrar los dientes. Su mujer le decía siempre a Valdivia que uno no debe fiarse de la gente que no enseña los dientes al sonreír.

—Soy de mantenimiento —dijo—. Nos vimos antes fuera. Con la moto.

Valdivia también sonrió de pura gratitud. El mundo volvía a ser un lugar reconocible: había puntos cardinales, planos inclinados, principios de inercia. Existía gente que trabajaba a cambio de un salario.

—El viejo —dijo señalando hacia el largo corredor—. El viejo me dijo algo sobre una lengua.

—No se preocupe. Es así con todo el mundo. ¿Puedo ayudarle?

—Estoy buscando a mi hija. Vino con dos amigas.

—¿Las chicas del Toyota?

Así que las conocía. Valdivia no lo dijo, lo pensó, pero fue como si el motorista pudiera oír sus pensamientos.

—Sí —sonrió de nuevo sin mostrar los dientes—. Claro que las conozco. Vienen a menudo desde el último atentado. ¿Cuál de ellas es su hija?

—La del pelo teñido de rosa —dijo Valdivia con cierta vergüenza.

—Suba a la última planta. Allí la encontrará.

De modo que el motorista lo empujó suavemente dentro del montacargas y pulsó el botón. Mientras ascendía, Valdivia reparó en que no le había preguntado cómo pudo desaparecer la moto.

En el segundo piso el montacargas se detuvo. El hombre del sobretodo negro apareció ante Valdivia. Llevaba en la mano una hebilla llena de tachuelas.

—¿Baja?

Valdivia miró sus dedos llenos de heridas, la gruesa calavera que empleaba como anillo en su mano izquierda, sus botas de puntera acharolada. Su voz tembló al contestar.

—Subo.

El montacargas se cerró. Valdivia oyó el sonido de las botas de aquí para allá: impacientes, tercas, matemáticas.

Llegó al tercer piso. Estaba en un corredor de ventanas verdes. Apoyó su frente en la pared y experimentó un alivio antiguo, como si hundiera las manos en barro, en agua fresca, en tierra sembrada. Del techo, como garfios de pedrería, descendían varias lámparas sin bombillas, puro ajuar de orfebre. Escuchó con temor cómo bajaba el montacargas. Oyó al hombre de las botas entrar en él y descender. Lo vio salir por la puerta principal, haciendo molinetes con la hebilla llena de tachuelas, casi corriendo en dirección al hangar.

Valdivia estaba sudando.

Mucho.

Frío.

Como si se hubiese orinado encima.

Diez metros delante de él estaba la fíente de los tres sonidos. La música del piano llegaba ahora con absoluta nitidez. También las risas sofocadas y el runrún del motor. Aunque había algo más, un cuarto sonido difícil de identificar, un rumor de hojas o respiraciones.

Se alzó de puntillas y se pegó a la pared. Asomó un ojo cauto. Al principio no distinguió nada. Entonces descubrió que el ruido mecánico, que creía provocado por un motor, provenía en realidad de un proyector de cine que devanaba una película. Recibió una visión nítida, esclarecedora, rápida de calibrar, la de una cinta que repetía veinte segundos escasos de celuloide una y otra vez, de ahí el sonido reiterado del piano y las risas constantes.

La puesta en escena era sórdida pero efectiva: un viejo plató de televisión, con luces escarlata y grandes y destripados bailes, en cuyo centro geométrico, arrodillada sobre la banqueta de un piano, una muchacha a la que sodomizaba un gran mastín atacaba sin éxito una barcarola. Las risas provenían del público que asistía a su violación desde la penumbra del plato; los jadeos, el cuarto y ominoso sonido, del grupo de hombres y mujeres que se masturbaba en el anonimato de la Casa de los Zurdos.

A Valdivia le fallaron las piernas. Intentó pensar deprisa, pero no encontró consuelo alguno en sus imágenes más queridas: Einstein recibiendo el Nobel, Vera tumbada al sol cuando era sólo una niña, una foto de su mujer con sus hermanas ante la pirámide de Gizeh, los restos de la vieja muralla que rodeó a los primitivos pobladores de Promenadia, su autógrafo de Yo-Yo Ma sobre un ejemplar de los conciertos para violonchelo de Vivaldi.

Así que se arrastró y giró en ángulo, no supo bien hacia dónde, pero en cualquier caso lejos del aquelarre del perro y la pianista. Y entonces las oyó.

Oyó la risa de Vera.

Oyó la risa de la segunda muchacha.

Oyó la risa de la tercera muchacha.

Aún tuvo tiempo antes de entrar y ver. Aún tuvo tiempo para detenerse, tomarse el puso en la yugular, hacerse tres tristes, insólitas, funestas preguntas.

¿Por qué todas las puertas estaban abiertas?

¿Por qué toda aquella porquería no se hacía en la más absoluta intimidad, lejos de curiosos?

Y, sobre todo, ¿por qué Vera estaba allí?

—Vera —dijo.

Y entonces comprendió que el ojo era más rápido que el oído, porque ya estaba dentro y preferiría no haber visto nunca aquello. Preferiría no haber visto a la muchacha rubia depositando una maleta con grilletes y consoladores de látex sobre una mesa; preferiría no haber visto la deslumbrante belleza del joven nadador tullido que se acariciaba unos genitales enormes; preferiría no haber visto los seis ojos de mujer vueltos hacia su sexo, ebrios de pura paz, viviendo en el reposo absoluto de la dejación física, de la suspensión mental, de la abolición del tiempo y el espacio; preferiría no haber visto la cámara en el techo filmando aquel paisaje pornográfico, mientras giraba con esa lentitud, esa gravedad, esa majestad prodigiosa de las lentes que nada saben, nada comprenden, nada interrogan, que son sólo encarnaciones de la tecnología; preferiría no haber visto la cuádruple desnudez, lánguida y acariciante, con que el mutilado y las mujeres se obsequiaban desde el blando estupor de los yacentes, bañados en la luz de aquel tiempo de pesadilla, sin dolor ni miedo, sólo piel y candor, sólo huesos y armonía, sólo él y ellas.

—Vera —dijo.

Y Vera calló como si jamás hubiese existido su voz, el contexto en que se hallaban, la lengua dentro de la garganta de su padre; calló como si Valdivia no fuese un pedazo de vida, una fracción de folclore, un empeño verbalizador; calló como si Valdivia representase un episodio imposible de interpretar, un guarismo equívoco, un estado del alma indigno de contemplarse, una palabra nunca caligrafiada, nunca pronunciada, jamás forjada por intelecto alguno.

—Vera —repitió una, diez, quinientas veces mientras desandaba las estancias de su pánico y regresaba al coche.

Y la palabra palpitó en la tráquea, resbaló de sus labios, se acomodó sobre el pecho, circunvaló el volante, acarició el diámetro de cuero, se

congeló de frío en el frío térmico del parabrisas, en el frío secuencial de su brevedad, en el frío tamaño de su elocuencia.

Y fue como si a un hombre le hubiesen arrebatado la esperanza.
Cualquier esperanza.

El mal encuentra justificación en su existencia. El mal no necesita prueba ontológica, ni reducción al absurdo, ni fe o profetas. El mal es su propia expectativa.

Mi vida me ha enseñado que es el bien lo que precisa de justificación. Es el bien lo que necesita un por qué, una causa, un motivo. Es el bien lo que, en realidad, constituye el más profundo de los enigmas.

El octavo cuaderno, sin fechar, de color azul como el resto, terminaba con aquellos párrafos. El Quinto Hombre los leyó de viva voz, miró la increíble pila de colillas, los termos de café vacíos, el desorden reinante en el despacho. Después cerró el cuaderno y se aflojó el nudo de la corbata. Los cuatro lectores estaban exhaustos. Como si hubieran remontado una corriente hostil durante horas. Como si hubieran escalado una montaña nevada.

—Es impresionante —dijo Gudesteiz—. Nunca había leído algo tan...

La palabra se le negaba, como una llave que no encajara en ninguna cerradura.

—Tan intenso —sentenció el Inspector.

«Tan terrible», escribió Olsen en su pizarra blanca.

—Tan terriblemente intenso —concedió el Quinto Hombre.

Mortenblau les había dado la dirección en la que recoger los cuadernos cuarenta y ocho horas antes, cuando en presencia de un abogado recibió la promesa escrita de que jamás, bajo ningún concepto, aquellos textos serían destruidos.

Tras fotocopiarlos, en doce horas de lectura ininterrumpida los cuatro hombres habían leído los ocho cuadernos. Manila, después del incidente de la bofetada, había sido retirado del servicio hasta nueva orden. En doce

horas terribles se habían encerrado con aquel hombre, a quien un día habían llamado *monstruo* y para el que ahora, probablemente, no encontrarían calificativo.

—Es una confesión en toda regla —dijo el Quinto Hombre—. No podríamos soñar con una prueba mejor.

—Y él quiere que se hagan públicos —dijo el Inspector—. Estoy seguro de que ha vuelto por eso, para sacarlos a la luz.

—Me cuesta creerlo —dijo Gudesteiz—. Hay otras cosas en juego. Ese hombre es un paranoico. Tiene una lucidez asombrosa, pero es un paranoico.

«El león», escribió Olsen en su pizarra blanca. «¿Qué representa el león?».

—La culpa —dijo Gudesteiz.

—La conciencia —dijo el Inspector.

El Quinto Hombre miró a Olsen mientras le mostraba sus manos vacías.

—Soy sólo un policía —dijo.

«Culpa. Conciencia. Responsabilidad», escribió Olsen. Pero luego tachó la última palabra y escribió sobre ella *Terror*.

—¿Terror? —preguntó el Inspector—. Ese hombre no conoce el significado de esa palabra.

Olsen negó con la cabeza, sacó su pañuelo y borró la pizarra.

Escribió: «Ese hombre siente terror de sí mismo». Luego, tras mostrar la pizarra, subrayó las palabras *de sí mismo*.

A través de la cristalera, Gudesteiz miraba al niño en su cuna. Era moreno, con el pelo de color azabache, y parecía bien nutrido, sano, un niño feliz. Se preguntó qué cosas habrían visto sus ojos, cómo sería vivir veinticuatro horas con un hombre como Mortenblau. Lo asaltó una visión de vísceras frescas.

Condujo hasta casa de Manila, llamó a la puerta y entró como un vendaval.

—El niño está bien —dijo.

Manila afirmó. La niña estaba tumbada en el césped junto al terranova.

—Se divierte —añadió Gudesteiz.

—Desde que lo adoptamos, es otra.

—¿Alguna vez...?

—No —cortó Manila—. Jamás. Es como si su madre nunca hubiera existido.

La niña acariciaba el lomo del perro con los ojos cerrados, con un gesto propio de persona adulta.

Una ensoñación. Una fuga silenciosa. Otro tiempo. Otro lugar. Federico había muerto.

—¿Cuándo me dejarán ver al niño?

—Depende del juez.

—Es mi hijo.

—Lo sé.

—Es mi sangre.

—Lo sé.

—Mis huesos.

—No insistas.

El terranova rompió a ladrar y vieron cómo ella se incorporaba. Gudesteiz contempló a la niña y sintió que su corazón se encogía, igual que si se lo apretaran con unas tenazas. Jamás, se juró en silencio, jamás tendría hijos.

—Debo irme —dijo—. Todos te mandan recuerdos.

—Escucha —dijo Manila.

—¿Sí?

—Crees que realmente es mío, ¿verdad?

Gudesteiz pensó en lo que había leído en los ocho cuadernos azules. En tanta infamia.

Su voz sonó clara al responder:

—Es tu hijo.

En la celda reinaban la calma y la oscuridad. Pero incluso allí dentro el león había conseguido colarse.

Sabía que los cuatro hombres habían leído sus cuadernos e imaginaba lo que pensarían de él. Hasta un policía era capaz de advertir la fuerza de ciertas prosas.

De modo que Mortenblau pensaba en ella cada noche. Sólo en ella. Todo lo demás, el resto de asesinatos, se le antojaba el esfuerzo de una vida ajena, insólitamente cruel pero dilapidada, una floración terrible, urgente, dramática, de cierto sol negro que alumbraba en su interior. Ni siquiera recordaba a su madre. Ni siquiera era capaz de poner rostro al cuerpo que le dio el ser.

Sólo ella tenía gestos, personalidad. Sólo Mara. Ella le había jurado su amor. Así. Con esas palabras: «Juro que te amo». Cuando le faltaban menos de noventa días para parir al hijo de otro hombre. Cuando se había fugado con un completo extraño, abandonando una casa, un marido, una hija pequeña, una vida segura y aburrida y plácida. Se lo había dicho en aquella comarca de locura en la que vivieron hasta que la mató. ¿Qué clase de amor había sido aquél? ¿Qué hubiera sido de ellos si Mortenblau no hubiera decidido matarla? ¿Le habría confesado alguna vez quién era? ¿Cuánto hubiera tardado el león en visitarlos en un teatro, durante una siesta, mientras conducían por una autopista?

La celda medía seis metros cuadrados. Sus paredes eran lisas como guijarros y todos los días se desinfectaba el suelo. Mara ya no amaba a su marido. Le había perdido el amor; es decir, el respeto. Había luchado, durante su embarazo, por recuperar su amor, pero ya no podía más. Mortenblau nunca le había preguntado por su marido. Era Mara quien a veces hablaba de él. Sin ponerle nombre ni profesión. Jamás. «Él». Sólo «él». Un pronombre. Una de esas cosas que sustituyen a los nombres propios. «Él». «Ella». «Nosotros».

¿Había sido Mortenblau libre al escoger entre todas las mujeres posibles a aquélla, a la mujer de uno de los hombres que lo perseguía? Y ella, ¿había sido alguna vez consciente de qué papel había desempeñado en su vida? Si en algún instante de sus noventa días de huida se hubieran podido ver desde fuera, sí hubieran podido leerse como personajes de novela, ¿hubieran

creído lo que sucedía? «Cuando me tocaste en el autobús», dijo Mara en una ocasión, «supe que podrías matarme sólo con desearlo. Jamás ningún hombre me había hecho sentir así».

Ahora él, en la oscuridad de su encierro, era feliz recordando aquellas palabras. El miedo, la capacidad de infundirlo, había sido para ella un estímulo, un aliciente, una prueba en favor de su fortaleza. Porque el miedo era hechizante, embriagador, sugestivo. Un hombre que propiciaba el miedo con su simple presencia, como un sanador que curaba con el tacto de sus manos.

«Un hombre así», pensaba Mortenblau en la quietud de su celda. «Un hombre así. Yo. El último pronombre. También el primero. Yo. El amante. El amor de Mara. El embajador del miedo».

El escritor, un chileno afincado en España hacía años, de cejas grises y muy finas, depiladas para seducir, relataba a la audiencia sus fascinantes vínculos con Noruega. Empleándose a fondo en la semántica, al modo untuoso de los sudamericanos, relató que mientras trabajaba como redactor en un diario de Tenerife entrevistó al gran Thor Heyerdahl, el hombre que viajó en la *Kon-Tiki* desde las costas peruanas hasta Polinesia para probar el origen americano de los tahitianos. El entrevistador se sintió entonces obligado a hacer un pésimo chiste.

—La primera vez que conocí a un noruego le pregunté si en su país profesaban el calvinismo.

—¿Y bien? —interrogó respetuoso el chileno, mientras mordía con estudiada indolencia la patilla de sus gafas de pasta verde.

—Me replicó que, en efecto, creían en Calvin Klein.

Valdivia permaneció en sintonía, momificado ante el rectángulo de plasma, blando, modesto, uno más entre los lacayos de la máquina, desvelado y neutro bajo el hechizo de los rayos gamma que conectaban la pantalla con su cerebro y se filtraban hasta el hipotálamo, colonizando los gelatinosos pliegues que condensaban miles de años de evolución.

—Querido amigo —dijo el chileno a su interlocutor—, su broma no es banal, hoy el discurso crea la realidad. No hay más remedio que aceptarlo. La filosofía es ya una pura filología; la realidad es la sombra de la palabra, no a la inversa. ¿Me permite una pequeña historia? Hace años, un compañero que cubría la sección de Internacional tuvo que redactar, a toda prisa y sin apenas datos, una noticia acerca de un volcán que había sacudido una remota isla del Índico. El problema residía en que mi colega no sabía si el nombre del volcán se escribía con hache inicial o sin ella. Entonces no existía la tecnología de que hoy disponemos y ninguno de nosotros tenía tiempo ni ganas de ayudarlo. Así que, desesperado, llamó a su madre para pedirle que buscara el maldito nombre del volcán donde pudiese: en una enciclopedia, en folletos de una agencia de viajes, en un atlas del *Readers Digest*. El caso es que el volcán de marras no apareció y mi compañero tuvo que entregar su crónica. Se la jugó a una corazonada y escribió el nombre con hache. A la tarde siguiente, al poco de sentarse en su mesa de trabajo, sonó el teléfono. Era su madre. ¿Adivina para qué llamaba? Llamaba para decirle que el nombre del volcán se escribía con hache. «¿Y cómo lo supiste?», preguntó mi compañero. «Porque acabo de leerlo en el periódico», contestó ella.

Quizá fuera por esa risa sorda que sonaba de fondo, o por el hecho de que su mujer y Vera no estuvieran en casa, o por el corazón que percutía como un tambor de guerra dentro del pecho, pero lo cierto fue que a Valdivia lo invadió una sensación de vértigo infinito, como si su cerebro estuviera hueco, no lleno de serrín o de alfalfa para caballos, sino hueco, vacío, un globo repleto de pura nada.

Así que apagó el televisor, se levantó igual que un loco furibundo y salió a la calle como un exiliado al que el viento azotara en busca de la próxima frontera.

Recordó que Thor Heyerdahl, el héroe de la *Kon-Tiki* y había pronunciado en cierta ocasión una frase muy bella. Heyerdahl había dicho que durante todo su periplo por el ancho y vasto mundo jamás había visto una sola frontera; que las únicas fronteras que había conocido estaban en la cabeza de ciertos hombres.

La ansiedad le oprimía el trigémino. Siempre que algo lo enervaba sufría dolores en la cara, en lo inmediato, en lo constantemente expuesto a la luz y el aire. Cerca del puerto, en aceras paralelas, se cruzó con la hermana de Menezes. Hizo como si no la viera. Lo asaltó una basca. Profunda. Sucia. Brotada de muy dentro.

Al llegar frente a las dársenas se preguntó si el mar sería hermoso para los sordos. Toneladas de madera transformaban los hangares de uralita en un cementerio de bosques. Cientos de árboles defoliados anticipaban novelas en octavo mayor, notaciones en pentagrama, fruslerías de tipógrafo.

A sus pies, del velero que, para solaz de los turistas, recorría varias veces al día el trayecto entre el islote de Cutis y las playas artificiales, ganadas con piquetas, grúas y dragas a aquella lengua de roca viva, descendía una mujer. Valdivia la vio bajar pausada y morosa, rotunda a medida que apuraba los metros de escala: rojizo el cabello, crema el holgado vestido, sandalias de color limón. De pronto deseó fumar el viento, desaparecer por un instante, abarcar el mundo desde un satélite espacial. Le hubiera gustado congelarla allí: en la distancia perfecta y unívoca que la armonía terrestre parecía exigir, en el terco pinchazo facial, en el ladrido de un perro a la caza de un pájaro misterioso.

Avanzó sensual en su pereza, en el dibujo de los muslos contra el viento. Cuántas cosas cabían en aquella mujer, pensó Valdivia. Cuántos grabados y músicas no agotarían uno solo de sus gestos. Y cómo sonreía con ternura al hombre que la aguardaba, cómo llevaba la pena, una pena que era puntual memoria de los dos, en el generoso tamaño de su boca, como un caramelo intacto.

La mujer se acercó al hombre que la esperaba y se detuvo. Valdivia la miró con emoción. La duración del viaje brillaba en el salitre de sus cabellos. Llegaba sumergida en el viento. Era una novia, una esposa, una maga escapando a través de un jirón de brisa.

El trigémino de Valdivia ardía cuando los amantes se besaron, cuando el mar se frotó contra los muros y las lenguas se mencionaron su nostalgia.

Como figurantes en una pintura antigua, como transeúntes inscritos en el paisaje que se insinuaba a lo lejos, ajenos al fulgor del duque, el obispo o la emperatriz con que el artista había decidido llenar el primer plano de su

obra, llegaría el día en que también ellos se corromperían, agrietarían y deformarían, aunque con un poco de suerte era posible que no llegaran a desaparecer del todo, que permanecieran visibles en el fondo del cuadro, vinculados a la historia narrada en la pintura, su pintura, por aquel beso y por otros similares.

Incluso su mujer y Valdivia, con el paso del tiempo, se volverían augurales y perifrásticos al hablar de sí mismos. Ella le confesaría a Vera, remedando a una regular actriz de sobremesa: «A menudo tenemos problemas». Y Valdivia, que se preparaba para ser una especie de Thor Heyerdahl de tierra firme, comenzaría a expresarme mediante filosofemas: «El peaje a pagar por la seguridad de una vida en común es la muerte de la rebeldía».

Pero no, se dijo. Todo aquello era pura ficción, novela decimonónica, el sueño estúpido de un hombre vencido. Había visto a su hija acariciando los genitales de un hombre sin piernas.

Sollozó amargamente frente al mar.

Cuando lo tuvo entre sus brazos, Manila sintió que el niño era de aire, una pompa de jabón. Componían una estampa en verdad extraña allí, en el jardín de su nueva casa, con la niña de la mano de Olsen mirando a su padre sostener aquel bulto lloroso y perfumado a talco, con el terranova olisqueando la entrepierna del Quinto Hombre y con Gudesteiz y el Inspector flanqueando a Manila como leñadores en torno a un árbol.

—Quiero volver al trabajo —fue lo único que acertó a decir Manila mientras el niño se iba calmando a medida que lo mecía—. Necesito salir de aquí lo antes posible.

El Quinto Hombre afirmó con la cabeza.

—Tómese aún unos días —dijo—. Una, dos, tres semanas. Habitúese al pequeño. Que su hija se acostumbre a él. Que el niño se acostumbre a ustedes dos. El trabajo puede esperar.

Cuando se fueron, antes de subir al coche, Gudesteiz se giró. Manila los miraba con el niño apretado contra el pecho y su hija de la mano. El perro,

como una esfinge, mostraba su lengua pulposa, enorme, llena de ulceraciones.

—Parecen una familia de exiliados —dijo Gudesteiz mientras el coche arrancaba.

Oculto tras un árbol, Valdivia los vio aproximarse. Delante caminaba el muchacho de las prótesis, alto y guapo como un remero, custodiado por la chica rubia que vio en la Casa de los Zurdos. Detrás, a veinte pasos, Vera fumaba un cigarrillo.

El muchacho se acercó a las tumbas de Humberto y Hugo. Llevaba la boca apretada, como si le dolieran las muelas. Estuvo allí, frente a las austeras lápidas, durante un par de minutos, sin moverse, mientras Valdivia sentía cómo el furor del nordeste le desordenaba el cabello. Luego el muchacho giró y dijo algo a la chica que lo acompañaba. Ella asintió con la cabeza y señaló una tumba situada al sur de las de los gemelos. Valdivia comprendió que el muchacho quería ver a Menezes. De modo que lo siguió con la mirada mientras se repetía la operación y Vera encendía un segundo cigarrillo.

El muchacho permaneció ante la tercera tumba otro par de minutos y luego se dejó guiar hasta la entrada. Allí, junto a Vera y la chica rubia, montó en el Toyota de la hermana de Menezes. Mientras el coche se perdía a lo lejos, Valdivia abandonó la protección del árbol. Lo asaltó entonces una sensación de irrealidad, como si todo lo que acababa de contemplar hubiera sido un sueño.

Caminó hasta las tumbas de los gemelos y estuvo allí casi una hora. Se oían pájaros, el viento entre las tumbas, de vez en cuando el gemido de la puerta del cementerio al abrirse. Pensó en aquellos muchachos, en qué les podía haber llevado a hacer lo que hicieron. También pensó en sus padres, en su desconcierto, en su insatisfacción. Padres sin hijos. ¿Era ése uno de los rótulos del tiempo presente? ¿Quién había abandonado a quién? ¿En qué parte del relato el argumento se había vuelto incomprensible? ¿Dónde se habían ido las palabras compartidas, los afectos, las buenas maneras? Hijos

deambulando como zombis por los centros comerciales. Hijos devorando sustancias en el corazón de la noche. Hijos derribando las obras que sus mayores habían levantado con el sudor de su frente. Hijos suicidas, hijos asesinos, hijos terroristas.

Pero ¿y él? ¿En qué se había convertido él durante las últimas semanas? En un perseguidor, aunque otros dirían que en un vagabundo. Siguiendo a Vera a todas partes, como una sombra, para ver cosas que no entendía. Se estaba dejando la cordura en aquel peregrinaje. Y mientras, cada noche, en otra ceremonia de la confusión, se sentaba junto a su mujer y a su hija como si no sucediera nada.

—Como si no sucediera nada.

Valdivia pronunció las palabras en voz alta y sintió miedo de su propia voz. Igual que si alguien le hubiera puesto la mano en la espalda.

—Dentro de unos meses comenzaremos a construir el nuevo CORPORAMA —informó Valdivia a su mujer mientras ella preparaba una tortilla de gambas.

Celofán para embalaje, rollos de papel de aluminio, bolsas refrigeradas para transportar líquidos y gasolina, hueveras a prueba de golpes, sartenes de teflón, hilo dental y cepillos sónicos, alimentos energéticos, guantes de neopreno contra las quemaduras. Las gambas, que asomaban sus cabezas filamentosas por un extremo de la pila del fregadero, parecían animales de otra era geológica, invasores en el tiempo de la espectrometría de masas.

—Vuelves a desayunar fuerte.

—A veces echo en falta mis desayunos de soltera.

—Claro. Tus favoritos.

—Mis favoritos.

Su mujer llevaba en la mano derecha una gamba pelada, rotunda, decididamente apetitosa. Estaba tan bella así, con el cabello negro recién lavado y los senos, grandes aunque no lascivos, dibujándose bajo su camisa blanca, que Valdivia le regaló un nombre: *La madonna de las Gambas*.

Se besaron.

Valdivia sintió su lengua en la boca a esa hora matutina, su lengua que por lo común sabía a café pero que ese día estaba salada, llena del vigoroso sabor del marisco congelado.

—Los científicos sostienen que la pasión muere a los cuarenta años. De modo que vuestra pasión debería estar muerta hace tiempo.

La voz de Vera, a espaldas suyas, los sonrojó.

—Debería —dijo Valdivia—. Pero la ciencia a veces se equivoca.

Una hermosa luz lo invadía todo. Cualquier objeto, hasta la más humilde cucharilla, refulgía con un relieve especial, como un objeto de culto.

—Es bueno desayunar con luz natural. Los alimentos resultan más sabrosos.

Vera, que mordisqueaba una loncha de pavo sin grasa, miró a su padre desmayadamente, con indulgencia pero sin ternura.

—Eres un romántico —dijo.

—¿Soy un romántico? —preguntó Valdivia a su mujer.

—Eres un romántico —afirmó ella.

Sobre el mantel, alrededor de su familia, Valdivia admiraba los restos del desayuno, migajas de tiempo, aquellos dioses cotidianos a los que aferrarse en época de desastres.

—Pero también eres un cínico —añadió de pronto Vera—. ¿Por qué me estás siguiendo?

La taza de café de Valdivia no llegó a su boca, sino que se mantuvo firme, en el aire, a cinco centímetros de sus labios.

—Dímelo. ¿Por qué me estás siguiendo?

Vera no lo miraba con rabia; su mirada era indiferente, como si observara una piedra bañada por el agua.

Así que ahora no había escapatoria, se dijo Valdivia posando la taza sobre el mantel. Era ella, su hija, quien había puesto el tema sobre la mesa. No él, no la sombra, el perseguidor, el vagabundo, sino ella.

Vera.

El ángel.

Su ángel.

—Haces cosas muy raras últimamente.

—¿Últimamente?

—Desde la muerte de Humberto —terció su madre.

—También tú estás en esto.

—Todos estamos en esto —dijo Valdivia—. ¿Podría ser de otro modo?

Vera suspiró. Sus cabellos brillaban como una bombilla de cien vatios. Estaba hermosa, aunque rara. Como una flor nunca antes vista. Valdivia supo que su hija se estaba convirtiendo en mujer a una velocidad increíble, una velocidad que nada tenía que ver con la biología.

—Así que ellos murieron por nada —dijo—. Volaron el Corpódromo sólo para que vosotros levantéis otro. Te oí decírselo a mamá.

Valdivia miró a su mujer. Tenía los ojos anegados de lágrimas. Los de Vera, sin embargo, estaban limpios como cristal. Su hija se había convertido en alguien muy fuerte.

—Ayer te vi en el cementerio —acertó a decir Valdivia.

—Lo sé —dijo Vera—. Vi nuestro coche aparcado en la entrada.

—Fui a ver la tumba de Humberto.

—Mentira. Fuiste a seguirme a mí.

—Te equivocas. Te equivocas, mi amor...

—No lo digas.

Valdivia se puso pálido.

—No lo digas, por favor.

—¿Qué? —preguntó Valdivia. Ahora su mujer estaba llorando—. ¿Qué no debo decir?

—Mi amor —dijo Vera—. Yo no soy tu amor. Él era mi amor. Él. El que se pudre en esa tumba.

Valdivia pensó en la Casa de los Zurdos, en mastines y barcarolas, en los genitales de un muchacho sin piernas. ¿Debía decir lo que sabía? Aunque, bien mirado, ¿qué era lo que sabía? ¿Que su hija se había teñido el pelo de color rosa? ¿Que follaba o jugaba a follar con desconocidos en lugares donde la gente contemplaba vídeos de zoofilia? ¿Que echaba de menos la época en que Vera le parecía estúpida y frívola? ¿Qué significaba todo aquello frente a la evidencia del desayuno? ¿Qué podía significar? ¿Cómo hacer compatibles una tostada con la voladura de un monumento? ¿En qué momento las claves se habían vuelto perversas? ¿Cuando los tres

muchachos decidieron introducir agujas en la leche? ¿Cuando un hombre salvaje, en un rincón de aquella ciudad, había decidido dejar zapatos junto a los cuerpos destrozados de sus víctimas? ¿Cuando el primer ingeniero de Promenadia reprodujo el primer plano del Soma original? ¿Cuándo?

—Yo soy tu padre, Vera. Tengo derecho a llamarte «mi amor».

Vera se acercó a Valdivia. Era alta, esbelta, fuerte. Valdivia no se había percatado hasta entonces de cómo había crecido. Sus ojos estaban frente a frente. Sus narices temblaban. Vera avanzó su mano derecha y tomó a su padre por la nuca. Valdivia sintió cómo sus piernas cedían. Vera movió levemente su cabeza hacia la derecha, la avanzó un poco y pasó su lengua, una lengua suave y jugosa, por los labios de su padre.

—Mi amor —dijo antes de dar media vuelta y abandonar la cocina.

La madrugada era diáfana como un gran vaso de cristal. En ella, semejante a líquido derramado, todavía dibujaba su estela alguna que otra estrella fugaz, y un rojo intenso, del lado de oriente, como si un matarife se hubiera lavado las manos en el horizonte, anticipaba el esplendor de una cresta encarnada.

En el silencio del jardín, Manila lo supo. No sentía miedo ni duda. Era como un guerrero de regreso a su particular Ítaca. Los limoneros olían maravillosamente, recordaba cada centímetro de piel de su compañera, las bestias y los fámulos dormían.

Aquello era lo que anhelaba. Y aunque otros nombres acariciaban su boca, Manila quiso pronunciar cierta palabra. «Paz», pensó. «Paz. Tan corta como aquella otra que allí dentro, en la comisaría, nos convocó un día. Frente al Mal, la Paz. Cómo si no sobrevivir a todo esto».

—Paz —dijo.

Había visto dormir a su hija. La había oído respirar en su habitación, confiada a la noche y a sus sueños. Había visto dormir al pequeño en su cuna, ahíto de leche como un cachorro. Había visto dormir al terranova en su caseta.

—Paz —repitió.

Se tumbó sobre el césped y escuchó la respiración del mundo bajo la carcasa de tierra e insectos. Pensó en su vida, en todo lo que su tierno y débil cuerpo había visto y oído. Su boca estaba llena de buenas intenciones, era como un cáliz de oro.

—Paz —concluyó.

Al girar la llave y entrar en la buhardilla de Menezes, Vera aceptó que inventariar lo que se posee se parecía mucho a declarar lo que uno es. Había aplazado aquella visita durante demasiado tiempo, pensando en los fisgones de la policía allí dentro, encerrados como zorros en una madriguera de conejos.

Por ello no la sorprendió encontrarse con aquel armónico desorden, un caos oscuramente reglado, treinta metros cuadrados resueltos en rimeros de libros, maletas en forma de tambor y féretro, cartones de tabaco, revistas de filatelia, una pajarera, un tablero de ajedrez, barajas francesas, carpetas con el rótulo CCCP almanaques de décadas pasadas, un contador Geiger, un pisapapeles de cuarzo, una reproducción de un cuadro de Masaccio, prospectos homeopáticos sobre las virtudes de la flor de lis, manuales sobre los peligros de las benzodiacepinas, maquetas de dirigibles, una litografía de los lechos neumáticos de Vegetius, un balón de reglamento, una clepsidra de granito rosa, frascos con arena del Sahel, un gramófono fabricado en Bangladesh, fósforos para puros, una navaja suiza de supervivencia, botes con perdigones de sal, un busto de Sócrates...

Almacenar, se dijo.

Almacenar semblanzas, costumbres, olores, gestos, fisonomías, asombros; perpetuarse en mil fragmentos, levantar el santuario de la memoria sobre las ruinas que los demás iban abandonando.

Almacenar: ahí radicaba el germen de la mónada, el furor del individuo.

Vera se preguntó si aquella colección de objetos, aquella pluralidad que engalanaba el frágil reino de sus amigos muertos, aquella polinómica exigencia de medidas, siluetas y pesos que identificaba sus existencias, hasta el punto de discriminarlas de cualesquiera otras, significaba

objetivamente lo mismo ahora que ellos habían desaparecido. ¿Perviviría el microscopio de Hugo como microscopio entre los folios con membrete del perito policial? ¿Sobreviviría la máquina Underwood de Humberto como máquina Underwood en la oscuridad de un almacén de pruebas? ¿Qué sentido oculto desvelaría el mapa de la Luna de Menezes en el despacho de un padre de familia que investigaba homicidios?

Hurgando en un viejo maletín repleto de pegatinas de Iberia, Lufthansa y British Airways, Vera tropezó con una fotografía de Humberto remitida desde Chelsea, Londres. En ella su perdido amor aparecía ante un improvisado fondo de bicicletas y restaurantes turcos, acuclillado sobre el pavés, con un pedazo de fachada victoriana asomando en una esquina de la toma y algunos anónimos peatones que jamás sabrían lo lejos que se encontraban, medidos por manos extranjeras, ignorantes de haber sido retratados bajo cielo británico.

¿Era todavía aquella imagen una película positivada, coleccionable, homologable, clasificable, debida al pobre o excelentemente remunerado trabajo de los operarios de Agfa o Kodak, dúctil superficie llamada a ser expuesta en vitrinas, guanteras de automóviles, desnudos muros, acreedora del espacio de una galería de arte, una mesita de noche, una rústica habitación de albergue montañés? Por el contrario, ¿no se habría encarnado hasta constituir un accidentado paisaje de músculos y linfa? ¿O acaso el hecho de que fuera el mismísimo heredero de Inglaterra (y no Humberto, su nihilista amor) quien, agasajado por su pueblo, saludara con insular timidez, haría que su reificada condición se depurara hasta rozar las categorías de glosa, litote, elevada abstracción? ¿Denotaba la interrogante previa la sospechada existencia de distintas realidades, la adulteración de la Historia como reliquia y del recuerdo como dilema, la resurrección del solipsista? ¿Sería, *de facto*, una duda ingenua y burda? ¿Y dónde quedaba el autor, qué había sido del pulsador del abracadabrante mecanismo, qué suerte corrió quien convirtió el momento fugaz en documento indeleble? ¿Era mayor de edad, anglicano, dispéptico, hincha del West Bronwich Albion, miembro del Partido Laborista, simpatizante de las *trade unions*? ¿Escuchó hablar de Vera?

Y si lo hizo, ¿en qué términos? ¿Era aficionado a los problemas gnoseológicos? ¿Leyó alguna vez a Dostoievski? ¿Conocía los pasos para fabricar una bomba casera? ¿Sabía quién fue Karakozov? ¿Sabía por qué la ira despedazaba a los jóvenes de ciertos rincones del mundo?

Vera supo que no respondería. Que jamás lo haría.

Inventarios.

Albaranes de entrega.

Glosarios.

Índices onomásticos.

Relaciones biyectivas y suprayectivas.

Vidas que eran largos etcéteras.

Recordó a Humberto afanándose por doblar una camisa de lino que ella le había regalado. Sus ropas, sus segundas pieles, aquello que se ponían encima para que otros no vieran lo que había debajo.

Listas: de células, de albúmina, de sinapsis.

Hombres, se dijo Vera, almacenes ante los que cualquiera que pasaba podía depositar su particular moneda: la religión, el arte, el sexo, la política, la violencia, la venganza.

Guardó la foto de Humberto cerca de su corazón, cerró con llave la buhardilla y regresó a casa. Se sentía como un piano que alguien hubiera pulsado y no cesara de sonar. Su vientre vibraba con un acorde infinito: la música de las esferas, quizás, o tal vez un treno fúnebre.

Mientras aguardaba por la comida y contemplaba los movimientos de sus padres, rompió a reír como una loca:

—Necesito calzado para el verano —dijo casi gritando.

Valdivia la miró asombrado, como miraría un calamar gigante.

—Necesito unos bonitos zapatos para este verano —repitió Vera—. Y creo que a papá —añadió dirigiéndose a su madre y tendiendo sus dos manos hacia ella, como una telaraña de oro— le convendría comprarse de una vez por todas un bañador decente.

Sentían fluir sus palabras como si fueran oxígeno puro, el soplo de aire inaudito, el anhelo de poder que recorría las complejas vías del cuerpo de Vera: desde su área de Broca a sus pulmones, desde sus pulmones a sus

cuerdas vocales, desde sus cuerdas vocales a los órganos de Golgi de sus padres.

—Consumamos —dijo Vera—. Esta tarde. Gastemos dinero porque sí, por el puro placer de rodearnos de cosas. Démonos un festín. ¿Quieres un televisor nuevo? —preguntó mirando a su padre—. Comprémoslo. ¿Quieres un viaje a Barbados? —preguntó mirando a su madre—. Vayamos, hagámoslo. Armani, Kenzo, Panasonic, Bulgari, Nokia, Philips, Apple, Mercedes Benz. Hermanémonos. Esta tarde. Sí. Comamos y luego subamos al coche, los tres, para derrochar el sueldo de papá de los dos últimos meses. Me compraré ropa interior musical. ¿De qué os reís? Existe. Lo sé. He oído hablar de ella. Todo aquello que puedas desear ya existe, alguien lo habrá ideado incluso antes de que tú lo soñaras. Están por todas partes —y Vera hizo un gesto vago, como si espantara moscas, mientras en su pecho la fotografía de Humberto ardía en su pequeño holocausto—: En nuestros dormitorios y baños, en nuestros lugares de trabajo y de recreo; ellos, los hacedores de mundos, los auténticos y únicos demiurgos, los constructores de cuchillas de afeitar, tuberías de plomo, diafragmas invisibles al escáner.

Cuando su hija calló, Valdivia tembló de amor.

«Ríe, Vera», pensó. «Nunca dejes de hacerlo. Nunca».

Y sin embargo, en su corazón generoso, comprendió que aquella risa era sólo una máscara, que Vera estaba llorando por su edad, por su tiempo, por todo cuanto ya, tan joven, resultaba irrecuperable.

No necesitó levantar la mirada para saber que iba a morir.

Mientras el hombre de la caperuza verde apuntaba a su cabeza y él advertía que tenía zarpas en vez de zapatos y que olía como un animal salvaje, mientras un segundo hombre parecido a Gudesteiz aparecía por el pasillo que conducía a la celda gritando en vano, mientras todo sucedía irrevocable y fatalmente, sólo le entristeció advertir cuánto echaba en falta la mano de Mara pasando por su mejilla, como si esa caricia pudiera asegurar al menos la inmortalidad de cierto recuerdo.

Así que Manila disparó y la cabeza rebotó y vio cómo los ojos de Mortenblau se nutrían por última vez de un sorbo de luz y cómo luego se iban tiñendo de sombras —sombras en las que pudo ver su propio reflejo con el brazo aún extendido— y cómo finalmente se apagaban igual que una estrella lejana que parpadea con inusitada fuerza antes de extinguirse para siempre concentrando en ese último brillo todo lo que un día fue: su esplendor, su mérito, su excelencia: la asombrosa y asombrada evidencia de haber sentido, de haber gozado, de haber reído: de haber sido.

Gijón, diciembre de 2004-septiembre de 2007



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN. Nacido en Gijón, en 1971, es licenciado en Filosofía por la Universidad de Oviedo. Escribe en los diarios ABC, El País y La Nueva España, y en las revistas El Mercurio y Tiempo. Autor de un singular libro de viajes, *Asturias para Vera* (2010), ha publicado los libros de relatos *Los caballos azules* (2005) y *Gritar* (2007), y las novelas *La filosofía en invierno* (1999 y 2007), *Panóptico* (2001), *Los arrebatados* (2003), *La noche feroz* (2006), la denominada *Trilogía del mal* —que incluye las novelas *La ofensa* (2007), *Derrumbe* (2008) y *El corrector* (2009)—, *La luz es más antigua que el amor* (2010) y *Medusa* (2012). Saludada con grandes parabienes por la crítica, su obra lo ha convertido en uno de los escritores más prestigiosos en el panorama de la narrativa contemporánea española. Traducida al catalán, francés, italiano, neerlandés y portugués, su obra ha recibido premios como el de la Crítica de Asturias, el de la Crítica de la Feria del Libro de Bilbao, el Casino de Mieres de Novela, el Qwerty de Barcelona Televisión, el Juan Rulfo de Relato, el Llanes de Viajes y el Premio Cálamo «Otra mirada».